

DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 11 DE DICIEMBRE DE 1938

Suplemento Dominical



Solaces de un Estudiante

LA NOVELA DEL
DOMINGO

por P. Coloma

B.H.

M. PANOVACH

En Este
Número:



Resurrección
Charlie Chan



Quién hace
Estrellas
Ludovico Sierra



El Capitán
Aguila



ucutú, La Vida
Así y otras
historietas



Lecturas
Amenas Para
Chicos y
Grandes



¡JUA, JUA! FUGUCHÉ HA SIDO ELOGIADÍSIMO POR AVERIGUAR EL MISTERIO DE LAS JOYAS.

¿CÓMO LE CAE ESO, HERMANO TRUCUTÚ?

NO SON MIS CHUNCHES AMIGO, SINO LOS DE LA SECRETA! ¿COMPRENDE?

FRUCUTU

FRAGMENTOS

LOS ESTUDIOS GEOLÓGICOS INDICAN QUE ESTE TEMPLO PIRAMIDAL DE CUIQUILCO, EN MÉXICO, DATA DE HACER 8,000 AÑOS.

EN EL VALLE DE MEXICO FUERON CONSTRUIDOS DOS GRANDES MONUMENTOS ARQUITECTONICOS MUCHOS SIGLOS ANTES DE CONSTRUIR LOS FARAONES LAS PIRAMIDES DE EGIPTO.



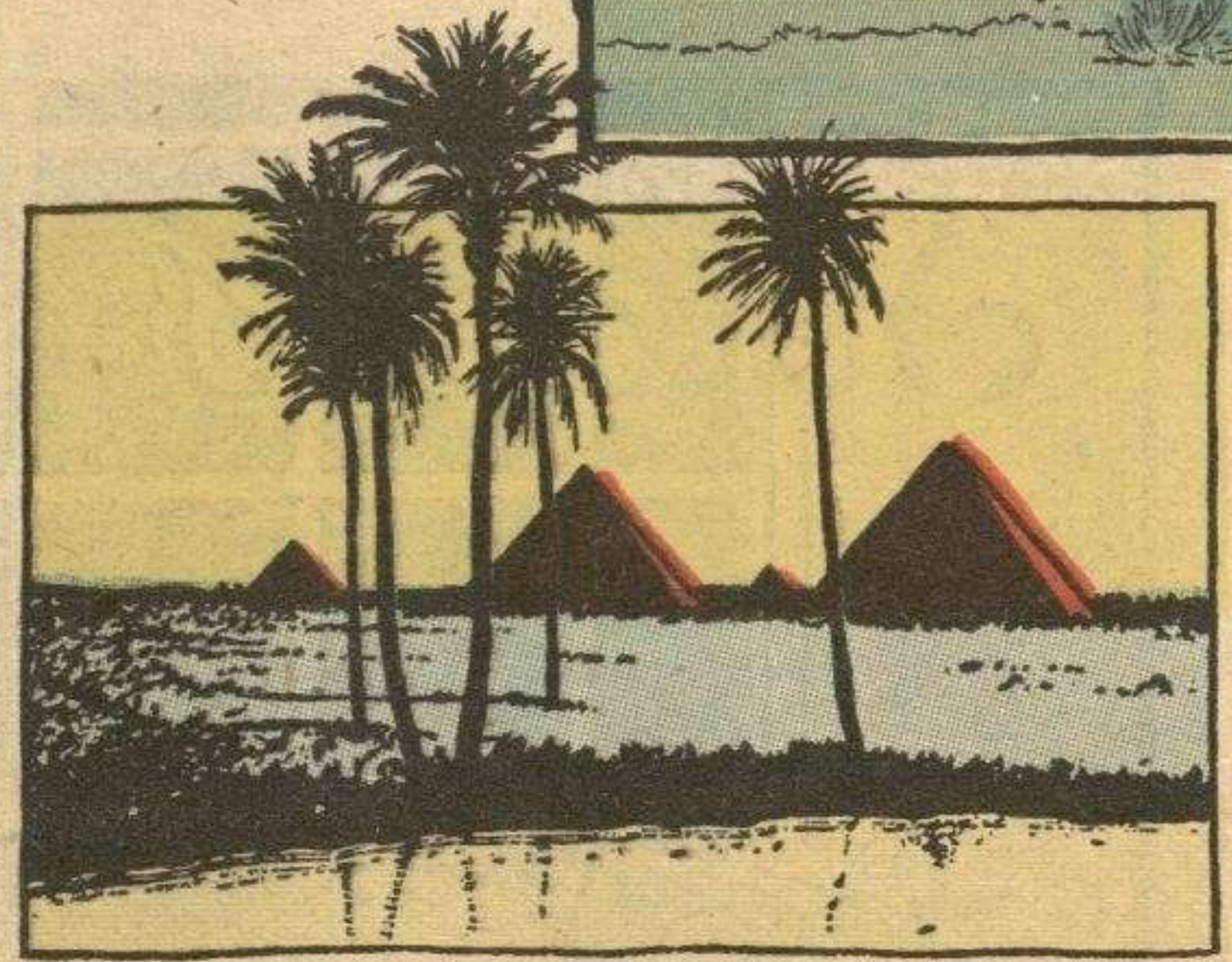
HOLA, BALDOMERO, SUPONGO MAÑANA ESTARÁS DE NUEVO EN EL ÁRNES.

¡PUES NO MI HERMANO! ¿NO SABÍA QUE ACABO DE RENUNCIAR EL PUESTO? ¡ESTOY HARTO DE LOS LADRONES!



¿YA TE MARCHAS DE GUILANDIA?

¡ESTÁ CLARO, CHICO! YA TENGO LA AEROIGUANA PREPARADA PARA SALIR ¡TENGO OTRO DESTINO!



NO ES UN TEMPLO INMENSO, PUES SÓLO MIDE CINCO PIES DE DIÁMETRO POR 52 DE ALTO, PERO, REPRESENTA LOS PRIMEROS ESFUERZOS DE LA RAZA AMERICANA PARA EXPRESAR A TRAVÉS DE LA ARQUITECTURA



¡BIENO, QUERIDO, ADIOS LE DIGO, Y NOS VEREMOS LUEGO!



CACHÓN, CON LA IDA DE FUGUCHÉ VOY A PASARLA LA MAR DE ABURRIDO AQUÍ.

¡AGENTE, DESE PRISA! ¡HA OCURRIDO UN MOTÍN!



¡ME DA LO MISMO RAZONAR QUE ROMPERLES EL RACIONIO A MACANAZOS!

¡CON LA PLEBE NO SE PUEDE RAZONAR!

ESTAMOS CANSADOS DE LAS PIELS DE LOS OSO- LAS QUEREMOS DE LEOPARDO.



IRÉ POR EL CENTINELA DEL FOSO, TRUCUTÚ

NO HACE FALTA. YA SE CURARÁN SOLO DE SUS JAQUECAS, LOS IDIOTAS. ¡BAH!



TE FELICITO, TRUCUTÚ, POR HABER RESTABLECIDO EL ORDEN. ¿ESTÁS MALO, EH?

¡NADA EN PARTICULAR! QUIERO RETIRARME Y RENUNCIAR EL PUESTO!



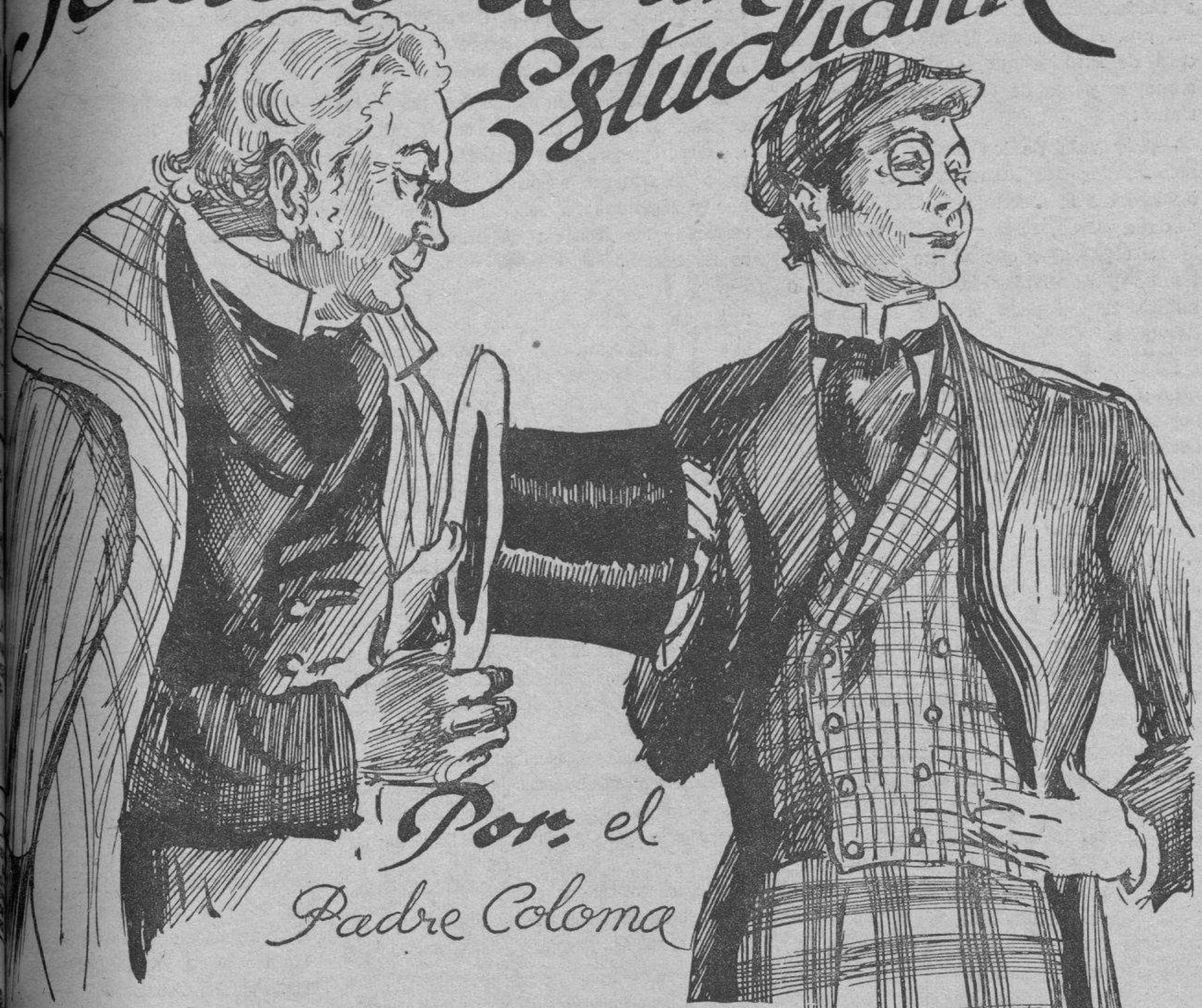
¿ESTÁS CANSADO? ¿O ES QUE LE HAS COGIDO MIEDO A LOS TRUHANES? ¡VAYA, NO TE CREO!

¡ESTOY HARTO DE TODO!



¡HAY MUCHA TRANQUILIDAD Y QUIERO DEDICARME A ALGO MÁS EXCITANTE!

Solaces de un Estudiante



Por el Padre Coloma

dean, mostrando sus bodegas por cinturón, por corona su iglesia de San Miguel, y allá más lejos, como ilustre blasón y santo relicario que sobre el pecho colgárase el gigante, descúbrense la colegiata del Salvador y el real alcázar, a quien la distancia parece envolver en el mismo bosque de árboles, simbolizando así la indisoluble unión del Trono y del Altar.

Dijo Balzac que el paisaje tiene ideas, pero ideas tan variadas como varias son las sensaciones de que nacen; porque el alma es una gran arpa cuyos ecos son las impresiones que la afectan; y así como hay arpas, cuales las aéreas, que el menor soplo hace resonar blandamente, las hay también que sólo suenan a la dura vibración del interés, el egoísmo o la codicia.

Así, en aquellas ruinas, que tanto más tristes se presentan cuanto más magníficas son, cualquiera de las primeras encontraría escrita la historia de un pueblo, y vería allí la verdad abatida, pero no vencida; porque estas almas privilegiadas nunca dejan al hecho prevalecer sobre la «idea», sino que, alzando los ojos al cielo, ven en él comprobado que sólo para despejar la atmósfera ruga la tempestad. Pero en cambio las segundas, como la de uno de los viajeros, que, apoyados en la ventanilla de un coche de primera clase, miraban hacia la Cartuja, sólo tienen lugar para sí: éstas sólo verían ricos materiales, soberbios elementos para construir una fábrica, una bodega, tal vez una plaza de toros en que saciar ese «algo» de fiera que con tanta razón supone Cooper en el hombre. Pero ni un pensamiento elevado, ni una sola idea que exprese el deseo de ver que el César devuelve a Dios lo que de Dios es...

—¿Qué pueblo es éste?—preguntaba el que, de los pasajeros de que hemos hecho mención, de más edad parecía, señalando

de piel de perro, llevaba un bonito y ligero bastón. Este figurín de modas, que aún no habría cumplido diez y nueve años, y que tenía una notable semejanza con esas figuritas alemanas de que tanto consumo hacen nuestros niños, llamábase Próspero Pinillos, y era hijo de un honrado y rico extractor de Jerez de la Frontera.

En cuanto al otro viajero que en la estación de Puerto Real se había embarcado, sólo representaba de veinticuatro a veinticinco años: su cara regular y perfecta, sus finos modales y su noble porte, revelaban una persona de clase distinguida. Al verle entrar, Pinillos torció el gesto, guardando un despreciativo silencio hasta que un incidente, que en la estación del Puerto sobrevino, tornó su desden en cortesía y su grosero silencio en amable locuacidad.

Y fué el caso que, no bien el tren se detuvo, acudió un criado a la portezuela, y descubierto respetuosamente, preguntó al que con Pinillos venía:

—¿Necesita el señor marqués algo?

—¡Un marqués! —exclamó Pinillos creyéndose una cuarta, y sintiendo nacer hacia el viajero las más tiernas simpatías.

—Da lástima ver ese magnífico edificio sirviendo sólo de guarida a vagabundos, o tal vez a bandidos —dijo tristemente el marqués, apartando la vista de la Cartuja y dejándose caer en su asiento.

—¿Y qué quiere usted, si así son las cosas de España, que es el país más ignorante y más anticulto que he conocido? Y gracias que ya no nos molestarán las cejas esos reverendos cartujos con su eterna chicharra: «¡Qué morir tenemos! Ya lo sabemos».

Y Pinillos pronunciaba este terrible aviso, ridiculizando el tono algo gangoso de los frailes.

—En cualquier otro país culto, en Inglaterra, por ejemplo —prosiguió el elocuente Pinillos—, hubieran destruido el nido como medio de exterminar los pajarracos y en el sitio de esa torre de chuchumbel, y de esa iglesia parecida a la estación de un ferrocarril, se elevaría ahora una magnífica fábrica o una soberbia bodega...

—Eso es muy propio de los ingleses —le interrumpió el marqués con cierto tono burlón, que para Pinillos pasó desapercibido—, porque para Inglaterra, desde que se hizo protestante, el gran artículo es «to make money» (haber dinero) (1).

—Eso digo yo —replicó Pinillos—, y si no esto, vaya, que sea una gran plaza de toros, ya que en este país son tantos los aficionados a ese espectáculo nacional.

—Según eso, ¿usted se contará en el número de ellos?

—¡Yo partidario de ese horrible espectáculo que repugna los sentimientos de humanidad y filantropía!... ¡Ver aquello pobres animales, que después de prestar al hombre todos los servicios imaginables, son pagados con la muerte más cruel y bárbara... ¡Vaya, marqués, usted me ofende con semejante suposición! Felizmente —prosiguió el charlatán tomando resuello—, la falta de buenos toreros por un lado, y la degeneración de las castas de toros por otro, irán desterrando de nuestra patria este inmoral espectáculo y trayéndonos en su vez las carreras de caballos y las luchas de «boxeardds». ¡Estos sí que son espectáculos magníficos! Ver aquellos fornidos atletas cuán ligeramente se inclinan y se elevan, retroceden y adelantan, retuercen sus cuerpos como culebras, mueven los brazos como las ruedas de un vapor y descargan vigorosos «rounds» que, sin hacerles pestañear, les destrozan!... Y luego aquel público que,

(1) Carta de Ortiz de Urruela al conde de Montalembert.

ebrio de entusiasmo, aplaude, vocifera, gesticula, atraviesa enormes apuestas y, semejante al romano, aplaude fuera de sí al caer exánime el «boxer» vencido, conserva aún una postura belicosa y arrogante. ¡Esto sí que es magnífico y digno de verse! (1)

—Tiene usted razón —replicó el marqués sin dejar su fina burla—; eso es muy filantrópico.

—En el tiempo que he estado en Londres, de donde salí hace doce días, me he aficionado tanto a las costumbres inglesas, que si volviese a nacer, Londres sería mi patria. Y para que vea Ud. hasta dónde llega lo triste de mi suerte—prosiguió lastimosamente Pinillos—, desde aquel centro de cultura, de elegancia, de buen tono, me veo precisado a volver a Jerez a vegetar «per omnia saecula saeculorum» en ese gran cortijo en que de la cama iré a la bodega, y de la bodega a la cama.

—¿Según eso, nos dirigimos al mismo punto?

—¿Va usted también a Jerez?... Pues permítame que le diga lo que los romanos a sus difuntos: «Sit tibi terra levis».

—No me será muy ligera su tierra de usted, porque es un pleito lo que allí me lleva, y estos asuntos van siempre despacio.

—Entonces resignación y paciencia, amigo marqués; y pierda usted cuidado, que allí las emociones no han de llevarle a la tumba.

—Eso deseo yo: tranquilidad y sosiego.

—Pues eso se tiene allí a muy poco precio. Pero ya haremos lo posible por distraerle a usted, y lo que es en beber vino, volverá usted maestro.

Dióle el marqués la gracias con una amable inclinación de cabeza, y observando Pinillos que ya en esto muy próximos a Jerez se hallaban, sacó una carterita de piel de Rusia, y de ella una tarjeta, que entregó a su compañero, el cual correspondió a su cortesía dándole otra en que, bajo una corona de marqués, leyó el jerezano:

PEDRO GUTIERREZ DE OLMEDO

Marqués de Valmes.

Separáronse, por fin, ambos viajeros, después de haberse renovado sus cortesías ofrecimientos, graves y comedidos los del marqués, y exageradamente finos y fuera de tiempo cariñosos los de Pinillos, que, como ya hemos dicho, desde que sabía era título de Castilla, le profesaba el más entrañable afecto.

Al apearse Pinillos del coche, un caballero de rostro bonachón y vulgar presencia corrió hacia él exclamando alegremente:

—¡Hola, Prosperito! ¿Quién diablos había de conocerte con ese pellejo de gato que traes en la cabeza?... Hijo, ¿te duelen las muelas? —añadió al ver las finguras que hacía Pinillos para sostener su lente, a través del cual le miraba con fingida extrañeza.

—¡Ah ¿Es usted, don Blas?... No le había conocido —dijo por fin Próspero con un impertinente acento que se esforzaba en hacer inglés cargando la pronunciación en la primera sílaba—. Me

(1) Bien se nos alcanza que el «filán-tropo» y culto pueblo inglés desecha en su generalidad esas atroces luchas. Lo cual no quita que hayamos leído en varios periódicos ingleses, entre ellos en «The Times», más de un artículo entusiástico sobre esta materia.

alegre de verle... porque así me dirá usted por dónde se va a mi casa.

Quedóse el llamado don Blas mirándole de hito en hito, sin saber si reírse o incomodarse, hasta que, soltando al fin una ruidosa carcajada en la misma cara de Pinillos que, corrido como una mona, se ponía de todos los colores, exclamó:

—¡Por vida de los moros y qué desmemoriados nos hemos vuelto! ¡Ni que hubiese ido el mocito a la California!... Anda a paseo, niño —añadió volviéndole la espalda—, que si no has tenido tiempo para olvidar la cartilla, mal lo habrás tenido para olvidar la casa de tu padre.

Furioso Pinillos, dió media vuelta y salió del andén; una turba de chiquillos le rodeó en seguida, queriendo todos llevarle el saco de viaje. Pinillos gritó, dando una patada en el suelo e irguiendo, con imponente majestad su microscópica estatura:

—«¡Go away!» (1).

Los chiquillos se miraron unos a otros, y se echaron a reír sin apartarse. Próspero, sulfurado, le cruzó a uno la cara con el bastón y todos huyeron chillando como energúmenos y llenando de dieterios al malhumorado viajero. Este siguió como si tal cosa; pero los chiquillos, que ya le habían tomado por su cuenta, fuéron, se detrás gritando unos:

¡El de la montera!

que se la quite

y se la pongan

en las narices!

mientras otros le cantaban, llevando el compás con las manos:

Los paquetitos

van por la calle,

con la tirilla tiesa

y muertos de hambre.

II

Algún tiempo después de lo que en el anterior capítulo queda referido, acudía mucha gente a la Alameda Vieja, donde las sillas de San José, cuál coja, cuál lunanca, pero todas enfiladas gravemente y procurando parecer lo que son, es decir, sillas en vez de potros de tormento, sonreían al ver pasar politas y galanes lujosamente ataviados, y hacíaseles la boca agua creyendo ya sentir su ligera presión, sin que se les erizasen las ancas de espanto al ver fieras jamonas y voluminosos gallos, capaces de mandar al cuartel de los Inválidos, si no al camposanto, con sólo posarse sobre sus ruinosos esqueletos. En el fondo el antiguo alcázar de Jerez asomaba su arrugado rostro, sin que un brillante espectáculo hiciese nublar en sus labios la sonrisa propia del abuelo que a sus pies viera jugar a sus nietecitos. Sin avergonzarse de su honrada pobreza, álzase entero y altivo como un hidalgo pobre, y empuja hacia adelante sus dos torres principales, como si quisiese cubrir con ellas el abandono y ruina que tiene a sus espaldas; menos desgraciado el paredón que las une, deja escapar a través de unas raquíticas ventanas el alegre follaje de un jardín que viene a ser sobre su tristeza como un ramo de rosas sobre un frío sepulcro.

Nadie diría, al ver el abandono y ruina de aquel edificio, que allí se ha derramado la más gloriosa sangre jerezana; que allí, batiéndose por su Dios, por su Patria y por su Rey, han dado la vida multitud de héroes.

¡Qué bien se marcaban en aquel pa-

(1) ¡Largo de aquí!

seo el distinto carácter de dos épocas tan lejana por los años como por las ideas! A lo lejos, el alcázar, presentando un miserable aspecto y sus deteriorados muros, oculta sus tradiciones, sus héroes, sus glorias, y parece decir: «Tenemos, pero no aparentamos».

A sus pies, la multitud de paseantes ostenta ricos y vistosos trajes, dulces sonrisas y galanas palabras, mientras se apresuran a esconder miserias, penas y lágrimas; a su vez parece leerse en todas las frentes: «Aparentamos, pero no tenemos».

A los pies del paseo habíase estacionado un grupo de jóvenes de la ciudad, que se ocupaban caritativamente en eso que llaman «cortar sayos», los cuales celebraban con mil chistes y burlas, a veces bien chocarreras e impropias de caballeros, y en las que creían encontrar un diploma de ingenio y de talento, siendo así que las personas burlonas sólo inspiran miedo a los tontos, desprecio a los de buen juicio, y estimación a nadie.

La fatal propensión que tienen muchos jóvenes a huir del trato de señoras, que insensiblemente les aleja de los vicios, y a rozarse únicamente con hombres o con mujeres algo menos que de medio pelo, les hace adquirir modales groseros y chabacanos. Después cuando se encuentran en la precisión de alternar con señoras, o se hallan embarrados, como el que está fuera de su círculo, o no tratan de moderar sus insostenibles hábitos, más dignos de figurar en un «club» que en un salón.

No pasaba muchacha por delante de aquel grupo cuyo traje no fuese examinado minuciosamente; se analizaba si su peinado era más alto o más bajo, si su aire era elegante, si sus pies eran bonitos, y se procedía, por último, a calcular su «educación mercantil», para colocarla o no en la lista de los partidos ventajosos.

De seguro que tú, amigo lector, no conocerás a esta «doña Educación Mercantil», que, aunque parece una pollita, no es sino una vieja retocada, que en todos tiempos y en todos los países ha hecho mucho ruido, atacada y defendida continuamente por dos partidos opuestos. Consta el primero de todos los enamorados imberbes y enamoradas boquirrubias que no pasan de veinte años, y de los poetas a quienes su cicatera musa no da arriba de una puchera; llámanla «vil metal», y enarbolan una bandera color de ilusión, con este mote: «Contigo, pan y cebolla». Capitanean al segundo una multitud de viejos gordos, barrigones y peludos, que sólo se acuerdan del pobre para no llegar a serlo, y del rico para aumentar sus riquezas; éstos la consideran como la «entraña» más esencial del hombre, y grabar en una bandera color de desengaño y a veces de egoísmo, este lema: «Contigo, jamón y buen vino».

Existe esta prójima, con el nombre de «Dinero», desde hace luengos años; pero este moderno título con que se ha engalanado, siguiendo la manía que por ellos reina, le viene desde que un padre avaro, a quien preguntaron por qué no daba educación a sus hijos, que eran muy arrimados a la cola, contestó con la mayor gravedad:

—¡Educación religiosa!... ¡Educación civil!... ¿Y a qué he de gastar mis cuartos en esas pamplinas? Cuando yo muera, ¿no les quedará a mis hijos dinero?... Pues entonces tendrán «educación mercantil», que vale más que ninguna otra.

Como todo lo que se hace valer, siem-

pre fué muy poderosa; pero en primitivos tiempos había una arrogante presencia y altanerías, que se llamaba «Nobleza». Como el Dinero muy superior lo que la otra de impertinencia echar espumarajos de rabia la a las mentes la idea de desafiarse como al mismo tiempo no cierta prudencia, desechó al te belicoso ímpetu, diciendo:

—¡Guarda, Pablo!, no sea por lana sarga trasquilado; tiempos mejores, que a cada llega su San Martín.

Y mientras tanto, disfrazó rosa envidia con las más obsequiosas.

Pero de allí a poco empezó a padecer del estómago, la cuencia de ciertas aguas, la precisión de beber y hacia de este nuestro buen «siglo de ces», quedóse flaca como el la golosina. El Dinero, que perdido de sus antiguos bríos hay estómagos groseros a tan bien toda clase de aguas, lentonó al ver a su rival tan y pagó a una turba de chiquillos que le diesen un abucheo y le el «Trágala». La Nobleza, hecha silisco, fué a proponerle, un la otra aceptó al punto; acudieron al campo de honor, llevando testigos un rapado israelita, mas un talego lleno de onzas de cuanto a su ya asendereada recio ocultando bajo una raída terciopelo las bizmas y cáusticos se hallaba cubierta, trayendo un pavo real, y por armas de Fernán González, que con toda la arrogante jactancia es y del que puede (1):

De Fernán González de quien recibí el valor, es bastante de un Vargas a quien Soy la octava mara en cortar moras garra non sabré yo decir más sé que gané a Seto

Comenzó el combate, y el legazo que el Dinero le sacó contraria, le puso la cabeza breve; pero no pudo excusarse antes una leve herida en el Los padrinos declararon el hecho, y cada cual tiró por su Nobleza fué a buscar quien siera la cabeza, pero no hubo medio que amputársela, y sólo con el corazón que siente. su parte viciada, que era la cabeza orgullosa y vacía, perdió también defectos, y en la actualidad, dera nobleza, que es la del su asiento en el corazón que amar y creer. La Educación Mercant daremos este nombre que la esto le agrada, y es bueno en todas partes) quiso, a su el corazón; pero siguiendos de una tal «doña Codicia», presunta heredera, se le fué a poco, y quedóse únicamente beza que calcula. Después de se hicieron en la apariencia las amigas del mundo; lo cual cada una le envidie a la otra

(1) Esta gloriosa espada se va en la Biblioteca Colombina Catedral de Sevilla. Junto a los cristales en que se halla depositán en un cuadrillo los versos tamos.

... jamás olviden sus antiguas ri-
... también que aquel antiguo
... que la llamaba «vil metal», y
... a espada defendía el lema
... pan y cebolla», ha desapare.
... Hoy día, jóvenes y viejos, poetas
... consideran como la «entra.
... del hombre y opinan
... esencial de las hijas de Mriemo.
... de las hijas de Mriemo.
... de Cupido, que, asustado, rara vez
... por estos barrios), que «contigo,
... y buen vino».

III

... en el capítulo anterior que a
... del paseo habíase situado
... de jóvenes de la ciudad, en
... grupo de jóvenes de la ciudad, en
... que se contaba Próspero Pini-
... que desde entonces habíase cons.
... en su perpetuo satélite.
... Próspero Pinillos un Lovelace de
... y media de alto, que leía mal, y
... «esprit fort», que
... moderno «esprit fort», que
... todo lo que no le era posible me.
... del tamaño y calidad
... un ochavo fernandino, y como nada
... lo negaba todo; bella y muy
... Ridícula
... de la hipocresía del vi-
... que tantos prosélitos cuenta entre la
... Próspero Pinillos, según
... «se ponía el mundo
...».

... Grandecilla es para usted la tal mon-
... le habian dicho muchas veces.
... por ejemplo, al Casino, don.
... sus compañeros de penas y fatigas
... de lo lindo, y ciertamente
... era agua.

... «Hola, Próspero!, ¿quieres una co.
... le decían éstos.

... «Gracias, chicos —contestaba él—;
... de dormir una «pea» (fraseología
... elevada por los Prósperos Pi-
... de las tabernas a los Casinos), y
... bastante por hoy.

... supuesto que la tal «pea», o bo-
... es imaginaria, y lo que ha
... haciendo es rezar el Rosario con
... mamá, hermanitos y compañía.
... de criados de ambos sexos; pues
... el padre está chapado a la anti.
... conserva la piadosa costumbre, que
... hijo califica de antediluviana cursile-
... de que todo bicho viviente rece el
... después de comer. Un día se
... Próspero a rezarlo.

... «A rezar! —le dijo su padre, que era
... pocas palabras.

... «Fanatismo, superstición! —exclamó
... apunadamente el escéptico Pinillos—.
... a un absurdo... ¡Dios no existe!
... padre, sin inmutarse, cogió una
... y le rompió una costilla.

... «Hay o no hay Dios? —preguntaba al
... mismo tiempo.

... «¡Ay! —gritó con toda su alma el re-
... Pinillos, llevándose la mano a la
... apaleada.

... «Pues a rezar —replicó el padre per-
... andose como si tal cosa.

... argumento, si no era muy suave
... muy convincente; por más que no
... podemos la lógica del palo, no deja.

... Advertimos al lector que ni en és.
... en ninguno de nuestros personajes
... tendemos trazar el retrato de persona
... cada; nuestros personajes son cari.
... del vicio y del ridículo. Si, a
... de todo, alguien se diese por aludi-
... contestaremos estas palabras de Pi-
... «En lugar de corregir nosotros el
... aconsejaremos al que por ori.
... se tenga, que se corrija; en su
... estará, pues, que deje de parecér.

... mos de conocer que para los Prósperos
... Pinillos es la más poderosa.

«Previos estos antecedentes, júzuese
... cuál volvería de Londres el inflamado
... botarate, donde un año antes le envió su
... padre, a perfeccionar el inglés para que
... pudiese desempeñar un cargo en su casa
... de comercio. Este corto espacio de tiem-
... bastó para que, ilustrado Pinillos
... renegase de la madre patria, exclamand
... Con Dumas que el Africa empieza en
... los Pirineos; si le hubiese sido posible
... nacer de nuevo, hubiese escogido por pa-
... dre al «espleen», por madre a las nieblas
... del Támesis y por Patria al aristocrático
... y dorado «Belgravia», que sólo desde la
... calle pudo contemplar. Así, pues, su des.

—Misita (1) Ardera —contestó uno de
... los muchachos.

—¿Y tiene mucho «dinero»? —pregun-
... tó un inglés de cabellos color de lino, que,
... gravemente sentado en una silla y te-
... niendo los pies apoyados en otra, chupa.
... ba con una impasibilidad británica el
... puño de marfil de su bastón.

—Ni un «shilling», con la hipoteca de
... la madre y un hermanito de censo—res-
... pondió Próspero Pinillos con aquel ri-
... dículo acento que se esforzaba en ha-
... cer inglés—. Gracias a su bonita cara,
... haría una deliciosa Ofelia, y no estoy
... yo lejos de ser el Hamlet que exclame,
... no ante su sepulcro, sino ante su ven-
... tana:



—«Y lo d Ofelia» (2).

—¿De veras? ¡Hombre! Cuenta cuen-
... ta; que eso debe ser divertido —gritaron
... varias voces.

—Te aconsejo, chico —dijo uno de
... ellos, a quien no hacía ninguna gracia
... la necia fatuidad de Pinillos—, que no
... pares tu atención en la de Ardera, que
... no es digna ni de calzarte las botas;
... vete a China, preséntate a la empera-
... triz, que en seguida te ofrecerá su blan-
... ca mano, y parte con ella el Celeste
... Imperio, para que te canten cuando sal-
... gas al paso:

Maka kachú.maka kachú
... san fú
... chiriví.chiriv.

—¿Es envidia o caridad? —le dijo Pi-
... nillos algo amostazado.

—Envidia, pura envidia que se lo co-
... me —replicó otro, que quería divertirse
... con él—; no le hagas caso, y cuenta tu
... aventura.

—Imposible, señores —contestó Pini-
... llos, que, sin tener nada que decir, re-
... ventaba por charlar; pero que, fiel a
... su espíritu de oposición, se negaba a
... ello—; si le quitáis al amor sus miste-
... rios, le priváis del mayor de sus encantos.

—Seremos discretos como la tumba
... —aseguró uno de los muchachos en to-
... no burlescamente dramático.

—Más discreto debo ser yo para no
... parecer fatuo; porque cuando se han
... conseguido ciertos favores, es indigno...

—Lo que es indigno, y apenas puede
... concebirse, es que haya quien emplee

(1) Diminutivo de Mercedes, popular
... en Andalucía.

(2) Palabras de Hamlet, en el drama
... de Shakespeare, acto V, escena segunda.

esas palabras preñadas, tan peligrosas
... al tratar de la honra de una mujer, que,
... como el cristal, al menor golpe salta en
... pedazos —exclamó de repente, un caba-
... llero de edad madura, llamado don Juan
... Claro, algo pariente de Misita, y que, sen-
... tado tras de Pinillos había oído sus ne-
... cias palabras.

Volvióse éste prontamente al ver el
... aguacero que encima se le venía, y di-
... jo algo desconcertado:

—De poco se asusta usted, don Juan.

—Pues no tengo el corazón muy chi-
... quitito —replicó éste—; pero ese lengua-
... je, que, tratándose de una señorita, in-
... dignaria en boca de un hombre cual-
... quiera, en la de un... joven como usted,
... no sólo indigna, sino que también asus-
... ta.

—¿Y qué quiere usted, señor? —dijo
... cínicamente Pinillos.

—¡La juventud está muy pervertida!
... —exclamó el caballero—. Malo, muy ma-
... lo es que la juventud seque su cora-
... zón, y, vieja sin serlo, substituya esa
... generoso desprendimiento que le es pe-
... culiar, y que lleva el corazón en el pecho
... con el triste egoísmo que lo lleva en la
... cabeza; su noble ardor, que le impide ver
... a sangre fría una injusticia, con la cul-
... pable indiferencia, plaga de la era pre-
... sente; su dulce confianza en los que na-
... cieron antes, con ese amargo descepticis-
... mo que sólo es propio del desgraciado,
... cansado de sufrir, que no quiere ver en
... la región el bálsamo de todas las heridas.
... Culpable es esto; pero la «niñez», que to-
... davía bajo el dominio de los ayos ansía
... por estos vicios y aparenta tenerlos, es,
... además de culpable, ridícula en grado su-
... perlativo. Y usted, Pinillos —añadió don
... Juan Claro con una sonrisa—, todavía no
... es «joven»: aún es «niño».

—¡Eso es decir, señor mío, que yo soy
... ridículo! —exclamó Pinillos con los ojos
... saltones y colorados como un tomate.

—No sé si habré dicho eso —replicó
... el claro señor—; pero una vez que us-
... ted ha adelantado la idea, yo la sos-
... tengo.

—Es que la sostendrá usted en to-
... dos los terrenos, porque yo tengo muy
... presente el código del honor.

—Así tuviera usted tan presente el
... Catecismo de la Doctrina cristiana, que
... no ha mucho le enseñarían.

—¡Mister Snuff! —exclamó Pinillos fu-
... rioso, volviéndose bruscamente hacia el
... inglés, que, asustado, se metió el puño
... de su bastón hasta la campanilla—. Usted
... será mi padrino.

Y luego, con el mismo arrogante tono
... con que Bernardo debió decir a Aben Lu-
... cef: «¡Ay de ti si al Carpio voy!», di-
... jo a don Juan Claro:

—Por este caballero tendrá usted no.

—«Your obedient, sir» (1) —graznó Mr.
... Snuff sin variar de postura.

Y siguió chupando el puño de su bas-
... tón.

—También usted las tendrá muy pron-
... to mías —contestó don Juan con una
... zhusca sonrisa.

Y efectivamente: dos horas después
... recibía el padre de Próspero una esque-
... lita de don Juan Claro, que era antiguo
... amigo suyo, en que se le noticiaba todo
... lo ocurrido. Cuando preocupado con su
... «honor», volvía Pinillos hijo a
... su casa, recibió orden de entrar en su
... cuarto, donde sufrió un arresto de quince
... días; además prometiéndole su padre—y Pi-
... nillos estaba convencido de que si éste
... era parco en prometer, era seguro en cum-
... plir—, que al menor motivo de escándalo,
... le haría encerrar en un colegio. Los tres
... primeros días de arresto, Pinillos bramó
... en su prisión y juró matar al cobarde

(1) Para servir a usted.

que le había reducido a aquel estado; al cuarto pensó escribir como Silvio Pellico, un libro que llevase por títulos «Mis prisiones». Y ya el quinto, mientras soñaba con Misita, de quien se creía peligrosamente enamorado a lo don Juan, distraía sus continuos ratos de ocio como el cardenal de Borbón los suyos: cazando moscas, que, con un papelito puesto de cola, hacía volar por el cuarto.

IV

Sentada junto a una mesita de caoba, sobre la que ardía un reverbero de china, bordaba Misita Ardera un primoroso pañuelo destinado a su madre, y en su vestido, tendido a guisa de alfombra, descansaba, arrellenado como un gran sultán, el corpulento «Canene», decano de los tejados y enemigo irreconciliable de la ratona gente. Sobre la misma mesa, doña Ursula, madre de Misita, tenía abierto un mapa universal, y con la punta de una gruesa zanca de azabache, marcaba el derrotero que, a su parecer—por ciento bien poco náutico—, había de seguir el buque que, saliendo de Cádiz, a Cuba se dirigiese; sus miradas de cuando en cuando y alzaba la vista hacia una imagen de la Virgen del Carmen que, colgada ante una lamparilla de aceite, sobre una cómoda se hallaba, como si quisiese poner bajo su poderosa protección aquel navegante que tanto parecía interesarle. A cada muda súplica que a la Virgen dirigía, sentía la buena señora renacer la calma en su pecho, y parecía que ante su fervorosa oración retrocedían las soberbias olas de aquel mar que, como si realmente tuviera ante los ojos, con tanta atención contemplaba. A una respetuosa distancia, Brígida, la única criada de la casa, repasaba un poco de ropa blanca.

Aprovechemos la ocasión para dar a nuestros lectores algunas noticias acerca de doña Ursula y Misita.

Pertenecía esta señora a una de esas antiguas y nobles familias en que se hereda de padres a hijos, al par que un ilustre nombre y una pingüe renta, lo que vale más que la nobleza de la sangre y el lustre del dinero, es decir, la caridad y la virtud cristiana. Aún no había cumplido veinte años cuando se casó con don Pantaleón Ardera, hombre brusco y tacaño, que contestaba de continuo a los pedidos de metálico que su mujer le hacía:

—Guarda, Ursula, guarda, que la economía es madre de la prodigalidad.

—Pues, hijo, me parece que tu economía no tendrá nunca la dicha de ser madre —le contestó una vez ésta, harta al fin de mezquina avaricia.

Diez años permanecieron unidos marido y mujer, sin que hiciese don Pantaleón más que darle disgustos a doña Ursula, concluyendo por morir de repente el año 1848 que fué una de las pocas cosas acertadas que supo hacer.

Quedóse, pues, doña Ursula viuda madre de una niña y un niño, que eran su su paraíso, y dueña de un considerable caudal, que era su purgatorio; pues ella, que hasta entonces nunca pudo tomar la cuenta de la plaza sin hacer mil sumas y restas con los dedos, perdíase ahora en un dedalo de guarismos, y veíase apurada por conservar aquella fortuna, que era el porvenir de sus hijos. Tenía esta señora un hermano menor, llamado Sebastián a quien amaba tiernamente; y a este hombre, jugador incansable, desprovisto de toda idea de pundo, y, sin duda alguna, hijo de la famosa economía de su cuñado confió doña Ursula todo su caudal, otorgándole una confianza tan ilimitada como im-

prudente. Vió éste el cielo abierto con la inocencia de su hermana, que, atada de pies y manos, en sus garras caía, y se entregó con nuevo ardor al juego, perdiendo grandes sumas de aquel capital que se le había confiado. Así pasaron dos años; pero, cubierto de deudas y perseguido por sus acreedores, falsificó documentos con la firma de su hermana, y luego desapareció con una gran cantidad de metálico.

Trémula de sorpresa y espanto, oyó doña Ursula aquella nueva tan terrible como para ella inesperada. Muy bien podía recobrar parte de su fortuna; pero para ello era necesario probar que Sebastián, aquel hermano querido e ingrato era un «falsificador y un ladrón». La noble sangre que corría por las venas de la dama, hervía de dolor y de vergüenza al verse en la horrible alternativa de privar a sus hijos de un brillante porvenir, o deshonor a su hermano haciendo caer una asquerosa mancha sobre aquel ilustre blasón, que también era el suyo y el de sus hijos, y que ostentaba por mote: «No hay quien de mí diga».

Después de haber reflexionado mucho sobre su situación, despidió a sus criados y abandonó aquella antigua casa de sus mayores, en que había nacido y donde esperaba morir, y que ya no le pertenecía, para establecerse en una pequeña casita de la calle de N., que, junto con dos o tres insignificantes fincas habían escapado de las garras de su hermano. Allí crecieron aquellos niños sin que jamás oyesen de boca de su madre la mejor palabra de censura contra aquel su tío Sebastián, que fuera causa de todas sus desgracias. Hablábales de él como de un hombre perseguido por la fatalidad, y diariamente subía al cielo su nombre envuelto en una plegaria, pura por los labios que la proferían y sublime por el tácito perdón que encerraba.

Cumplía Misita a la sazón diez y nueve años, y era, según la tierna y vulgar expresión de su madre (si es que vul-



garidad cabe en esos poéticos epítetos que prodiga el corazón de una madre) «un pedacito de cielo». Pero escapábase a los ojos de doña Ursula que en el inocente pecho de su hija había clavado sus garras esa terrible enfermedad que se llama «tisis», y que parece escoger sus víctimas en lo más tierno y florido de la juventud. Por otra parte, el carácter angelical de la niña y su continuo deseo de no molestar a nadie, hacíanle sufrir en silencio esos vagos dolores, que en la enfermedad a que nos referimos con preludios de horribles tormentos, tras de lo que sigue la muerte.

Antonio su segundo hijo, había cumplido ya diez y siete años; era alto para su edad, delgado y airoso; sus maneras eran medidas y elegantes, porque la elegancia, esa elegancia a quien una célebre escritora llamó «la nobleza de la gracia», era en él innata, le era natural

como su fragancia a la rosa. Su frente estaba coronada de cabellos de un rubio obscuro, y sus grandes ojos de terciopelo pardo se abrían como las puertas de un templo, dejando ver, como aquél, su santuario, su alma franca, noble y bondadosa. Notábase en él ese «no sé qué» que nos encanta y atrae, y que Balzac define diciendo es un compuesto de talento, buen gusto y deseo de agradar. Bueno como su madre, su carácter altanero no podía prescindir de mostrar algo de la brusquedad de su padre para él no había en este mundo más cariño que el de su madre y su hermana Misita, como tampoco había más diversiones ni más amigos que su caballo «Persa» y su perro «Garabito». Amábale doña Ursula sobre toda ponderación; le llamaba su «erizito»; y cuando alguna broma de Misita le arrancaba una reportada, en que el difunto don Pantaleón aparecía retratado, solía cantarle:

—Cuando Dios crió al erizo
le crió de mala gana;
por eso el animalito
tiene tan fina la lana.

Este pedazo de su corazón era el navéante cuyos peligros calculaba doña Ursula en las hojas del mapa. Habíanle

za irresistible le clavase en el frontal, y que luego desaparecía el rostro con ambas manos. Ya esperó la vuelta de su hijo; después conservaba la pobre hosas y medio podridas, aquellos de jamón que debieron ser la medida de su hijo en la casa.

Pronto iba a cumplirse un año la partida de Antonio y entonces ardía continuamente para ante un cuadro de Noventa de la Patrona de los y de nuevo tornaba a empezado que en su bendita fe que aplacaba el viento su furor caba el mar sus bramidos en puros que imprimían al bajel el mismo suave baianceo con veces ella le mecía en su cuna.

—No descanso hasta que del pobrecito mío —dijo de Ursula, cerrando el mapa y caer sobre el respaldo de la —Tal vez encuentre algún altar mar y aprovecharía la escribir; pero si no, será rar la vuelta del correo.

—¡Y he de estar dos meses de él, sin saber si se lo habré ese mar que de él me separa! doña Ursula, cruzando las manos jando la cabeza afligidamente.

—No se apure usted, mamá-sita entre risueña y llorosa, una de sus manos y apoyando en el hombro de su madre; —re usted, que Dios permitirá que mos volver pronto escoltado por fin de telegramas de onzas de un regimiento de negritos chiquillos, que vengan a decirle «¡Abuelita, abuelita!»

Y abrazando la niña a su madre un beso en su pálida mejilla.

—¡Y qué bien que lo vamos entonces! —dijo Brígida, relamiendo con aquel dorado porvenir—, —che vamos a echar.

—¿No he de apurarme, hija— la madre devolviéndole sus cariños ahora, luego y siempre tienen que garme el pan de cada día los que ese hijo de mi alma por — ¡Ay! Es mi suerte tan triste, — bueno se me ha logrado; y — tan bueno y tan hermoso, que — llevará, porque los ángeles no — tierra; milagro será si la Virgen — cede volver a abrazarle sano y — — ¡Pues no lo ha de conceder — mó Brígida—; «pobre porfiado — drugo», y sólo por no oírnos lo — Divina Majestad.

—Pero si no hay motivo — desconfiemos, que la imaginación — que corre y el corazón el que se — —No, hija mía; no desconfíe — pronto volverá.

El que llorando a Dios suspirando siempre le acoge y nunca le des-

V

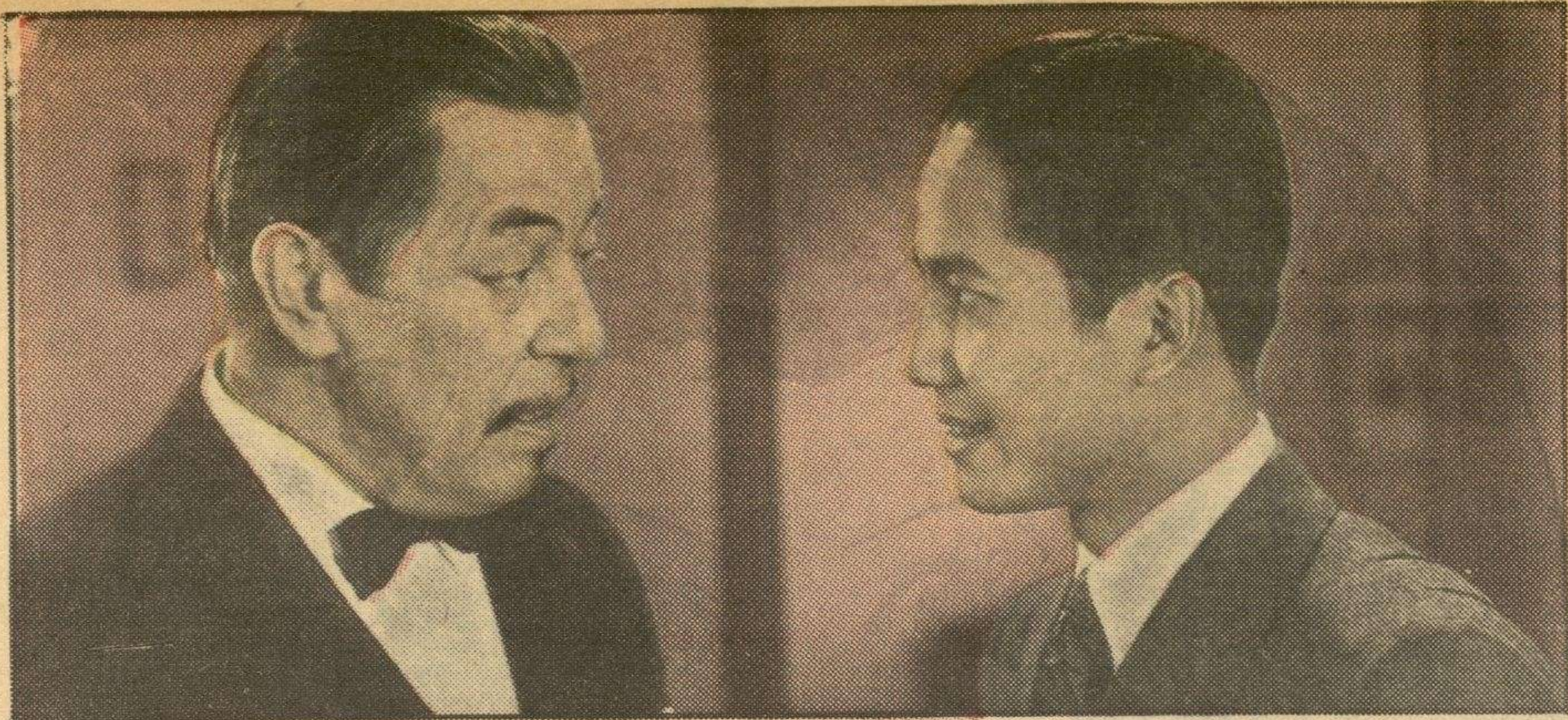
El piso alto de la casa de doña Ursula habitaba un tal don Basilio, retirado que había venido a sus reales, en compañía de una de cuatros años; bello y desgraciado que al morir su madre — su primera lágrima, y al — dre desplegaba su primera

CONTINUA EN
PAGINA 11

Por SAM LUKAS

A MUERTE reclamó a Warner Oland, el actor cinematográfico que se había hecho famoso mundialmente interpretando al detective chino Charlie Chan, el 6 de agosto de este año, cuando se encontraba en la ciudad de Estocolmo. Sin embargo, el célebre actor oriental, héroe de tantas películas policíacas, no ha muerto. En un caso y suponiendo que Oland se llevara con él a la tumba al personaje que le era tan querido, ha resucitado. Esa resurrección la proclaman todos los periódicos donde en forma gráfica, y eso que se ha dado en llamar "tiras cómicas"—aunque a veces se trate de episodios dramáticos huérfanos de toda coherencia—se ha iniciado la publicación de las aventuras de Charlie Chan, que están pasando a grandes y chicos. Y es curioso que el Charlie Chan creado por el actor fallecido se supiera entrar de tal modo en el santuario de nuestra devoción, que seguirá viviendo en él, pese a la desaparición del artista que tanto contribuyó a hacerlo popular y simpático.

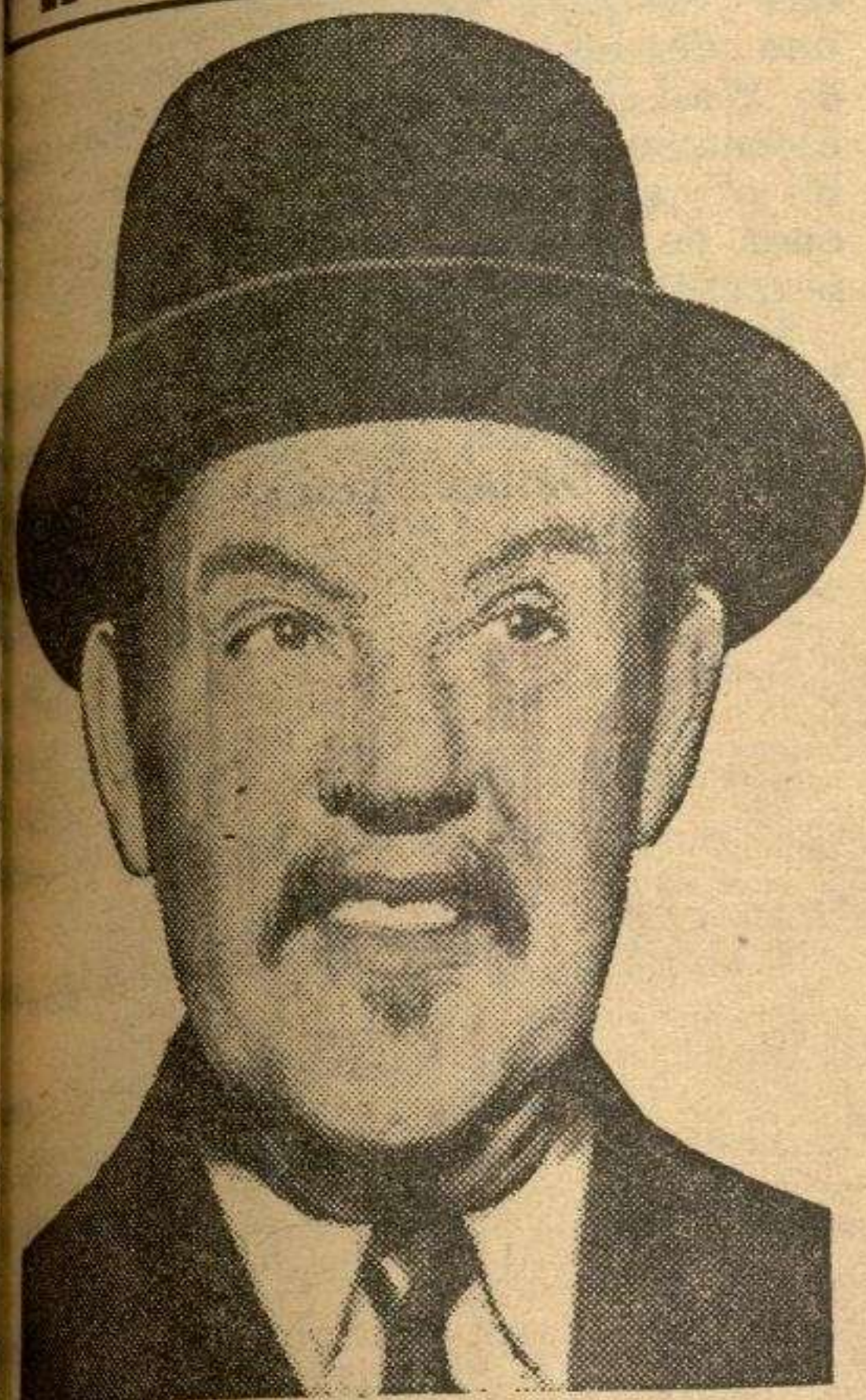
Es verdad que antes de que Warner Oland encarnara el personaje de Charlie Chan y lo llevara al cine, ya el detective chino era extensamente conocido en los Estados Unidos como resultado del éxito de su creador, el novelista Earl Derr Biggers, había obtenido con su serie de novelas policíacas en que oficiara Charlie Chan, el nacimiento de Charlie no fué



Warner Oland, el finado actor que llegó a ser conocido casi exclusivamente con el nombre de Charlie Chan, aparece aquí en una escena con "su hijo".

La Resurrección de CHARLIE CHAN

EL NUEVO CHARLIE CHAN



Sidney Toler, contratado como sucesor de Oland para representar a Charlie Chan en el cine.

producto exclusivo de la ficción, sino motivado por un relato que Biggers había leído en un periódico de Honolulu, donde se relataba la actuación ingeniosa de un policía local en un caso que había alcanzado gran resonancia en la capital haguayana. Impresionado por aquel relato, el novelista inventó el nombre de Charlie Chan y lo llevó a su próxima novela titulada "La Casa sin Llave". Y el éxito del detective chino fué de tal magnitud, que a partir de entonces y hasta su muerte acaecida en 1933, Earl Derr Biggers ya no escribió más que las hazañas del popular policía.

A Warner Oland, que era un infatigable viajero, lo sorprendió la muerte en Estocolmo, separado de su esposa por la que sentía una devoción ilimitada. La señora de Oland, que residía con el actor en Santa Bárbara, California, y pocas veces se separaba de él, se llama Edith Gardener Shearn y conoció al actor en 1908, cuando trabajaba en el drama de Ibsen "Espectros". La admiración de la muchacha por el actor la llevó a matricularse con él ese mismo año. Oland tenía en aquella época 28 años de edad.

A AFICION de Warner Oland por la filosofía oriental, fué causa de que pudiera llevar a sus retratos o interpretaciones del detective chino, un caudal de conocimientos, frases y sentencias que hubieran quedado ausentes si otro actor menos ilustrado que él hubiera sido encargado del mismo "role". Por cierto la iniciación de Warner Oland en el cine no dejó de ocurrir en circunstancias originales. Un hermano del productor Herbert Brenon, que había visto trabajar al futuro detective, le preguntó un día si

le gustaría trabajar en el cine. Oland, sin saber a qué venía la pregunta, le contestó que sí.

—Pues vaya a ver a mi hermano,— insistió el otro entonces. —Yo ya he hablado con él.

El actor le hizo una visita al productor quien, tras de darle un efusivo apretón de manos, le comunicó textualmente:

—Vaya a ver a Bill Fox. El lo espera. William Fox, presidente de la poderosa compañía que lleva su nombre, lo miró de arriba a abajo, le sonrió después, y le dijo que podía venir a trabajar al día siguiente.

El primer papel que desempeñó Warner Oland para el cine, fué en la película "Las Joyas de la Madona", protagonizada por Theda Bara.

El debut del gran actor como chino, se debió también exclusivamente a la casualidad: Se estaba filmando la película "La Patria", una cinta de episodios en la que debía aparecer un chino capaz de infundir terror a las gentes. El actor que habían designado para el papel, resultó por su corta estatura y por su temperamento, incapaz de lograr el mencionado propósito y en cambio Oland hacía un villano asiático simplemente ideal. Y de él fué el papel, naturalmente.

CUANDO la Fox compró los derechos de "Detrás de la Cortina", las partes principales de la obra les fueron encomendados a Warner Baxter y Louis Moran. Se trata de la tercera de las obras escritas por Biggers en que interviniera Charlie Chan. Pero al papel del chino no se le dió importancia y le fué concedido a un oscuro individuo llamado Park, que hacía traducciones del chino al inglés en un juzgado de Los Angeles. Su actuación fué tan deficiente que casi todas las escenas en que había tomado parte, fueron cortadas de la cinta. Sin embargo, comprendiendo que el personaje Charlie Chan era el eje central de todos aquellos interesantes episodios, en 1931 la compañía Fox determinó filmarlos en serie, y encargó a Warner Oland del papel a que habría de dar tanta importancia y lustre.

La primera de las películas en que Oland tomó a su cargo el personaje del detective chino, resultó un tremendo éxito de taquilla, siendo ello causa de que a partir de entonces se filmaron tres o cuatro cada año. Oland se lamentaba de aquella fecundidad que lo obligaba a permanecer en el estudio casi los doce meses del año, impidiéndole tomar el vapor e irse a Europa o a Suramérica.

De 1931 a 1937, Oland filmó nada menos que diez y ocho películas 'chanescas', cuyos títulos, traducidos literalmente del inglés, son como siguen: "Charlie Chan sigue su senda"; "El Camello Negro";

MURIERON EL NOVELISTA DE CUYA IMAGINACION NACIO EL DETECTIVE CHINO, Y EL ACTOR QUE LO INTERPRETABA EN EL CINE, PERO CHARLIE CHAN SIGUE VIVIENDO . . . AHORA HAY DOS CHANS, UNO NUEVO EN LAS PELICULAS Y OTRO EN LAS TIRAS COMICAS DE LOS DIARIOS.

"La Oportunidad de Charlie Chan"; "Pasaporte para el Infierno"; "Así son los maridos"; "El caso más importante de Charlie Chan"; "El Coraje de Charlie Chan"; "Charlie Chan en Londres"; "Charlie Chan en París"; "Charlie Chan en Egipto"; "Charlie Chan en Shanghai"; "El Secreto de Charlie Chan"; "Charlie Chan en el Circo"; "Charlie Chan en el Hipódromo"; "Charlie Chan en la Opera"; "Charlie Chan en la Olimpiada"; "Charlie Chan en Broadway" y "Charlie Chan en Monte Carlo". En 1937 esas películas fueron admiradas, solamente en los Esta-

dos Unidos, por 82,000,000 de personas. Decididos los productores a que los públicos de todo el mundo no se priven con la muerte de Oland de uno de sus personajes favoritos, han estado buscando un nuevo Charlie Chan con toda diligencia, y tras haber probado a 35 candidatos distintos, han seleccionado para la prueba a Sidney Toler, veterano actor. Falta saber si el público lo aceptará como apropiado sustituto, o saldrán de la exhibición de su primera película expresando la conocida frase: "el muerto era mayor..."

MUJERES QUE VIVEN EN ANGUSTIA CONSTANTE

Lo que pueden hacer . . . y lo que NO deben hacer

Es asombroso el número de mujeres que viven en angustia constante por su temor a las complicaciones causadas por desórdenes femeninos, porque conocen a otras que han sufrido durante años en condición tan anormal y destructora de la salud y la felicidad.

Esos desórdenes comunes durante la pubertad, la maternidad y el cambio de vida, así como los que causan molestias y dolores periódicos, pueden aliviarse tomando a tiempo el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham, el famoso tónico universal preparado especialmente para la mujer.

Si le angustian dudas o temores respecto al estado de su salud en esos periodos, consulte en seguida a su médico. El le dirá francamente si sus temores son fundados, si hay o no necesidad de operación. El no revelar su condición al médico

98 de cada cien les hace BIEN

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham



durante tan críticos periodos, sometiéndose a vivir en la incertidumbre y el miedo, es agravar inevitablemente el mal que le acongoja.

Si lo que necesita es un tónico especial para la mujer ya sabe que el Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham LE HARA BIEN. Millones de mujeres lo han tomado y les ayudó a combatir el mal eficazmente. Déle a este remedio de comprobada eficacia una oportunidad de ayudarla a USTED como ha ayudado a tantas otras.

No hay más precioso tesoro que la salud. No arriesgue la de usted.

EL CAPITÁN AGUILA POR ROY CRANE



¡MANOS EN ALTO!
 ¡RENDÍOS O DISPARO!
 ¡CARAY!
 ¿QUÉ ES ESTO, OPERA CÓMICA O QUÉ?...
 ¡CÁLMESE, YO SOY EL QUE HABLA!



¡SÍ, MI COMPAÑERO Y YO VOLÁBAMOS SOBRE EL PACÍFICO, PERO COMETIMOS EL ERROR DE TOMAR ESTA MUCHACHA COMO PASAJERA. ELLA NOS ROBÓ Y NOS HIZO PERDER EL RUMBO.
 ¡CON QUÉ NÁUFRAGOS, EH!



ENTONCES BIENVENIDOS A NUESTRA ISLA.
 ¡PERO ESA MUCHACHA ES UNA LADRONA, UNA PIRATA!



¡SÍ, JOVEN, PERO NUESTROS ANTEPASADOS LO ERAN TAMBIÉN. ERAN TAN PIRATAS COMO EL QUE MÁS. LOS PEORES BUCANEROS QUE HABÍA EN EL MAR.
 NAUFRAGARON AQUÍ EN 1783 Y EN 150 AÑOS NO SE HA REGISTRADO UN SOLO CRIMEN EN LA ISLA.
 DEJA QUE LA MUCHACHA ROBE PRONTO APRENDERÁ LA MISMA LECCIÓN QUE NUESTROS ANTEPASADOS.



¡BUENO, EXPLÍQUEME QUÉ CLASE DE LUGAR ES ÉSTE!
 ¡LO LLAMAMOS PARAÍSO, LA ISLA DEL PARAÍSO!



OBSERVO QUE EXAMINAS LAS PIEDRAS DEL PAVIMENTO ¿QUÉ TIENEN DE PARTICULAR?
 ¡PUES PARECE QUE FUERAN DE ORO!



¡ORO, DÁMELO! ¡DÁMELO!
 ¡TEN CALMA MUCHACHA!



¡PERO SI TODAS PARECEN DE ORO!
 ¡DÉNME LAS TODAS! ¡UNA PALA, QUIERO UNA PALA! ¡DARÍA MI REINO POR UNA PALA!
 ¡PERO NO ES POSIBLE QUE SEAN DE ORO!
 ¡SÍ, SEÑOR, ORO DE 18 KILATES, POR ESO LA LLAMAN ESTA ISLA PARAÍSO



¡CARAMBA, ME CUESTA TRABAJO CREERLO!
 POR FAVOR, NO SAQUEN LAS DEL PAVIMENTO. COJAN LAS QUE ESTÁN TIRADAS A LA ORILLA DEL CAMINO



¡DIABLOS! ¿QUIÉN ESTÁ LOCO YO O ELLOS?
 ¡DESPIÉRTAME! ¡ME PARECE QUE ESTOY SOÑANDO!
 NO SE ENTUSIASMEN TANTO. SIEMPRE HAY ALGO DETRÁS DE TODO LO QUE LUCE DEMASIADO BUENO.

...a quedar abandonada y sola ba-
...triste guarda de su abuelo que
...sombra, como se la pres.
...grave ciprés al alegre rosal que
...con sus ramas. Mariquita, que
...el nombre de la niña, reunía a
...encantos de la niñez y la ino-
...el que le prestaba su desgracia.
...había de ser el corazón que no
...conmovido ante aquella pre-
...sonreía engarzada en su
...carita que sonreía, un niño
...de luto, como sonreíría, un niño
...tranquilamente acostado en un
...Doña Ursula, Misita, y hasta Bri-
...habíanse apegado a ella, de tal
...que de continuo la tenían en su

...días después de lo que en los
...capítulos queda referido, ha-
...una tarde Misita Ardera, senta-
...la única ventana bajo de su casa,
...un vestido negro con lunares
...que al quitarse el luto había
...Mariquita; ésta gravemente
...en una sillita baja, mecía re-
...la silla hacia atrás, el sueño
...de esos niños que llaman «llo-
...y a los que, cometiendo un ana-
...de a folio, ponen, en la edad
...pucheros y las muñequillas, una
...calva, digna del más vetusto
...de los modernos civilizadores.
...en unas mantillas que ella
...colocábalo cómoda-
...a su pecho y le cantaba,
...a la perfección, esa dulce to-
...que las madres acostumbran
...el sueño de sus hijitos:
—Dime, niño chiquito,
¿quién te ha pegado?
—Como soy chiquitito,
yo no lo «sabo».

...Mariquita, no te respaldes, que vas
...le dijo Brígida, que, sentada
...medio de la habitación, zurría unas
...de su señora.

—¡Calla! Qué con esa voz de campa-
...me lo vas a despertar —replicó
...microscópica madre poniendo un dedo
...su boquita.

...sin hacer caso del prudente aviso,
...dijo:

—Duerme, niño chiquito,
que viene el coco,
y se lleva a los niños
que duermen poco.

...Qué bellos, qué poéticos y qué tier-
...son esos dulces cantares que, mo-
...en notas vagas y sin precisión
...dulcesimas, vienen a despertar en
...como un eco lejano, un re-
...que rara vez acude a la mente
...lágrimas en los ojos! ¡El de la ma-
...que nos adormeció en su regazo!...
...aquel a quien Dios da por timbre
...santo lecho, y, según un autor ca-
...recibe de su mano una corona
...combate y una palma sin martirio!
...bien concluyó Mariquita su últi-
...copla, cumplieronse los vaticinios de
...y perdiendo la niña el equili-
...capó de espaldas enseñando una re-
...piernecita, semicubierta por unos
...bordados; en cuanto al niño
...a parar en medio de la habitación.
...dar muestras de haber despertado, re-
...ando lastimosamente su calva contra
...pavimento.

—Hija mía! ¡Vaya por Dios! —grita.
...a un tiempo Misita y Brígida co-
...hacia ella.

—¿Dónde te has dado?

—Aquí, aquí! —gimió la niña, seña-
...la parte superior de la cabeza, y
...ando a gritos, más por el susto que
...el porrazo.

—Eso no es nada! ¡Picaros ladrillos,
...han lastimado a mi niña!

—Ya se acabó, eso no es nada —dijo
...gracia.

Y pasando suavemente la mano por
el sitio lastimado, añadió:

—Sana, sana,
carita de rana;
si no sana hoy,
sanará mañana.

—vente aquí conmigo, corazón, que
Brígida va a contarte un cuento —dijo
Misita volviendo a la ventana, y sen-
tando sobre sus rodillas a la niña, cuyo
rostro aparecía rociado de lágrimas del
tamaño de garbanzos, mientras el po-
bre llorón daba un solemne mentís a
su nombre permaneciendo sin chistar con
la calva contra los ladrillos.

—¡Qué lástima de perlitas, que las qui-
siera la Reina de España para su corona!
—chilló Brígida destempladamente,
limpiándole las lágrimas con el pañuelo.

Y luego añadió:

—No llores, niña,
no llores más.
que a mí me aflige
verte llorar.

—Cuéntame el cuento —dijo Mariqui-
ta reclamando la promesa ofrecida.

—Pues, señor, que era vez y vez de
un gato, que tenía los pies de trapo y
los ojos al revés. ¿Quieres que te lo cuen-
te otra vez?

—¡Ea! Qué me cuestas el cuento.
¡Misita, dile que me lo cuente! —dijo la
inválida niña, volviendo a encapotarse y
amenazando un nuevo chubasco.

—Vamos, Brígida, cuénteles usted el
cuento y no la muela más —dijo Misita.

—Allá voy, allá voy, cuartito de alfe-
ñique, que tienes tanta mantecitas,
que te derrites al sol —contesó Brígida
con mucho mimo.

Y recobrando de repente su gravedad,
empezó así:

«Erase vez y vez de un matrimonio
tan pobre, tan pobre, que la mujer ten-
ía telarañas en el gañote de no usarlo,
y el marido no podía ni asomar los bi-
goes a la calle de pura miseria que se
lo comía. Pues, señor, que iba una ma-
ñana el marido por el campo, mirando
para el suelo, por ver si se encontraba a
la fortuna y al pasar por una huerta se
halló una mota; entró en la huerta más
contento que unas pascuas y le compró
a la hortelana una col tan grande, tan
grande que apenas podía con ella. Se la
hechó a cuestras como pudo y fué a lle-
varse a su mujer para que la guisara;
cogióla ésta, y viéndola tan hermosa, dá-
bala lástima de partirla, hasta que deci-
dió, por último, sembrarla en un corra-
dillo que en la casa había; no lo llevó a
un marido, y al cabo de algún tiempo,
creció tanto la col, que ya llegaba al
cielo. Una tarde estaba la mujer ya tan
apurada porque hacía veinticuatro horas
que no cataba la gracia de Dios y no
iba a tener más remedio que echar ma-
no de su hermosísima col; fuése al cor-
raí, muy triste, para arrancarla, y, vien-
do que llegaba al cielo, se le ocurrió
subirse por ella y pedirle a San Pedro una
limosnita; tan pronto hecho como dicho,
empieza a subir de penca en penca, que
penca en penca, hasta que llegó al cielo;
no se usan por allí campanillas, y así lla-
mó: ¡tras, tras!, con los dedos de la
mano.

—¿Quién es? —preguntó San Pedro,
que tiene muy mal genio, abriendo el
postiguillo de la puerta.

—Soy una pobre infeliz que no tiene
que comer, y venía a ver si me hace us-
ted la caridad de darme una limosnita
por amor de Dios.

«San Pedro, que, aunque es viejo y
gruñón tiene muy buenas entrañas, se
compadeció de la pobrecilla porque traía
en la cara, más hambre que un maes-
tro de escuela, y entrándose dentro, sa-
lió a poco cargado con una mesita.

—Toma, hija, esta mesita —le dijo en
tregándosela—, y cuando te veas apu-
rada, dices: «Mesita, componte».

—Dios se lo pague a usted y se lo dé de
gloria —contestó ella, echando a correr de
penca en penca, de penca es penca, has-
ta que llegó al suelo.

Como las mujeres «semos» tan cu-
riosas, no tuvo paciencia para esperar
la vuelta de su marido, y apenas soltó la
mesa en el corral, dijo: «Mesita, compon-
te.» Hija mía, como si lo hubiera toca-
do con una varita de virtudes, se cubrió
la mesa de una comida más abundan-
te que la que se pone en la mesa del
rey; en cuanto vino el marido, le con-
tó todo lo que había pasado, y se die-
ron arcos a dos una «atraquina», que
con el dedo se lo tocaban. Pasaron así
algunos meses, y al cabo de éstos, dice
un día el marido a la mujer:

—Mira Andrea, es menester que va-
yas a ver a San Pedro y le pidas algún
dinero; pues si por lo que toca al pico
estamos ya seguros, nos hallamos como
quien dice «en cuerechos» y era menes-
ter que marcásemos alguna ropita.

La mujer se resistió algún tiempo,
hasta que de penca en penca de pen-
ca en penca, se escampó otra vez en
el cielo; estaba San Pedro sertado a
la puerta, tomando el sol, cuando vió
venir a la mujer.

—¡Otra te pego...! ¿Qué se te ofre-
ce, empalago vivo? —le gritó sonando las
llaves del cielo que tenía en la mano.

—No se incomode su mercé —replicó



có Andrea—, pero venía a ver si me
daba usted algún dinero, aunque fue-
se a dita, para mercarle a mi Juan unos
calzones, porque tienen los suyos más
lagas que un San Lázaro.

—¡Caracoles con la mujer que pa-
rece le ha hecho la boca un fraile! pedi-
guéño! refunfuñó San Pedro, metién-
dose adentro y volviendo con una bolsa,
que dio a la mujer.

—Toma, «Mari-pidona» —le dijo—,
y cuando tengas apuros di: «Bolsita, com-
ponte.» ¡Dios se lo pague a Ud. y se lo...

—Anda, anda con viento fresco, y no
vuelva por aquí hasta que traigas nietos.

«Bajó la mujer más de prisa, que si lle-
vase el diablo entre las piernas, y en
unión de su marido, que al pie de la col
la esperaba, dijeron a la bolsa: «Bolsita,
componte». No bien lo hubieron dicho,

apareció la bolsa llena de unos pesos
duros más hermosos y más brillantes que
las estrellitas del cielo.

«Pasaron otra porción de meses, en que
marido y mujer echaron plantas de al-
calde y humos de «menistro»; pero como
el paño fino se conoce por la trama, y la
suya era de hábito de capuchino, com-
prendieron los demás usias que eran vi-
nos de mal criadero, empinados sobre
sus talegas. Revolvíaseles a ellos la san-
gre en el cuerpo de pura soberbia, hasta
que la mujer determinó ir a pedirle a
San Pedro una «alcuña» más noble que
la Reina de las Españas.

«Estaban aquel día en el cielo de lim-
pieza, y a la puerta sacudían los ange-
litos unas esteras bajo la inspección de
San Pedro; así que éste vió venir a la
mujer, le gritó:

—¡Tú por aquí! ¿No te dije que no
volvieras hasta que no trajeses nietos?

—¡Sí, señor; pero...

—¡Qué peros ni qué camuesas, que eres
peor que unas terciánas! ¿Qué se te ofre-
ce?

—Quisiera una «alcuña» noble, por-
que todos me miran por encima del hom-
bre, y me dicen cuando salgo de mi co-
che:

«Adrea estropajo;
hoy está boca arriba,
ayer iba boca abajo».

«Alzó San Pedro la cara y quedose
mirando a la mujer, y aún dicen que
blandió la vara con que sacudía las es-
tereras.

—Espérate ahí, marquesa de la Bam-
bolla, que voy a darté lo que pides—sa-
cando de la fraltriquera una porrita de
una cuarta de largo—. Toma esta porri-
ta, y cuando estés con tu marido, di:
«Porrita, componte».

—Bajó la mujer a galope de penca en
penca, creyendo era ya su dicha com-
pleta, y no bien hubo visto a su mari-
do, gritó:

—Porrita, componte».

«¡Nunca lo hubiera dicho, cristianos!
porque empieza la porrita a dar cosco-
rrones, de la cabeza del marido a la de
la mujer, y de la mujer a la del mari-
do, hasta que los dejó blandos como una
brevia; y no fué esto lo peor, sino que la
mesita y la bolsa perdieron su gracia, y
por más que gritaban ¡«Componte!»!, que-
daban «múas» como un marmolillo y
«paraas» como una esquina. Y todo esto
fué castigo de su mucha ambición y co-
dicia, porque, como lo canta el refrán
la codicia rompe el saco», y a ellos le
rompió el saco y también la cabeza.

«Y aquí se acabó mi cuento, con pan
y pimienta; yo fui y vine, y no me die-
ron «naa» más que zapatillo de afre-
cho, que lo colgué en el techo y se derri-
bó».

—¡Otro, otro! —gritó Mariquita no bien
hubo concluido.

—¡Qué otro ni qué otro, si tengo las
fauces secas de puro charlar! —contestó
Brígida—. ¿Quieres que te suceda por
«pidona», lo que a la mujer del cuento?

Sonó en este instante la campanilla
de la puerta, y Brígida fué a ver quién
llamaba. A poco volvió diciendo:

—Señorita, ahí está un «militar» pre-
guntando por la señora.

—¿Un militar? —replicó Misita con ex-
trañeza.

—Pues dígame usted que suba y avi-
sele a mamá.

La visita anunciada por Brígida era
un guardia marina amigo de Antonio,
que, habiendo encontrado al salir de la
bahía de Cádiz el buque en que éste iba,
se encargó de entregar a doña Ursula
una onza de oro que su hijo le enviaba,
junta con la siguiente carta, lo cual no
había hecho antes por habérselo impe-

«Mi queridísima mamá: Dispéñeme usted que empiece hablándole de dinero en una carta que, por ser la primera que le dirijo, debiera dedicarla exclusivamente a hablarle de mi cariño; pero además de que es éste muy sabido, como lo uno es consecuencia de lo otro, le diré que he cobrado veinticinco duros primer dinero que con mi trabajo gano, de los cuales me he reservado nueve para mis gastos particulares, y le envío a usted los dieciséis restantes, como dueña que es de todo lo mío, empezando por mi propia persona. Yo quisiera, sin embargo, si a usted le parece bien, que le diesen alguna cosita a la «señá» Juana, la pobre a quien yo daba limosna los domingos; así Dios bendecirá mi trabajo y me dará fortuna para ganar.

«Yo estoy bueno, madre mía; pero me acuerdo tanto de usted, que tengo a veces que encerrarme con «Garabito» (era éste un perro de que ya hemos hecho mención, compañero inseparable del pobre niño, y que le había seguido en su viaje), que es el único que me comprende, y allí le rezamos los dos a la Virgen de la Merced, cuyo escapulario tengo. Vaya usted a su iglesia a rezarle una Salve de mi parte, y dígame, como ya yo se lo tengo dicho, que cuando vuelva a esa, si es su santa voluntad que así sea, he de comprarle un manto de tisú de oro. ¡Ay, madre de mi alma! ¡Todavía no he perdido de vista las costas de España, y ya tengo unas ganas de darle a usted un abrazo! Ahora no podría usted decirme su «erizito», pues soy más amable que el tener: ¡ya se ve!, ¡me falta mi madre que me mimaba y mi hermanita que me aguantaba!

«Que cuiden mucho a «Persa» (éste era su caballo, de que también se ha hecho mención), y que lo saquen a paseo para que no se vicie; cuando yo vuelva será ya tan viejo, que no podrá ni con la fe de bautismo en papeles. A Misita dígame usted que vaya comprando plumas para escribirme cuantas noticias y chismes haya por esa.

«Adiós, madrecita de mi alma; no soy más largo, porque mi amigo Juan de Silva, que es el dador, no puede detenerse más; todas las noches que haya luna suba usted a la azotea al dar el toque de ánimas, y mírela, porque a esa misma hora la estoy mirando yo; entonces rezo un Padrenuestro por los difuntos, y a usted le envía con ella un beso su hijo que la quiere mucho, mucho, muchísimo, Antonio.

«P. D.—En este instante ladra «Garabito» como si mandase memorias. Como me encargó usted, reservo las camisas blancas, y estoy usando las de color».

¿Quién podría pintar lo que sintió doña Ursula al leer aquella carta? Lloraba, rezaba, reía, y abrazó a Juan de Silva, valiente marino a quien el huracán de jaba impávido y la tempestad hacía sonreír, y que sintió correr sus lágrimas ante el entusiasmo de aquella madre. ¡Con qué complacencia contestaba al diluvio de preguntas que ésta le hacía!

—Dígame usted: ¿está muy grueso? ¡Hijo de mi alma! Estará muy quemado del sol. ¿Ha crecido? ¿Está muy triste? ¡Bendita sea su vida, y qué de cosas le diría a usted para mí! ¿Se peló por fin, o tiene el pelo largo? ¿Está muy alegre? ¿Me echa mucho de menos? Tendría puesto un sombrero de alas anchas que llevó para el sol.

Aquella misma noche fué a casa de un platero, y mandó echar un engarce de oro a la onza que su hijo le había enviado para poder, como si fuese un broche para el pecho, conservarla eter-

namente. Luego fué a la iglesia de la Merced a cumplir el encargo de su hijo y de vuelta subió a la azotea con la misma ligereza de Misita, que tras ella venía. La luna, destacándose entre millares de estrellas del sombrío azul del cielo bañaba en su argentada claridad como en un suave bálsamo a la tierra. Doña Ursula la miraba atentamente, como si quisiese descubrir en su disco de plata la señal de la mirada de su hijo. De repente, una campana, grave como la oración de un cristiano, rompió el silencio de la noche: era el toque de ánimas. Doña Ursula y Misita cayeron de rodillas y rezaron un Padrenuestro por los difuntos; luego, co-



mo impulsadas por el mismo pensamiento, dieron un beso, en la punta de los dedos, y lo enviaron a la luna. Allí en la inmensidad del mar, de rodillas sobre la puerta de un buque, y teniendo junto a sí un hermoso perro manchado de canela un niño rezaba también un Padrenuestro por los difuntos, y enviaba un beso a la luna.

¿Cuánto no se hubieran reído los escépticos y hombres positivistas que se niegan a verter una lágrima y a murmurar una oración, si les hubiese sido dado contemplar tanta fe, tanta ternura, tanta inocencia! Pero en el mar sólo escuchaban al niño sus majestuosas olas: que, graves y tristes, venían a besar los costados del buque como si contestasen a su oración: «Requiescant in pace». En la tierra sólo escuchaban a la madre las macetas de claveles, que desde un rincón de la azotea humillaban sus perfumadas cabecitas, como si la acompañasen en sus ruegos. Y allí en el cielo escuchábase a uno y otro María, la Madre de Dios, que acogía sus súplicas y envía-

ba como compensación, al que rezaba en el mar, la esperanza; a la que en la tierra, la resignación cristiana, y a ambos su bendición pura y santa.

VI

Se echa dicho, y tal creen muchos, que en Jerez no hay sociedad, y que una persona fina y bien educada es allí un mito, un fénix, una utopía una creación fantástica.

Y no son los que tal dicen (que eso nada de extraño tendría) alguno que otro de esos revisteros que sacrifican a un chiste o a un ridículo todo lo que no sea su bolsa o su pellejo; por desgracia, de igual modo opinan algunos indígenas de esta misma sociedad tan calumniada, tales como Próspero Pinillos, al mismo tiempo que se lamentan de vegetar en su centro. Este afán de despreciar lo propio y envidiar lo ajeno, que inspira a los Pinillos imprecaciones más elocuentes que las de Dido contra Eneas, revela en los primeros la más crasa ignorancia sobre este punto, y en los segundos mala intención y la más rematada necedad.

¿Qué entenderán por finura estos modernos regeneradores del trato social, cuando la niegan a una de las pocas poblaciones en que se conserva aún aquel franco, serio, digno y caballeresco trato español, que va desapareciendo en unión de todos nuestros usos y costumbres, arrasados por el fuerte viento que de los Pirineos sopla?

¡Ay, mi buen lector! Si atrasados estamos, progreseemos con dos mil de a caballo; pero progreseemos siendo españoles y dejando a un lado el ridículo empeño de parecer franceses unos, ingleses otros, olvidando que cada nación tiene su fisonomía particular, y que tan mal sienta a una española el «madame» francés o el «mistres» inglés, como a una francesa o inglesa el castizo y caballeroso «doña» que usaron las reinas españolas, y que ha venido a ser entre la gente joven atributo exclusivo de las pelucas empolvadas.

¿Quieres saber lo que por vulgar, ganso y «antifashionable» es desterrado por los que en Jerez, como en todas partes, aspiran a guiar la opinión pública, presentando la suya fuertemente impregnada de un perfume extranjero? Pues escucha la vida de cualquiera de esas señoras de provincia que tanto abundan en la para nosotros respetabilísima sociedad de Jerez.

Si vas por la mañana a su casa la encontrarás rodeada de sus hijas, a quienes enseña a obedecer, para que a su vez sepan mandar; a quienes enseña a ser mujeres de su casa sin dejar de ser señoras, en toda la extensión que en lo antiguo se daba a esta palabra, cuando era considerada como sinónima de cristiana y culta, noble y distinguida. A la vista de este cuadro, involuntariamente se te vendrá a la memoria el que ofrecían aquellas antiguas castellanitas de la Edad Media, que dejaban el torno y la rueca para ir a recibir al rey, que llamaba a las puertas de su castillo. Isabel la Católica, tejiendo las camisas de su marido el rey Fernando, nos ha parecido siempre el tipo más acabado y el más cumplido ideal de la verdadera señora.

Pues vuelve al anochecer, cuando ya la campana de la oración anuncia la huida del día. Luego que esta ha sido rezada y han besado los hijos la mano de su madre, se ponen todos en marcha hacia la casa de la abuela donde además de toda la familia, se reúnen los amigos íntimos que forman la familia del corazón. Preside la anciana matrona este tranquilo y dulce cuadro por el

derecho que le dan sus años, que cargan ni la oprimen, sino la hacen mirar al altísimo trono de la vejez; por cortesanías sus hijos y nietos, y corona sus canas; porque allí donde afán de parecer lo que no es (trasmisores bresaliente de nuestra época) sólo conseguido tiznar con desaseados métodos las cabezas de dos o tres cianos, raro es el que se priva de esta diadema de plata en que Dios cobó la palabra «experiencia» para los hombres contestasen con la palabra «peto». Todos reconocen este santo hecho que hemos de heredar y se apresuran a prodigarles sus obsequios que son falsos ni embusteros, sino salidos de corazón; allí, allí es donde se encuentra una sociedad culta, amena e iluminada como cualquiera otra, y CRISTIANA como ninguna otra. Los que la buscan en los casinos, en las bolegas, en el hogar doméstico, donde no se encuentra el juego como en los primeros, ni el vino como en las segundas, encuéntrase el suave trato de las ras, el santo amor de la familia y la moral más profunda y cristiana.

A uno de estos alegres y pacíficos círculos solían concurrir a primera doña Ursula y su hija. Componían familia de la casa doña Petra Sandoval, rica viuda y sus tres hijas, Rosa, Pa y Paca, que de cinco que tenía las que por casas quedaban.

Dividíase el salón de doña Petra en cámara alta y cámara baja. Doña Ursula, la viuda de Sandoval, una hermana de ésta, viuda también de un noble de Castilla; una parienta pobre, llamada Florita, que entre ambas mantenía y las dos hijas casadas de doña Petra formaban la cámara alta; y en la cámara baja Rosa, Pepa, Paquita, Misita y una porción de primas y parientas, ayudadas de algunos muchachos que acudían atraídos por las miradas como por la miel las abejas, de tal manera charlaban reían criticaban y vertíanse a costa del prójimo ocupaciones todas necesarias a la juventud que había merecido su nocturna tertulia el nombre de «Club de la Tijera» cuyo alegre Comité, gracias a su niño bromista y chistosamente burlesco había sido proclamada presidenta Petra, la menor de las hijas de doña Petra.

En la noche del día siguiente al de doña Ursula recibió la carta de su hijo, la cámara alta jugaba, como siempre, al tresillo y la baja por distraer el tiempo, a juegos de prendas.

Contábanse en el número de los tulinianos, a más de otros varios muchos, el marqués de Valmes, que era algo pariente de doña Petra, que habitaba la casa y Próspero Pinillos, conociendo a la rica viuda desde niño, seguía al marqués como la sombra sigue al cuerpo. Hemos dicho que creíase enamorado de Misita a lo que Juan, y bien hubiera querido acercarse a ella por ver si sus amorosas ideas rompían al fin, en una ardiente declaración; pero más listo el marqués ocupó el único asiento que junto a la preciosa niña quedaba vacío, la cámara cortada y ruborosa con las miradas de Pinillos, no se atrevía a levantar la vista por miedo de encontrarse con el de su diminuto pretendiente.

Sentados caballeros y señoras, formando un círculo, entreteníanse en jugar una letra, y para ello cada uno tenía de tirar un pañuelo al que de su voluntad fuese, preguntando al mismo tiempo: —¿De la Habana ha venido un barco cargado de...?

Y el preguntado contestaba prontamente alguna palabra que con la

se trataba de apurar empezase. Más se le ocurría palabra alguna o no se le ocurría la prontitud requerida, de dar una prenda lo cual era ce- gado siempre con mil burlas y excia- ciones de alegría.

De la Habana ha venido un bar- cargado de...?—preguntaba Paquita a Pinillos el pañuelo con una hermosa sonrisa.

—Amor (1)—contestó almibarada, mirando a Misita de una manera hasta significativa, al mismo tiempo que le arrojaba el pañuelo, ha- ciendo la consabida pregunta.

Atullada ésta por las miradas de Pi- nillos, y deseando, al mismo tiempo que responder al marqués que en aquel ins- tante la hablaba, pronunciar la palabra que le correspondía, exclamó inocente- mente volviendo el pañuelo a Próspero con mucha prisa:

—¡Alcornoque!

Se prohiben las alusiones personales al marqués, muy quedito al oído de Misita.

Poco a poco fué apurando verdadera- mente la letra, y reuniéronse gran nú- mero de prendas, que ocultas en la fal- da de Paquita habían de sentenciarse.

—Usted, Próspero —dijo ésta cogien- do una de ellas sin enseñarla—, ¿qué me manda al dueño de esta prenda?

—Si es del sexo bello, que haga un ramillete de flores; y si del feo, que lo pongan en un compromiso.

—Eso es, eso es! —exclamó alegremen- te el auditorio—. Un compromiso.

—¿Qué diga cuál es la más fea y cuál la más bonita de las que están presen- tes.

—Que diga la que más le gusta.

—Orden señores, orden! —decía Pa- quita dando con un cuchillo de abrir papel en un jarrón de china.

—Que hablen todos y calle uno.

—Silencio—pide la presidenta.

—Señores! —gritó Pinillos poniéndose de pie sobre un taburete—; yo, como el consultado que he sido, pido la pala- bra. El compromiso ha de ser éste. Que busque su ingenio comparando con un cuadrúpedo a cada una de las señoras presentes.

—Eso es, eso es! —gritaron todos.

—Puede luzca usted su ingenio, mar- qués —dijo Paquita dando a éste un guiño, que era la prenda por él entre- gada.

Colocóse el marqués en medio del círcu- lo, y poniendo en aprieto todos los recursos de su imaginación, fué com- parando a cada una de las muchachas con un cuadrúpedo. Parecíase una al caballo, en lo noble; otra al armiño, en lo blanca; aquella al león en lo gene- rosa; esta otra al ciervo, en lo ligera; la de más allá al perro en lo leal; Pa- quita a cerdo, en no tener desperdicio; Misita al cordero, en la dulzura.

Sólo le quedaba, para salir del aprie- to, una morenita que vestía hábito de los Dolores, y a la que, no sabiendo ya el pobre marqués con qué cuadrúpedo compararla, dijo:

—Usted, por lo negro de su vestido, se parece al...

—Pues...! al cuervo, en la pluma — le apuntó por detrás Pinillos, con aquel aire de satisfacción del que sale triun- fante de un grande apuro.

Una carcajada general acorgió la sa- lida de Próspero.

—¡Muy bien! ¡Bravo! —gritaron por todas partes.

—¡Bien por el moderno Linneo!

—¿Es en Londres donde los cuervos tienen cuatro patas?...

—¡Nada, nada —exclamó Paquita—; de

hoy en adelante, de las aves el conejo; de los líquidos, el azúcar; de los cuadrú- pedos, el cuervo!

—Pero, señores, creo que comprende- rán ustedes que ha sido una equivocación —dijo Pinillos, corrido al verse ob- jeto de las burlas generales.

—¡Por supuesto! ¡Ya lo creo!

—Si; si sabemos que has estudiado Historia Natural.

—Y que eres bachiller.

—Y un gran naturalista.

—Y que has estado en Londres.

—¡Orden, señores, orden, que si no va a ser esto el cuento de nunca acabar! —exclamó Paquita.

Y dirigiéndose al marqués, añadió:

—Usted, como agraviado, ¿qué le man- da al dueño de esta prenda?

—Que improvise unos versos.

—Pues evoque usted a las nueve mu- sas, Pinillos, que suya es la prenda — dijo Paquita, dándole una foforera de plata, que, como prenda, había entrega- do.

—Pido algún tiempo de término.

—Cinco minutos por el reloj —dijo uno de los muchachos sacando el suyo.

Retiróse Pinillos a un rincón y vuel- ta la cara hacia la pared, un dedo so- bre los labios, fijo los ojos en el te- cho y contando, al parecer, las suabas del verso con los dedos de la mano, de- recha, quedó inmóvil y silencioso has- ta que, pasados los cinco minutos, vol- vió en medio del círculo, donde, con le- vantada voz, y dirigiendo significativas miradas a Misita, dijo estos versos que había leído en un papel viejo y apren- dido de memoria: :

¿Viste cuando un cazador,
con paso lento y constante,
sigue la caza adelante
con aían y con ardor?
Pues en el campo de amor
ese cazador yo he sido,
y no encontrando, aburrido,
la caza que yo tiré,
volví la cara, y miré
que yo sólo era el herido.

—¡Bravo, muy bien! —gritaron de to- das partes, mientras Pinillos, reventan- do de satisfacción, se inclinaba modesta- mente:

—De seguro que Apolo se roe las uñas de envidia.

—Y las musas, de contento, van a dar un «the dansant».

—No sabía yo que el señor Pinillos era poeta.

—¡Ah! Es un moderno lord Byron.

—¡Vaya si lo es! —dijo Paquita—. Yo he leído varios versos suyos.

—Bien podrá ser —replicó Pinillos—; aunque he escrito muy poco y nunca para el público.

—Pues no sólo los he leído, sino que los conservo en la memoria, y si usted me da permiso he de recitarlos.

—Que los recite él, que es el autor.

—De ninguna manera —contestó Pini- llos galantemente—; porque si algún mé- rito tienen, será el ser dichos por una boquita tan linda.

—Gracias, señor poeta; y aunque los desluzca, los diré, ya que es usted tan amable.

Y la traviesa presidenta, después de una burlona tosecita, dijo con la mayor formalidad:

Doce meses esperando
y siempre calles corriendo,
siempre luces encendiendo,
siempre luces apagando;
siempre alumbrando, señor,
los sitios de esta ciudad,
y siempre, por Navidad,
se vió que el alumbrador
tuviese un «plus» por favor

de toda la vecindad.
Una explosión general de risa estalló

al concluir Paquita el último verso.

—¿Quién le ha dicho a usted que esos versos son míos? —exclamó Pinillos, cuya cara habíase tornado de reciente resplan- diente sol, en nublada luna a medida que Paquita recitaba la décima.

—¿Cómo, que no son de usted? !

—¡No me faltaba a mí más sino com- poner décimas pidiendo aguinaldos!

—¡Pues tiéné usted razón! —exclamo Paquita, sin dejar su burlona formali- dad—, ahora caigo en que esos versos son los que por Pascua trajo el alum- brador de la calle y esta pícara me- moria mía ha hecho que con los de us- ted los confunda.

—¡Paquita, Paquita, dejaría usted de ser chica para ser burlona!

—¡Mire usted quién habla, tú que tie- nes el alto de un perro sentado, y que no llegaste a pino, sino que te quedaste en pinillo!

—Aquí sí que viene lo que dijo la sar- tén a la caldera: «¡Quita allá, que me tiznas!»

—Pues a mí me gustan los hombres chiquititos, porque me acuerdo de aque- llo de «Marcela, o cual de las tres».

Puesto que el hombre no es bueno,
le prefiero chiquitín;

que en pequeño vaso al fin,
no cabe mucho veneno.

—Tienes razón —replicó Paquita— pe- ro sepa usted que siempre se ha dicho: «Hombre chiquitín, embustero o baila- rín»; y de la mujer chiquitira nada se ha dicho, que yo sepa.

—¿Qué no?... «La mujer, chica; por- que de lo malo, poco». Creo que fué San Agustín quien lo dijo.

—Más a mi favor todavía; pero cui- dado con las chicas, que chica es la pi- mienta, y pica y repica...

Levantóse en esto doña Ursula para retirarse; pero una súplica general le hizo volver a su asiento hasta que las prendas fuesen sentenciadas.

—Usted, como agraviado, ¿qué le man- da al dueño de esta prenda? —preguntó Paquita a Pinillos.

—Que improvise otros versos y ¡oja- lá sea usted la dueña, que yo le prome- to vengarme!

—Gracias por la buena intención, pe- ro es usted otra vez el favorecido, con- que al rincón, y chitito que las conver- saciones inútiles ahuyentan las musas.

Recogió Pinillos su prenda, y dirigién- dose al rincón, que para él fuente de Hi- pocrene era, permaneció allí un breve rato al cabo del cual dijo, parodiando cierto trozo de una comedia de Calde- rón, que había oído a un amigo:

Cuentan de Momo que un día
a sus solas se burlaba
de un entierro que pasaba.
¿Habrás otro, entre sí decía,
que sea más burlón que yó?
Y cuando el rostro volvió,
halló la respuesta viendo
se estaba Paca riendo
del mismo que se rió.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Soberbio!

—¡Ay! ¡Si Calderón levantara la ca- beza...!

—Se volvería a morir de pura envidia.

—Eso merece una corona.

—Y yo he de ofrecérsela —dijo Pa- quita yendo ligera como un pez a cor- tar una rama de los laureles del patio, que el marqués ciñó a las sienas de Pi- nillos, el cual, subido sobre un tabure- te, saludaba a diestra y siniestra, en medio de las aclamaciones y risas de una alegría tan franca, tan espontánea y tan comunicativa, que fueron a reso- nar sus ecos en la grave y serena cá- mara alta, haciendo exclamar a Doña Petra:

—¡Qué edad, qué edad tan dichosa, en que todo alegre y hace reír!

—Dios les conserve por mucho tiem- po su alegría, porque, una vez perdi- da, no se recupera —replicó suspirando doña Ursula.

Concluyéronse, por fin, de sentenciar las prendas, y retiráronse Misita y su madre, juntamente con el marqués de Valmes, que las acompañó hasta su ca- sa. Hizole allí doña Ursula los ofreci- mientos de costumbre, y despidióse, por fin, el marqués, no sin volver la cabe- za en tan buena ocasión que, volvién- dola Misita al mismo tiempo, sus mira- das se encontraron.

—¿Por qué no cenas? —decía doña Ursula aquella noche al ver que su hi- ja no tocaba el plato que delante ten- nia.

—Porque no tengo ganas; me duele la cabeza.

—Pues bastante te has reído con el marqués; sino que estas niñas del día son candil en la calle y obscuridad en casa.

Misita suspiró, y dando un beso a su madre, fué a acostar sin decir pala- bra.

VII

—¿Quiere usted no hacer ruido? ¿No ve usted que la niña se acostó anoche tarde, y está durmiendo? —exclamaba doña Ursula al ver que Brígida barría furiosamente delante del cuarto de Mi- sita, cantando a grito pelado:

El tío Pelotillas
mató a su mujer,
la hizo pedazos
y la puso a cocer.
Todo el que pasaba
olía a manzanilla,
y era la mujer
del tío Pelotillas.

Brígida, que, sin ser mala, tenía el carácter fuerte dejó caer la escoba con todo el estrépito posible, refunfuando:

—¡Pues no faltaba más para los días de fiesta! Yo me levanto temprano, y me acuesto tarde, y no soy de palo; después no puedo aviar el cuarto hasta las tantas, y tengo que hacer. Conque a ver si nos ponemos como los pinos...

Doña Ursula entró en el cuarto de Misita y corrió las cortinas, para evitar que el sol, que ya por las ventanas en- traba, despertase a la niña. Ya hacía algún tiempo que, observadora continua de sus hijos, como todas las madres lo son, habían notado en el antes tan igual y tan dulces carácter de Misita ciertos períodos de melancolía y de profundo desaliento, que llegaron a alarmar su tierno corazón de madre. Pero, tranquilizada por los médicos, que si bien la habían encontrado harto endeble, no conocieron entonces la enfermedad física que la minaba, atribuyó la buena señora la tristeza habitual de su hija a rare- zas, manías, que, por aquello de quien más mira menos ve, en vano trataba de explicarse. Pero si hubiese tenido más conocimiento del corazón humano, tal vez hubiera comprendido que lo que a ella le parecían rarezas y melancolías exa- geradas, eran los resultados de un amor espontáneo que había nacido en el co- razón de la pobre niña, sin que ella mis- ma se diese cuenta de lo que sentía.

No pudo Misita tratar tan de cerca al marqués de Valmes sin experimentar hacia él, primero una misteriosa sim- patía, y luego una irresistible inclina- ción, aumentada de continuo por las

—CONTINUARA—

SAHONA

Reina de la Selva

Por
**W. MORGAN
THOMAS**

CON SU VICTORIA
SOBRE LA PANTERA,
SAHONA HA SALVADO AL TRAI-
DOR OGU DE UNA
MUERTE SEGURA, DESTROZADO POR LA BESTIA.



LOS JEFES SE REUNEN A SU
ALREDEDOR Y LA SOBERANA LES
ORDENA: "¡EXPULSAD AL TRAI-
DOR!
¡HACEDLE HUIR!"



MABU, EL DECANO DE LOS CONSE-
JEROS DE LA TRIBU, SE ADELANTA
HACIA ELLA. "NO ES PRUDENTE
DEJAR LIBRE A UN TRAI-
DOR, PUES
SEGURAMENTE VOLVERA CON MÁS
ENEMIGOS. ESTE HOMBRE
ES CODICIOSO."



"TAL VEZ," RESPONDE SAHONA,
"ME AGRADECERA QUE LE SALVE
LA VIDA QUIZA SE YAYA EN PAZ."



DE ESTE
MODO,
LLEVANDO
EN LA FRENTE
LA MARCA DE LOS
TRAI-
DORES, EL
DESTERRADO SE
PIERDE EN LA
OSCURIDAD
DE LA
SELVA.



PRONTO OLVIDA EL TEMOR Y
LOS REMORDIMIENTOS... EL O-
DIO
Y LA SED DE VENGANZA SE
APODERAN DE EL. "ME VEN-
GARE
DE ESA BLANCA ENDIABLADA," -
PIENSA.



ENTONCES CAMBIA DE
DIRECCION Y RECORRE LA SELVA
CON RUMBO DEFINIDO, EN POS
DE SU VENGANZA.



LA ESCENA CAMBIA DE LUGAR, DEJANDO LA OSCURA SELVA Y SALVANDO
MONTAÑAS. AHORA ESTAMOS EN LA COSTA



EN COSTA DE ORO, EL PUERTO MARITIMO DE
TAKORAD

EN EL DESPACHO DEL DIRECTOR
DE UNA COMPANIA DE VAPORES

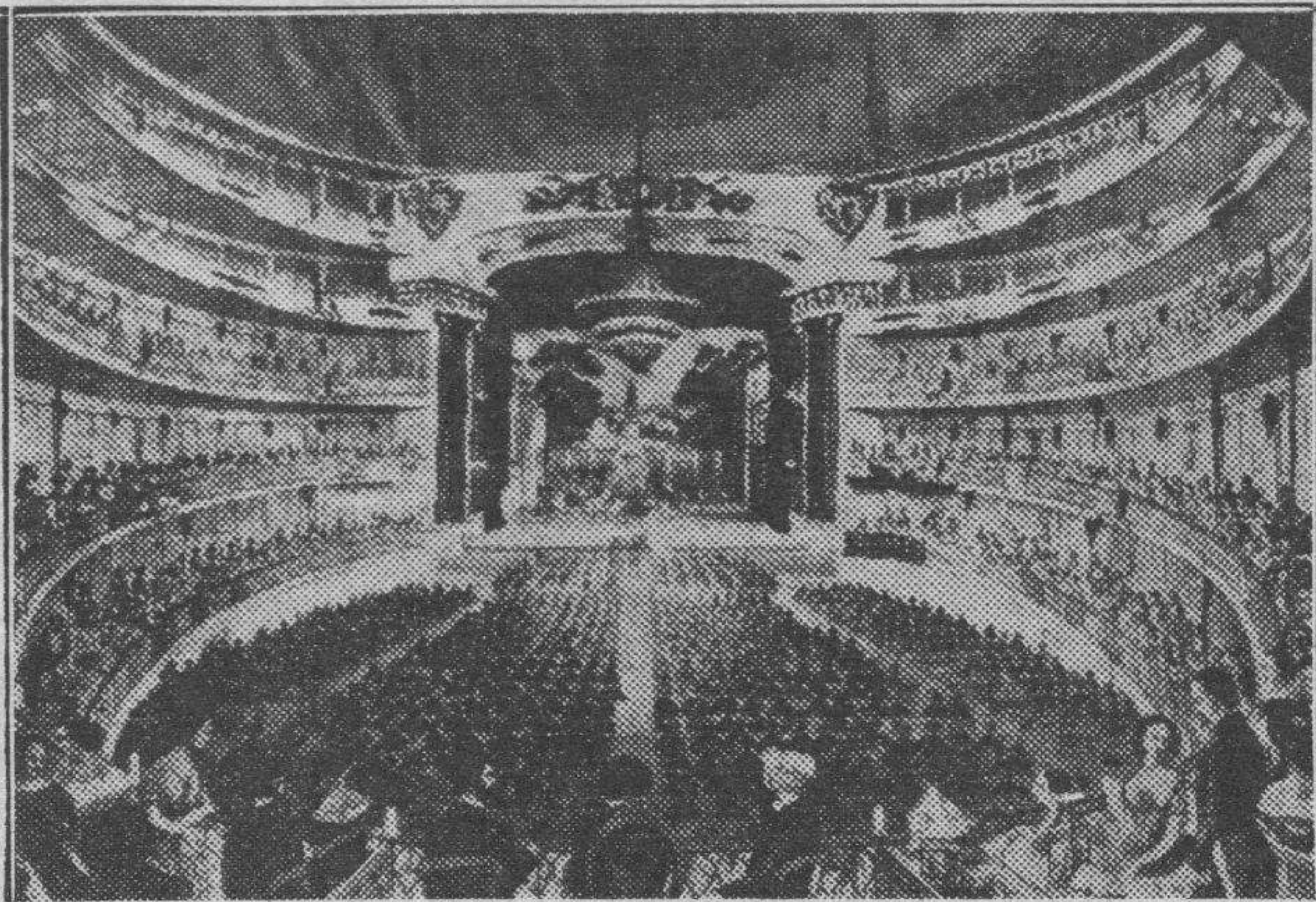
¿Y BIEN, QUE
NOTICIAS TENEMOS
DEL
INTERIOR?

¡NOTICIAS,
SI,
GRANDES!
¡UNA FORTUNA
EN ORO!



VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

Por FEDERICO VILLOCH



Un detalle de la sala del Tacón, en una «gala» de 1840. En el centro: la famosa araña

LA ARAÑA DE TACÓN

de la sala una hermosa araña de gas a estilo de la que por entonces se ostentaba en el teatro la Gran Opera de París. No obstante su riqueza y su gran golpe de vista, aquella lámpara descomunal resultaba un estorbo para los espectadores de las altas localidades del teatro, cuya parte del medio, o sea la central, veíase desocupada casi siempre, haciendo que los espectadores se apelotonasen a los lados derecho e izquierdo de aquel sitio.

Cuando por exceso de entrada se veía parte del público obligado a ocupar el centro, muy a su pesar, aquellos infelices alcanzaban a distinguir, cuando más, entre los complicados adornos y colgantes de la lámpara gigantesca, y entre uno y otro de los mil bombillos de gas que la componían, ora la calva del Prior de La Favorita, desempeñado a veces por el célebre bajo cantante Maffei; ya los diminutos pies de la Gabi, la amante Eleonora del Rey Alfonso XI de Castilla; ya la barbita terminada en punta de su enamorado, el caballero Don Fernando, que solía interpretar el célebre tenor Aramburo, artista tan famoso por sus no comunes facultades de cantante, como por sus caprichos y testarudeces de aragonés indomable: el hecho es que la descomunal, aunque artística araña, resultaba un estorbo, y que inutilizaba casi la mitad de aquellas altas y democráticas localidades del Gran Teatro.

Por aquel tiempo hallábanse las «tertulias» y los «paraísos» de los teatros de la Habana divididos en dos departamentos: el de la derecha, frente al escenario, se destinaba a las señoras; y el de la izquierda, a los caballeros; mas como el de la izquierda ocupaba mayor espacio, dicho se está que el de las mujeres, en Tacón, no confrontaba el inconveniente de la araña; pudiendo las ocupantes de aquel sitio presenciar sin molestia el espectáculo, en tanto el pobre sexo fuerte era el que cargaba con la insuperable incomodidad. Siempre le tocó al hombre bailar con la más fea.

En nuestra vieja y extensa postal so-

bre «las noches de Tacón», hicimos una reseña, bastante ligera, a la verdad, de las compañías teatrales de todos los géneros que ocuparon aquel escenario; pero como ha de comprenderse, no pudimos detenernos en la cita de todas y cada una de las que tuvieron aquella oportunidad, viniéndonos después a la memoria al recuerdo de no pocas fiestas y veladas, que iremos citando en el transcurso de estas páginas. Una de aquellas veladas: la muy interesante que tuvo lugar en el histórico coliseo, allá por el año 1886, con motivo del estreno de la ópera del maestro cubano Gaspar Villate—«Baltasar»—libro de la Avellaneda, que había sido estrenada con calurosos aplausos en el Real de Madrid, la noche del 28 de febrero de 1885. Villate fué elegido por el Gobierno español para escribir la marcha fúnebre que se tocó en el entierro del Rey Alfonso XII, fallecido a fines del citado año 85. Se puso de moda Gaspar Villate en la Habana. Se le veía de noche en los teatros y en los paseos, con su copiosa melena negra, su pera romántica a lo Espronceda, y sus grandes gafas, estilo Francisco de Quevedo. Rara era la noche que no se tocaba alguna de sus bellas piezas musicales, en las retretas del parque y trozos escogidos de sus óperas «Zilia», «Inés de Castro», etcétera. La noche que se estrenó «Baltasar» en Tacón nos tocó ver la obra en un asiento de tertulia, frente por frente de la dichosa araña; por lo que se nos hizo imposible leer en su oportunidad las tres históricas frases que aparecen escritas en una de las paredes del palacio babilónico, durante el opíparo festín—«Mane, Thecel, Phares»—de manera que, al menos para nosotros, no tuvo efecto la bíblica amenaza, porque, «ojos que no ven, corazón que no siente».

Otra velada también memorable de Tacón: la del estreno, allá por el 86 u 87, de la obra en un acto «El Submarino Peral», música de Ignacio Cervantes, libro creemos que de Ciaño, y decoraciones de Miguel Arias. Como entonces no pertene-

cíamos aún a la prensa diaria, y no disfrutábamos, por lo tanto, de la consiguiente «botella teatral», cuando había alguna función notable teníamos que rascarnos el bolsillo y contentarnos con una modesta entrada de tertulia. También esta vez la famosa araña de Tacón nos impidió apreciar de visu las evoluciones del malogrado submarino en toda su amplitud, contentándonos con oír desde aquellas alturas los disparos de sus inofensivos torpedos. Igualmente otra noche vimos, o mejor dicho, oímos, poco más o menos por la misma fecha y a través de los adornos, bombillos, cadenas y arandelas de la susodicha araña, el estreno de la obra de Aramada Teijeiro, «Non Mais Emigración»; si bien pudimos apreciar sin estorbo desde aquellas alturas, lo principal y mejor de ella: los acordados lamentos de la gaita y las melancólicas muñeiras de los coros. Como se ve por lo dicho, y por lo que pasamos a referir, la tan citada y molesta araña de Tacón influyó de manera notable en nuestro sosiego: unas veces, por mirarla «desde arriba» y otras, por contemplarla «desde abajo»... Años después ingresamos en el periódico «La Iberia», de Don Andrés de la Cruz Prieto, en calidad de cronista de teatros, y más tarde en «La Unión Constitucional» con el mismo cargo. El hecho de entrar por la puerta de un teatro, como Pedro por la de su casa, nos llenaba de pueril orgullo. Corría para nosotros esa edad, fuerte y llena de ilusiones, en que se hacen juegos malabares con las estrellas. Se nos designó—«por derecho propio», casi siempre el menos propio de los derechos—la luneta cabecera, fila octava, número 83, debajo precisamente de la famosa lámpara de que venimos hablando; lo que después de todo no tenía nada de particular; pero una noche—lo que no habíamos hecho nunca—y a la mitad de una interesante representación, si mal no recordamos, en la primera temporada de Don Antonio Vico en la Habana, se nos ocurrió mirar para arriba y fijarnos en la monumental araña, al mismo tiempo que nos venían a la imaginación aquellos conocidos versos de Bartrina, que describen la muerte de un hombre, producida por una piedra que le cae encima en el preciso momento en que pasa por la calle, haciéndose el poeta esta pregunta para achacarle el caso, o a la fatalidad o a la casualidad:

¿Cae la piedra cuando pasa el hombre,
o pasa el hombre cuando cae la piedra!
Resolvedme problema tan profundo:
y creeré, os lo juro muy sincero,
en la fatalidad, si es lo primero,
en la casualidad, si es lo segundo...

¡Para qué fué aquello! Desde aquel instante ya nos vimos con la enorme lumbrera encima, y en el mismo caso del desventurado a que se refería el malogrado poeta de Reus. No pudimos evitar un irresistible impulso de temor que se nos apoderó del ánimo; y sin tener en cuenta, ni importársenos un ardite los comentarios que despertar pudiera nuestra irrespetuosidad a aquel dios del arte que nos deleitaba a todos con su genio, nos levantamos en el acto, y como no vimos próxima ninguna luneta desocupada, no nos quedó más remedio, para ausentarnos de la sala, que remontar todo el pasillo central y volverle la espalda al artista.

Un acomodador nos preguntó solícito:

—¿Qué pasa?

Y le contestamos sin darnos cuenta de los comentarios que acarriaría tan extravagante como inesperada salida:

—¿Y si se cae la araña, y nos aplasta?

Claro que al día siguiente nos reíamos de tan insólito como injustificado sentimiento; pero también es verdad que

(Continúa en la Pág. 29)

Descubierta en Nueva York una banda de secues- tradores

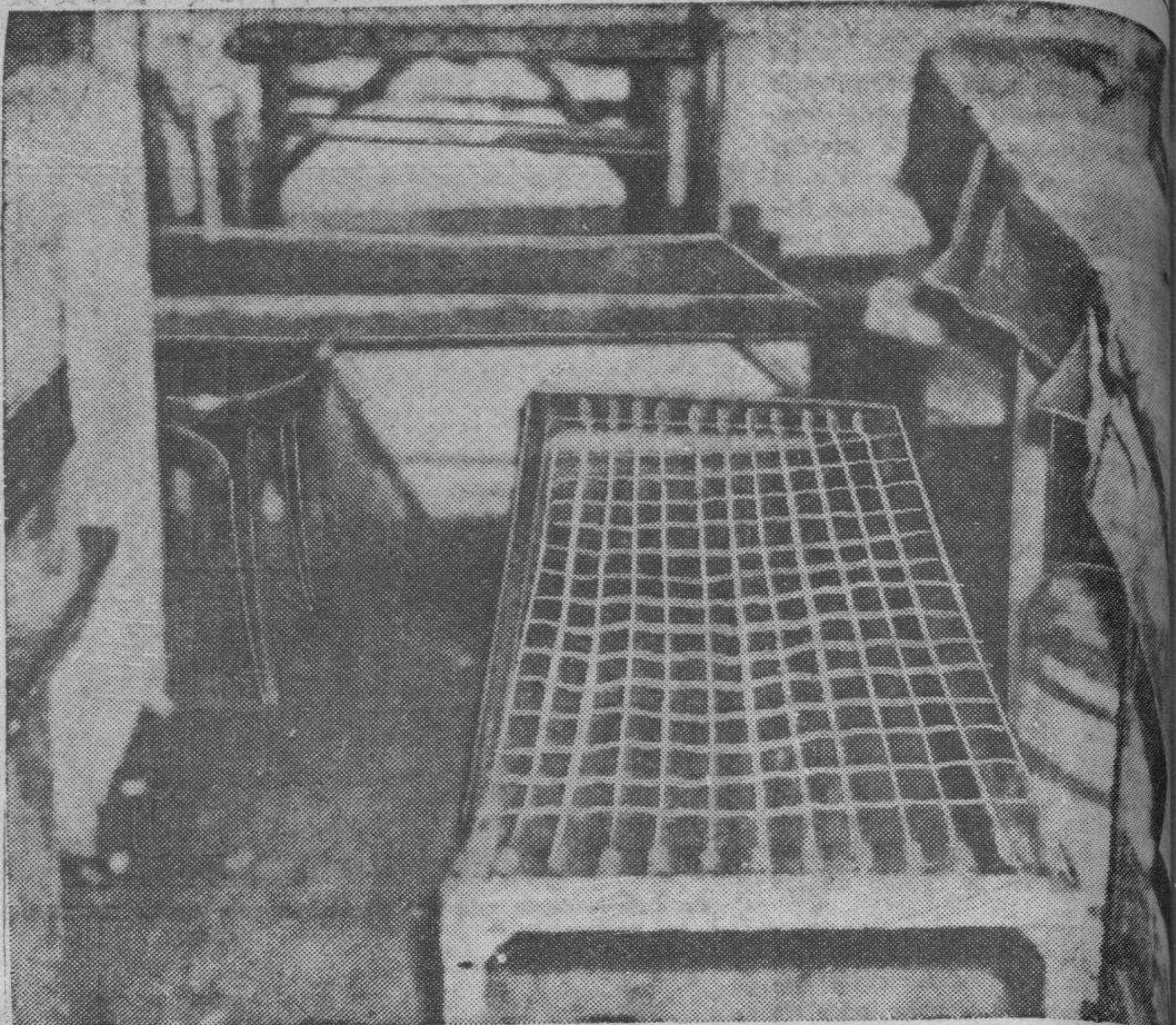
EN los primeros días de diciembre del año pasado desapareció cuando se dirigía a su casa de White Plains, el contratista Arthur Fried. Inmediatamente después de su desaparición una voz se comunicó por teléfono con sus familiares, los impuso de que Fried había sido secuestrado y exigió doscientos mil dólares para devolverlo al seno de su hogar. Los familiares dieron cuenta a la policía, y ésta pudo tomar discos de la voz que hablaba por teléfono y que llamó en unas treinta ocasiones durante un largo período de días. Sin embargo, los familiares, que sospechaban una traición, no entregaron el dinero exigido como rescate, y los plagiarios cortaron un día la peligrosa comunicación y ya nada se volvió a saber del infeliz desaparecido.

Mientras que al caso Fried se le dió publicidad, el público nada supo de que Norman Miller, muchacho de 19 años, había sido también secuestrado el 24 de julio pasado. Los secuestradores habían exigido 25.000 dólares por su rescate, pero se conformaron con 13.000 que fué todo lo que pudo reunir su familia. El muchacho permaneció cautivo de los maleantes desde la media noche de ese día hasta las 10 de la noche siguiente. Y en ese tiempo, aunque permaneció ven-

do, se dió cuenta de que estaba en un sótano, notó que encima de él se oían pisadas de gente que entraba y salía—lo que le hizo pensar que se trataba de

un lugar público—, y oyó las campanas de una iglesia cercana y el choque de las bolas de un billar que debía encontrarse también muy próximo a su

Los "G-Men" resuelven el caso del acaudalado contratista Arthur Fried, secuestrado y muerto a principios de diciembre pasado. La penetración de otro de los plagiarios, un muchacho de 19 años, da a los agentes federales la clave para llegar al sensacional descubrimiento



DONDE ESCONDIAN A LOS SECUESTRADOS
En este cuarto desvencijado era donde los secuestradores de la pandilla que acaba de ser descubierta en Nueva York, mantenían a los secuestrados mientras trataban de obtener el rescate. Parece que una de las víctimas fué asesinada aquí.



SALE DE SING SING PARA RESPONDER A UN NUEVO DELITO
Acusado de haber tomado parte, por lo menos, en tres secuestros y una muerte, Joseph Sacoda es trasladado de Sing Sing a Nueva York, esposado a dos detectives.

encierro. Todos estos detalles los conoció de los afamados en cuanto estuvo en libertad.

Así comenzó una investigación callada, que nadie conocía. Miller pañó a los agentes federales a cientos salas de billar y a más de cien iglesias, y al fin llegó al «Ukrainian Hall», lugar de encuentro de los miembros de esa banda de que había encontrado al muchacho que estuvo cautivo. El tañido de la pana cercana le era conocido, y a do de las bolas de un billar llegaba él inconfundible. Seguros los de que habían dado esta vez en el blanco, comenzaron a investigar y promovieron bajo el fuego de sus pistolas a Demetrius Gula, hijo del propietario del lugar y conocido maleante. Después caían también en sus manos cómplices en una serie de secuestros menor importancia, cuyos nombres eran William Jacknis, de 27 años; John Ga, de 34 años, y Joseph Sacoda, también de 27.

Todos ellos han confesado su participación en los crímenes que incluyeron secuestro y asesinato de Fried, entre los cuatro días del plagio, pese a lo que durante cerca de un mes continuaron tratando de cobrar el rescate. Sacoda y Gula se acusan especialmente de haber producido el desastre.

Según la versión de Sacoda, lo encontraban en Sing Sing cuando fue condenado por otro delito de menor importancia, el infeliz Fried fué llevado a la casa donde había permanecido escondido, y llevado al sótano del lugar donde Gula lo vendó y amordazó, le golpeó de espaldas y le alojó una bala en la cabeza. La muerte fué instantánea.

Una vez convencidos de que Fried era un cadáver, lo desnudaron y metieron el cuerpo en el horno que alimentaba la calefacción. Y allí permanecieron por más de cuatro horas quemando el carbón cada vez que era necesario hasta que el fuego lo consumió todo y no quedaron vestigios de él. Sólo había sido un hombre. Entonces quemaron también las ropas y cada uno volvió a su domicilio.

Parece que Gula y su padre, propietario del «Ukrainian Hall», se han dedicado a asegurar la vida de algunos empleados y amigos, varios de los cuales murieron misteriosamente, está siendo también investigado por los «G-Men» que en este caso, como en otros, se han anotado un triunfo.

El Conde de PARIS y su proclamación histórica en suelo FRANCES



PIDIENDO LA RESTAURACION BORBONICA EN FRANCIA

El Conde de Paris, hijo del Duque de Guisa, pretendiente al trono de Francia, dirigiéndose a un selecto grupo de periodistas reunido en una casa de campo de Normandía, a donde el Conde había llegado volando. Pidió la restauración de la Monarquía, e inmediatamente retornó a su retiro de Bélgica.

El hijo y heredero del duque de Guisa, voló de Bélgica a Francia, vulnerando la ley republicana que prohíbe su presencia en el suelo patrio, para pedirle a los ciudadanos que restauren la Monarquía borbónica si quieren salvar a Francia.—Daladier sin embargo, parece comulgar mas y mejor con el patrón de Hitler

COMO de costumbre, cada vez que la República Francesa pasa por las circunstancias trascendentales, el conde de Paris, sucesor del anciano—64 años—duque de Guisa, ha tenido a bien recordarle a Francia que todas las cuitas porque pasa, se deben a la falta de la Monarquía. Los procedimientos son distintos, según la ocasión, pero la fórmula viene a ser la misma: la restauración de los Borbones al trono de los Luises.

En 1933, el duque de Guisa, pedía una dictadura bajo un monarca. En

periodistas, previo anuncio por su ayuda de campo de la presencia del "Príncipe Enrique, conde de París y Delfín de Francia", con el consabido: Monseñor!

La proclamación del heredero al inexistente trono hablan de "la capitulación de Munich", no para censurarla como pudiera creerse, sino para para asegurar que hubiera sido criminal que Francia hubiera recurrido a la guerra en el caso de Checoslovaquia. "La humillación que ha sufrido nuestro país—aseguró el conde con voz velada por la emoción", que no tiene precedente en nuestra historia, debe ser desvirtuada en el fuego, fortaleciendo a Francia, no con giros violentos hacia la derecha o hacia las izquierdas, sino logrando su unidad, mediante la instauración de una Monarquía constitucional». Monseñor continuó hablando del siguiente modo.

"Sólo nosotros,—se refería a él mismo—podemos actuar de jueces, y auxiliados por todos los franceses, rehacer a la Francia. Si Francia rehusa la Monarquía, debe escoger entre su inevitable decadencia o una dictadura de partido...."

El hecho de que la agencia Havas, cuyos nexos con el gobierno son bien conocidos, le diera una gran difusión a la proclamación del conde de Paris, parece indicar que la disertación del hipotético heredero del trono, en vísperas de unas elecciones, no le pareció inoportuno al señor Daladier. Aunque la fórmula que el jefe del gobierno crea conveniente para revitalizar a Francia, puede que no esté de completo acuerdo con la del delfín en lo que se refiere a una restauración monárquica, también el señor Daladier ha venido pidiendo una unión entre los franceses, un entendimiento que le permita a los ciudadanos laborar juntos por el engrandecimiento de Francia. Claro que para llegar a tal resultado acaso decida volver los ojos en lugar de en la dirección del delfín, hacia la de Hitler. El "fuehrer" por lo menos, le ofrece la tremenda elocuencia de los hechos consumados.

cambio, en noviembre del año pasado, su fórmula era la de "no someterse por ningún motivo al oprobio de una dictadura". Ahora, tras su viaje a Francia, lleno de espectacularidad, el Conde, que ha venido a ocupar el lugar del duque como eterno pretendiente o «delfín» de Francia, se ha mostrado comprensivo y lleno de cordura, a pesar de que a los 30 años la sangre deber hervir en sus venas.

Tanto el duque de Guisa como el conde de Paris, les está prohibido poner sus plantas en el suelo de Francia. Como es sabido, padre e hijo residen en Bélgica, cerca de Bruselas y si hubiera intentado cualquiera de ellos atravesar la frontera, hubieran sido detenidos inmediatamente. Pero los avances de la civilización han ido dejando trabas de los hombres, que si en un pasado aún no muy distante pudieron resultar eficaces, ahora resultan de todo punto inservibles. Porque todo lo que tuvo que hacer el conde de Paris para penetrar en Francia y recitar la proclamación desde suelo francés, fué tomar un avión particular y trasladarse, como quien da un paseo sin importancia, a la vieja Normandía llena de leyendas y de bruma.

Se ha citado a un gran grupo escogido de diaristas franceses, para que entrevistaran "a la condesa", a la futura reina si retornara a Francia la dinastía condenada en La Bastilla. Pero no fué la condesa, sino el conde, quien se presentó a la vista de los "sorprendidos"



EL HEREDERO AL TRONO VULNERA LA LEY REPUBLICANA. Desafiando una ley que impide que los descendientes de los reyes de Francia pongan sus plantas en el suelo de la República, el Conde de Paris, que voló de Bélgica a Normandía, aparece aquí tomando champaña con los periodistas ante los cuales leyó su proclamación.

La MUERTE en las NUBES

CUANDO vemos un individuo descendiendo velozmente, atravesando el aire como un bólido, se piensa que el cuerpo silba hendiendo el vacío, y que el viento pasa por él produciendo estridencias.

Ahora, como está a tres mil metros de altura y por esta distancia no oímos el sonido, no nos sorprendemos cuando la figura, que en principio vimos como un punto, viene a nosotros en silencio. Mientras le vemos venir tan veloz pensamos que al chocar el aire contra sus ropas le quemar y creemos ver la corroboración de esta idea cuando observamos que de su cuerpo sale humo que se pierde más arriba de su cabeza. Este humo crece y se encrespa y forma en el cielo una nube quizá hasta de 900 metros. Las mujeres tal vez cierran los ojos y tratan de huir de la multitud aterrizada que asiste al espectáculo.

El cuerpo sigue bajando velozmente, como bola de fuego, dejando tras sí su estela de humo, como una antorcha, y baja así 1,500 metros mientras se le espera abajo creyendo estar presenciando la agonía de un hombre.

De pronto el humo deja de salir del cuerpo. Se ve subir el paracaídas, que se sostiene en el aire y ondula desparpando humo. Al ver al hombre flotando tan suavemente en el aire, colgado del paracaídas, uno piensa que es imposible que sea el mismo.

UN TRUCO

Vimos salir el humo y pensamos que venía envuelto en fuego; pero no había fuego. Lo que vimos ni siquiera era humo; se trataba de harina, la vulgar harina, diseminada en el cielo, de una bolsa de diez libras, por la corriente de aire.

Este truco fué originado por mí hace algunos años y comencé a avergonzarme cuando vi la gente abalanzarse hacia mí atemorizada y quedarse sorprendida al notar que estaba intacto, haciéndoles pensar quizá que llevaba puesto un traje de amianto. Pero decir a esta gente que la había engañado, aterrizzándola con un sencillo truco, me pareció mucho. Me faltó valor para ello y este temor nunca he podido dominarlo. Pero por más que se trate de un truco, es un truco bueno y, además, de cometerse el más ligero error mientras se ejecuta, la tragedia será muy real y se presenciaria un verdadero drama.

La parte más difícil de este truco es la que se refiere al manejo de la harina; hay que abrir un agujero en el fondo de la bolsa y otro en la parte superior. Entonces hay que vigilar que la harina no salga hasta el momento oportuno, hasta haber bajado lo suficiente. Hay que resguardar la harina con el cuerpo por lo menos por unos sesenta metros, o de otro modo el polvo sería cogido por la corriente de aire, bañaría al piloto y le cegaría. Es necesario mantener siempre la harina para que no alcance la cara y nos ciegue dificultando encontrar la cuerda del paracaídas. De ocurrir lo indicado, fácil es imaginarse cuál sería el resultado. Sin embargo, esto se logra estirando el brazo, lo que no es di-



El avión se dirigía directamente a las tribunas, dando volteretas, subiendo y bajando, girando, describiendo espirales, como para caer sobre el inocente gentío.

CON UN POCO DE HARINA LOS MIEMBROS DEL PELOTON DE SUICIDAS LE HACEN CREER AL PUBLICO QUE DESCENDEN ENTRE LLAMAS.—EL TRUCO DE HOUDINI DE LANZARSE DE UN AVION METIDO DENTRO DE UN SACO.—LA CABRIOLA MAS PELIGROSA ENTRE LAS QUE TIENEN LUGAR EN EL ESPACIO.—COMO SE LE HACE CREER AL PUBLICO QUE UN AVION DESCENDE SOBRE EL SIN PILOTO.—CUANDO AUSTIN LANZO SU AVION SOBRE UN GLOBO Y ESTUVO A PUNTO DE INCENDIARSELE EL PARACAIDAS

(Por GENE AUSTIN)

(Miembro del Pelotón de Suicidas)

fácil hasta que no llega el momento de dar un salto mortal. Entonces se presentan las dificultades.

EL DESCENSO EN UN SACO

Estos detalles, pequeños y grandes, son los que me hacen sentir más a mis anchas cuando hago de meteoro humano que cuando trato de hacer algo a la Houdini. La versión aérea favorita de los trucos de Houdini consistía en lanzar a un sujeto desde el ala de un avión en su saco cerrado. Esto se pasa de truco, pues el saco se cierra perfectamente, con el nudo más complicado que cualquiera pueda sugerir y naturalmente, al tratar todo el mundo de atar con la mayor seguridad al pobre sujeto, no tienen tiempo de ver el cierre de corredera de que está dotado el saco, que ne un abrir y cerrar de ojos, lo abre con nudos, lacre y todo.

Al ejecutar esta suerte solo hay dos oportunidades de matarse: la primera es cuando se sube ya confortablemente encerrado en el saco. Se coloca al sujeto sobre el ala del avión, sostenido por un ayudante que va en la cabina delantera. Si el ayudante se cansa y lo suelta antes de llegar a la altura suficiente, es decir, a una altura que no dé tiempo para abrir el saco y después el paracaídas, es seguro que el sujeto jamás volverá a subir.

El segundo peligro consiste en la bajada. El desenredarse el saco de las piernas toma bastante tiempo y con toda probabilidad mientras uno trata de desenredarse se pierde la sangre fría y se tira, de la cuerda del paracaídas. Esto deja al sujeto tan maniatado y enredado que de ocurrir algo... bueno, eso fué precisamente lo que le ocurrió a George

White y puso fin a su vida, cortándose en plena juventud y llena de promesas. George estaba en Miami y viendo su peculio agotado, decidió conseguir algo de dinero. Al efecto, convino con los directores del hotel Miami Biltmore que le dejaran caer desde un avión en la gran mosa piscina del hotel. Según los cálculos de George, la caída, desde el momento de aterrizaje del aeroplano, sería de quince a veinte metros, pero los funcionarios del Departamento de Comercio se opusieron rotundamente e hicieron sus propios cálculos, haciendo observar que el natatorio solo mide treinta metros de largo, que el avión pasaba sobre él a una velocidad entre 130 y 140 kilómetros y que si por alguna razón caía en el agua se estrellaría poniendo en gran peligro la vida de muchos espectadores.

UN INSTANTE DE DESCUIDO

Los del Departamento de Comercio dijeron, pues, que «nones» y George se puso a pensar en algún otro medio de buscarse los pesos, y así coincidió con una idea que creyó luminosa: la de poner patines de ruedas y dejarse caer desde el tren de aterrizaje sobre el bulevar Biscayne de Miami. Como en el caso anterior, los del Departamento de Comercio se indignaron nuevamente cuando les hizo la proposición. Esto pareció enfurecer a George, pues se imaginó que los dichos funcionarios no apreciaban su arte, y se dirigió a Tampa, donde su primera acrobacia fué también su última, a pesar de consistir en un descenso corriente. Pero se descuidó y olvidó que es absolutamente necesario tirar de la cuerda del paracaídas cuando se mira hacia la tierra. George tiró de la cuerda en un momento en que miraba hacia el cielo y la presión del aire dejó el paracaídas comprimido en su espalda y se sostuvo allí, sin que pudiera soltarlo. No tuvo tiempo de dar la vuelta y en pocos segundos se había enterrado en la blanca arena de Tampa.

El arte de hacer trucos para emocionarse a la multitud llegó a su colmo con «Lanzar el Piloto» y tuvo tal éxito que

(Continúa en la Pág. 27).

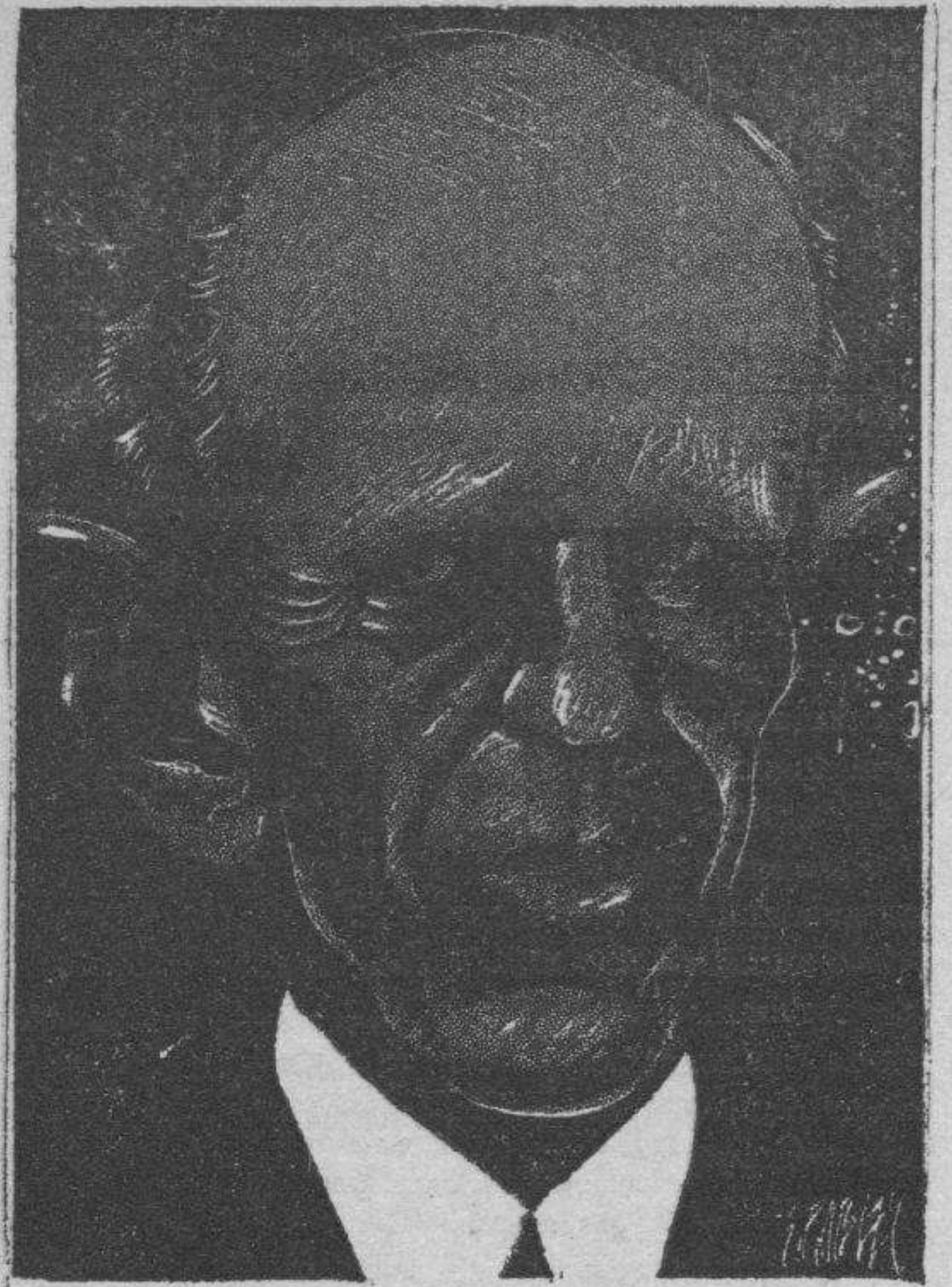
A hablar de la política de entendimiento con los dictadores, seguida por el primer ministro inglés Chamberlain, un nombre viene inmediatamente a todos los labios: el de Lord Halifax, ministro de Relaciones Exteriores de Londres. Lo mismo si esa política conduce al éxito al hombre que hizo popular la frase «paz en nuestro tiempo», que si lo lleva al fracaso, una parte de las responsabilidades o los parabienes corresponden al antiguo virrey de la India. Aunque Lord Halifax no estaba presente cuando se firmó el pacto de Munich, él había laborado más que nadie porque el mencionado entendimiento se llevara a cabo.

Las virtudes privadas de Halifax no las discute nadie: es hombre intensamente religioso que ama la vida sencilla y profesa también la religión de la patria, a la que han servido sus antepasados por generaciones. En cambio, la oportunidad y sensatez de su política, si que han servido de tema o pretexto para todas las discusiones.

Los cargos más importantes del imperio han sido desempeñados por el alto y huesudo «gentleman» que actualmen-

Lord HALIFAX amigo de los dictadores

INTERPRETANDO LOS DESEOS DE LA CONSERVADORA INGLATERRA, HALIFAX HA CLAMADO CONTINUAMENTE POR LA PAZ A CUALQUIER COSTA. A PESAR DEL IMPORTANTE PAPEL QUE HA JUGADO EN LA POLÍTICA EUROPEA, ASEGURA QUE PREFERE SE "PRIMER CAZADOR" DE INGLATERRA QUE PRIMER MINISTRO. FUE VIRREY DE LA INDIA Y SUPO DARLE UN TOQUE DE CALOR HUMANO AL IMPERIALISMO BRITANICO



HALIFAX

te desempeña la cancillería. El primer departamento de Educación y en 1926 lo ministro Baldwin lo colocó al frente del hizo virrey de la India. Como sucesor

de Lord Reading y Lord Willington, el éxito de Halifax, que sabía darle al imperialismo británico un toque más humano y sensible, pudo darse por descontado.

Como todos o casi todos los grandes políticos ingleses. Lord Halifax tiene una gran afición: la caza. Y asegura que le gustaría más ser el primer cazador de las islas que el primer ministro del reino. Otro tanto deca Baldwin de sus jardines y Sir Edward Grey de sus pájaros.

Desde 1936, Halifax ha sido probablemente el miembro más influyente del gobierno nacional y el que más decididamente ha deseado conducir a la pérdida Albión por el camino de las cooperaciones Con Hitler y Mussolini. Haciéndose eco de los deseos de las clases conservadoras de la vieja Inglaterra, la cantilena de Halifax ha sido en los últimos tiempos que la guerra debía ser evitada a cualquier costo.

Según Halifax, la nueva guerra significaría revolución y la revolución quiere decir comunismo y caos. Equivocado o no, esa es su opinión y en ella se ha basado para llevar al seno del gobierno inglés la idea de los necesarios sacrificios.

Fue Halifax quien, hallándose todavía encargado Anthony Eden de la cartera de Relaciones Exteriores, inició las conversaciones con Hitler que, si en aquel momento no parecieron de interés decisivo para la paz de Europa, posteriormente se ha podido ver que acaso abrieron el camino que condujo a la fórmula de Munich y la evitación de una nueva conflagración europea. Porque si frente a la política de cooperación de Halifax y Chamberlain se hubiera impuesto la de «mano fuerte» de Eden, lo más probable es que Inglaterra se hubiera visto envuelta en una guerra cuyas proporciones ni siquiera pueden ser calculadas.

Equivocado o no — esa cuestión de la validez o falsedad de su tesis pacifista es algo que se seguirá debatiendo durante mucho tiempo— lo cierto es que Lord Halifax le ha prestado en los últimos tiempos un gran servicio a su patria y al mundo, y que la mayoría de los ingleses lo siguen considerando como indispensables dentro del partido conservador por el cual se siente obligado a sacrificarse, aunque ello signifique una limitación de sus actividades con la escopeta... (Caricatura de Robles).

**¿SE SIENTE UD. DEBIL,
FATIGADA, DESGANADA?**

Recupere
las energías
perdidas
TOMANDO

**QUINIUM
LABARRAQUE**

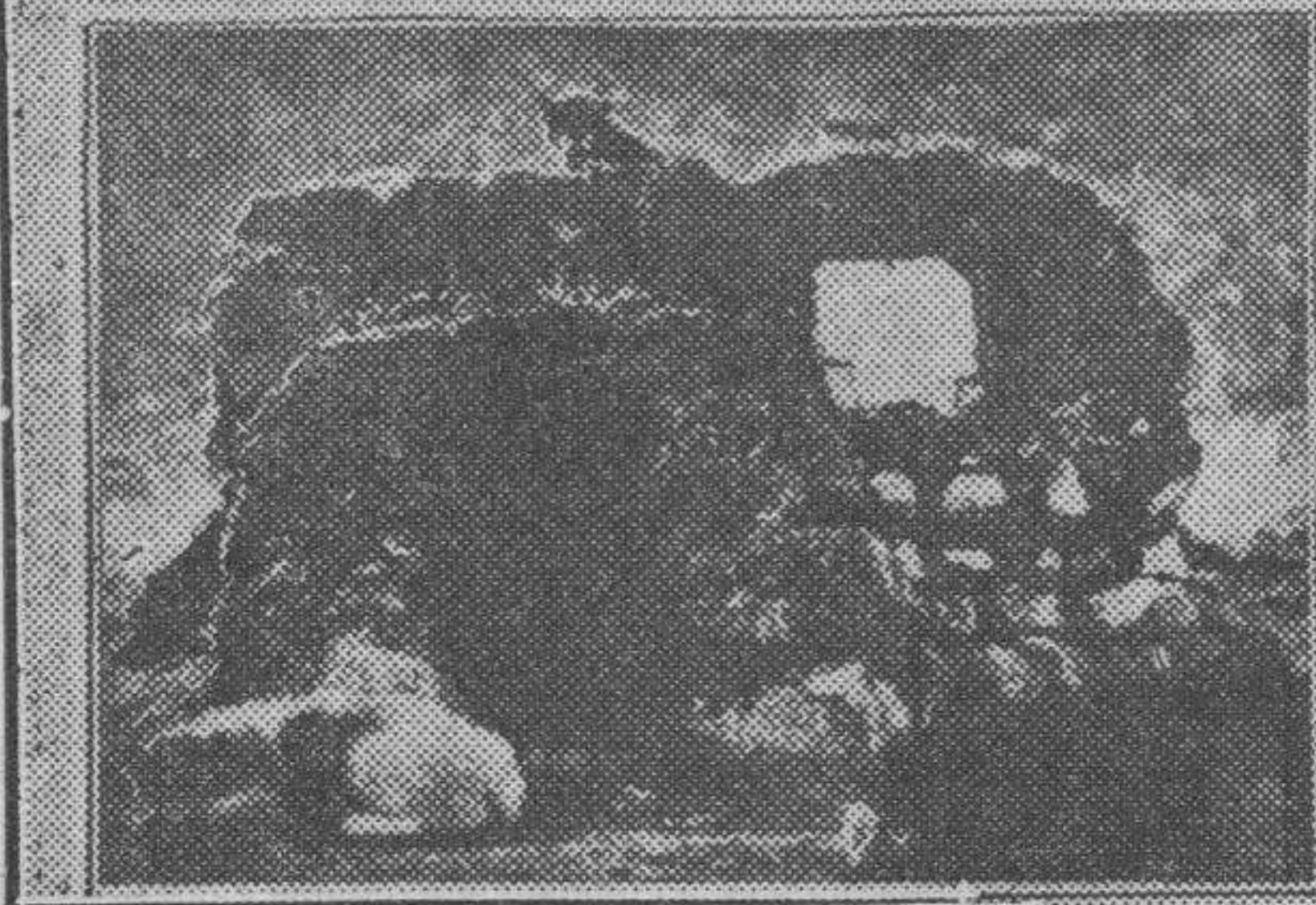
El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de Paris como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS

Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)

A. ROGER

En el país donde las noches duran 180 días



El iglú o margang donde habitan los esquimales. Está construido con piedras, yerbas y pieles y techado con costillas de ballena. Gigantescos perros lo guardan.

UNA de las agrupaciones raciales que más han acicateado el afán investigador de los etnólogos, tanto por las nebulosas desconcertantes y aún no despejadas de su origen, como por el latente contraste existente entre su mentalidad y su ética, es, sin duda, la esquimal.

No se ha llegado, en efecto, a aclarar si constituye el de los esquimales un pueblo primitivo, o si es alguna rama desviada de una unidad étnica determinada, como no se ha podido desentrañar tampoco el misterio de esa desproporción paradójica entre su «standard» de vida, a todas luces atrasado y pobre, y la vivacidad e inquietud de sus concepciones morales.

Todo ello, unido al medio ambiente en que se desenvuelven, pleno de interesantes sugerencias, explica el interés de los estudiosos en familiarizarse con las modalidades de vida y con los caracteres costumbristas y psicológicos de este pueblo, y las numerosas excursiones realizadas por hombres de ciencia o simples catadores de

emociones viajeras en el mundo pintoresco y extraño de los esquimales. A través de las conclusiones de unos y los relatos

EN EL PAIS DONDE LAS NOCHES DURAN 189 DIAS ENTRE AVALANCHAS DE "ICEBERGS" AMENAZANTES ALIENTA EL MUNDO PARADOJICO DE LOS ESQUIMALES DE GROENLANDIA
UNA NOTA DE ALFREDO DE LOS RIOS



de otros, conocemos algo acerca de estos habitantes de las regiones árticas del Globo en América y Asia; pero no lo suficiente como para que las observaciones de un reportero sobre el terreno dejen de ofrecer un interés a toda prueba.

El que esto firma ha tenido ocasión de convivir durante unos días con los que pueblan las desoladas costas de Groenlandia; en los helados parajes donde la roche dura seis meses y los fantásticos «ice-bergs», resquebrajado el hielo por el calor del verano, sostienen sus duelos terribles, estrellándose unos contra otros en furiosas avalanchas que diríanse desatadas por la mano invisible y poderosa de algún genio maléfico e infernal.

Y acaso de su arriesgada excursión ningún testimonio conserve tan elocuente e impresionante como las hermosas fotografías que le fué dable obtener en aquel formidable paisaje ártico, donde los esquimales viven su vida primitiva e inexplicable cazando focas en sus clásicas piraguas insubmersibles o volteando remos con su característica habilidad de gauchos sin caballo.

Físicamente, presentan los esquimales los rasgos típicos de la raza mongólica. De ahí la creencia de algunos autores en cuanto a su procedencia asiática, creencia descartada en parte modernamente al considerárseles residuos de una raza más primitiva aún que la amarilla.

Son pequeños, gruesos, de cabellos muy negros, de cráneo alto y estrecho y cara aplanada y ancha, ojos muy rasgados, ligeramente oblicuos, y tez amarilla, con tendencia a lo parduzco.

El traje femenino no difiere, en Groenlandia, del masculino. Ambos están con-

feccionados con pieles de oso, reno o puerco.

Sin preocupaciones de casta, de castos ni de antagonismos familiares, los esquimales viven tranquilamente con perfecta identificación en la choza, baña o campamento que ellos mismos construyen rústicamente.

A diferencia de los esquimales de Alaska, cuya vivienda consiste en verano en tiendas de pieles, y en cabañas de madera cuadrangulares en invierno, los habitantes de Groenlandia tienen su hogar en el iglú o garmang, tosca, pero confortable vivienda construida con piedras, pieles y costillas de ballena.

Sus ocupaciones habituales son, como hemos dicho, las derivadas de la caza y pesca, en cuyas actividades hacen alarde de una inteligencia poco común, ya que se las ingenian para acopiar gran cantidad de pieles de focas, osos y renos, que, en unión de la esteatita, y en algunos parajes la madera, constituyen el producto fuerte de su comercio.

Hablábamos más arriba del contraste que salta a la vista entre el «standard» de vida de los esquimales, extraordinariamente primitivo en todos sus aspectos, y la despierta mentalidad de los mismos, cuyo espíritu despejado les hace interesarse por orientaciones y problemas que se dirían a primera vista completamente fuera del campo de sus inquietudes.

No se concibe, efectivamente, que individuos que ponen de relieve indubiables destellos de inteligencia y afán progresista en sus diarias actividades se resignen a vivir tan oscuramente, sin que la evidente capacidad creadora les impulse a organizarse socialmente y marchar al ritmo progresista de los pueblos civilizados.

Numerosos motivos de admiración ofrece el esquimal. Empezando por esa variedad característica que patentiza continuamente y que le hace ser hospitalario y generoso, impasible ante el peligro, reconcentrado, amante de su hogar y su trabajo.

Hemos visto un numeroso grupo de esquimales de Groenlandia cazando focas y otro navegando en los peligrosos mares árticos, al lado de los inquietantes



Esquimales navegando en las típicas «kayarks», piraguas insubmersibles que los deportistas de Europa y América incorporaron a su bagaje. Los extranjeros ciudadanos de las costas de Groenlandia hacen de ellas un elemento sumamente útil e insuperable para numerosas actividades pesqueras.

Utilizan para ello sus clásicas piraguas insubmersibles, llamadas «kajaqs», embarcación de la que se ha hecho en Europa un bello deporte náutico. Es

(Continúa en la Pág. 25).



No todo es desolación en las largas noches. Hay, como ésta, escenas de afecto e instantes de emoción fraterna.

Un típico paisaje de Groenlandia, la desolada región donde la noche dura seis meses. Este buque difuminado por el lento crepúsculo, tendrá que poner proa a otras playas más benignas antes de que el hielo le improvise un féretro transparente.

LA ERA de la TELEVISION se va a INICIAR en los ESTADOS UNIDOS

AUNQUE en ella se han gastado millones, la televisión es hasta ahora el único medio existente de diversión que no ha producido un solo centavo.

Con esto queremos decir que no hay hasta el presente ningún sistema de televisión que cubra sus gastos, condición desventajosa para cualquier empresa. Este embrionario prodigio de las grandes industrias está profundamente adormecido, pues no tiene ingreso alguno, pero sus desembolsos son considerables.

De continuar este estado de cosas por un periodo de tiempo indefinido, la televisión se convertiría en parásito y, eventualmente, sería descartada, pero con el fin de hallarle lugar en la falange del radio, del teatro y cualquier otro negocio lucrativo, hemos de buscar elementos que presenten una perspectiva de obtener ingresos suficientes para ofrecer programas y hacer frente a los gastos.

Como coordinador de televisión de la National Broadcasting System, una de las labores principales es el estudio de los aspectos pecuniarios de la televisión, analizar el mérito de cada proyecto presentado para hacerla comercialmente productiva.

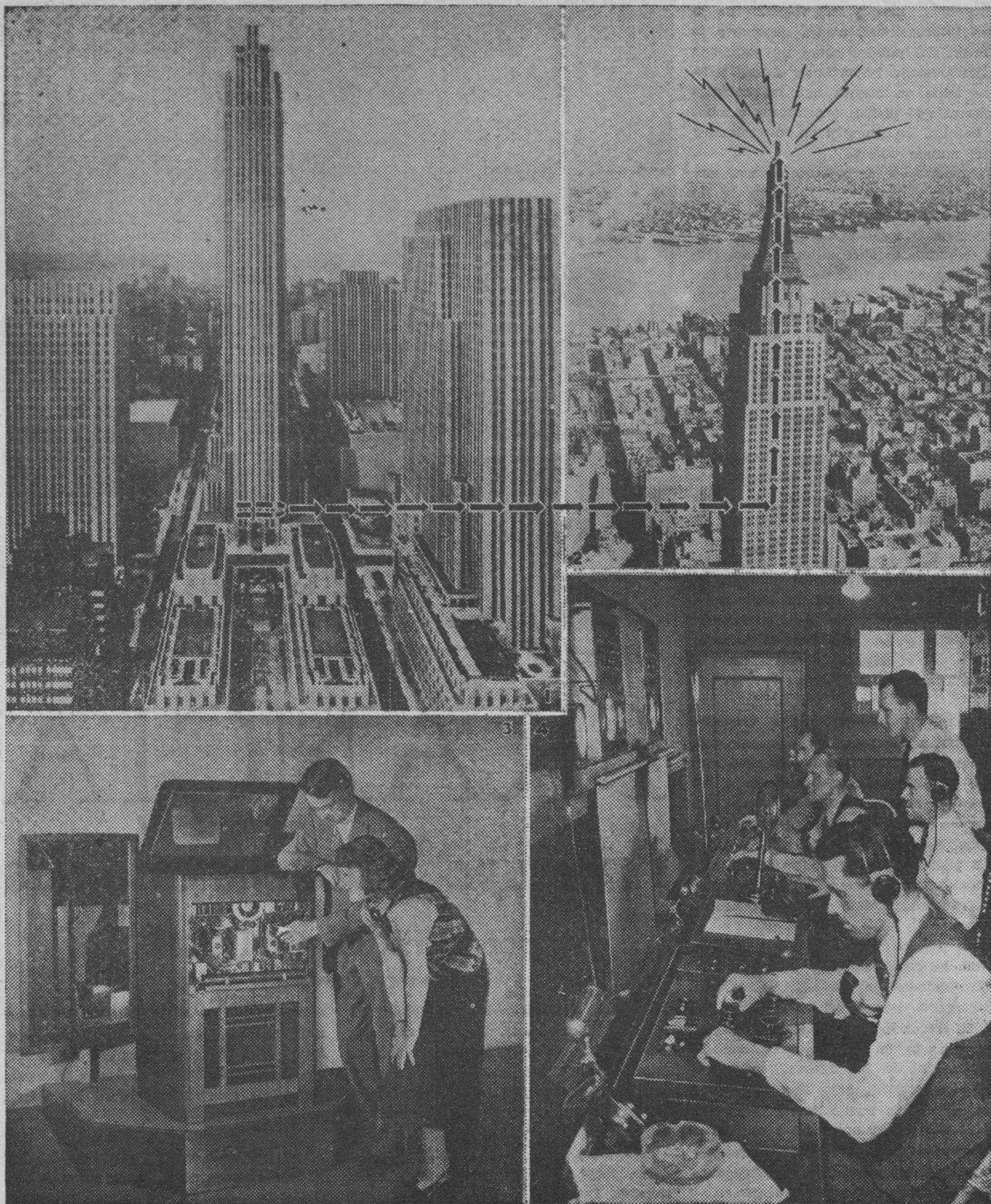
Aunque hay varios planes en estudio, hasta el momento no se ha encontrado ninguna vía práctica de que la televisión cubra sus gastos. No obstante, la perspectiva no es muy indecisa y abriga la esperanza de que se hallará algún modo de colocar esta naciente industria sobre una base comercialmente firme.

Además de estudiar los medios de llevarla al terreno productivo, tengo también la responsabilidad de estudiar los sistemas de producción del cine, puesto que existe gran parecido entre los programas cinescos y los que pueden aplicarse a la televisión. Más todavía, contamos con aprovechar la experiencia en paralelo adquirida en la producción de películas.

En la industria del radio mucha gente considera la televisión como una intrusa, de aquí que me sea necesario ejercer también con harta frecuencia, el papel de mediador, pero en términos generales, la televisión va ganando terreno en el plan corriente de las difusiones.

De vez en cuando apelamos también al teatro y al cine en busca de ideas creativas para la elaboración de programas de televisión, la que de este modo toma raíces en la inmensa industria moderna de las diversiones.

A todas vistas, este nuevo arte está íntimamente ligado a todas las demás formas de diversión, pero la actitud profesional hacia él varía considerablemente para la mayoría de los técnicos de radio, la televisión es el perfeccionamiento final de las radiodifusiones orales; para el director de escena, los programas pertinentes a la preparación de un programa de televisión son similares a los que afectan la producción de películas, modificados por los sistemas del teatro, el escafo de la televisión



- 1— El edificio «RCA», del Rockefeller Center, Nueva York, don de se hallan situados los estudios de televisión de la National Broadcasting Company.
- 2— La cúspide del edificio «Empire State»—el más alto del mundo—donde se encuentra la antena trasmisora de televisión de la National Broadcasting Company neoyorquina.
- 3— Uno de los aparatos receptores de televisión que usa el público europeo desde hace varios años y van a ponerse ahora a venta en los Estados Unidos.
- 4— El «puente de control» de los estudios de televisión de la National Broadcasting Company de Nueva York. A través de los cristales que tienen delante, están viendo todo lo que pasa en el escenario.

considera su labor como una mezcla de arte primitivo y la técnica más avanzada de Hollywood y de los grandes teatros de Broadway; bajo el punto de vista del actor, la televisión se acerca a las tablas; para el operador de las cámaras, la labor es muy similar a las del cine.

Para el poeta, en la televisión se encarnan profecías tan antiguas como la biblia. El hombre del montón abre desmesuradamente los ojos y exclama: «Es increíble! ¡No tiene alambres!» Para el editor sugiere una revista ilustrada y para el maestro ofrece innumerables conjeturas sobre el medio de usarla para difundir la instrucción. El niño se deleita

con este modo novel de contar historias y siempre pide «más».

La televisión necesita de la opinión de mucha, mucha gente, antes de poder utilizar a cabalidad el material y el talento de que se dispone. Al presente, aunque no es extraordinariamente alto, el nivel artístico de la producción en este campo hasta la fecha se ha logrado con la ayuda de las observaciones de televidentes del área metropolitana de Nueva York; y a medida que el público aumenta, aumentarán igualmente sus opiniones y consejos.

Antes de que el radio alcanzara su nivel actual, los precursores tuvieron

que preparar programas atrayentes para el público. La televisión está a punto de pasar por un período similar y, por consecuencia, nuestra labor principal consiste en ofrecer una diversión que capte el favor del público.

Al parecer sería sencillo que alquiláramos o pidiésemos prestadas varias películas a los productores de Hollywood para transmitirlos por el espacio, pero aún, en la etapa que atravesamos, tenemos ya el conocimiento de que la producción corriente de Hollywood no es adecuada para la televisión y el consenso de la opinión en este respecto es que si hemos

(Continúa en la Pág. 24).

LAS medidas rápidas y energéticas que el Gobierno creyó oportuno dictar para la defensa de nuestras colonias y en vísperas de la crisis internacional, atrajo de nuevo la atención del público sobre un problema particularmente importante. Sobre todo, si se tiene en cuenta que las colonias francesas que podían ser futuros campos de batalla, se encuentran diseminadas en el mundo entero.

Vamos a recordar brevemente esas medidas: participación del Ministro de las Colonias en el Consejo Superior de Defensa Nacional; creación de un Estado Mayor Colonial, bajo la autoridad del General Guhrer, Director de las Tropas Coloniales; ascensión de este último al Consejo Superior de la Guerra; intensificación del reclutamiento de tropas indígenas, para la constitución de un verdadero ejército capaz de defender en caso de peligro, su país de origen y liberar de esta forma los contingentes metropolitanos.

Por otro lado, reformas y ensanchamiento de puertos y pistas para desplazar más fácilmente esas tropas sobre los teatros de operaciones. Así pues, el puerto de Dakar, ha sido profundizado y ensanchado y a la hora actual puede recibir albergue a las más potentes unidades de nuestra marina de guerra. Se están constituyendo nuevas pistas que permitirán al material pesado atravesar el Sahara, uniéndolo así al Senegal a Marruecos por la Mauritania y el Soudan Argeliano.

Esas reformas indispensables, tropezaron hasta ahora para su realización con la falta de créditos. El señor Mandel, Ministro de Colonias, ha autorizado a las Colonias a emitir empréstitos cuyos pagos serán inscritos en los presupuestos de los Gobiernos Generales. La Indochina podrá subscribir 400 millones; Francia Occidental Francesa, Africa Ecuatorial Francesa y Madagascar, 200 millones.

Tales son los serios progresos realizados en la constitución y desarrollo de nuestra defensa imperial. Sabido es que en virtud del decreto del 24 de agosto de 1929, la dirección general de una operación realizada en las Colonias, con la participación de las fuerzas militares y navales, estarán bajo una autoridad única. Es el solo medio de conseguir un plan de conjunto y operaciones combinadas con la cooperación de fuerzas terrestres, marítimas y aéreas que un particularmente fronterizo antes tenía dispersas.

El Decreto del 26 de mayo de 1903 instituyó siete Gobiernos Militares bajo las órdenes de un mando superior.

- 1o. en Indochina.
- 2o. En Africa Occidental.
- 3o. En Africa Oriental (Madagascar y Reunión).
- 4o. En Africa Ecuatorial.
- 5o. En las Antillas (Martinica, Guadalupe y Guayana).
- 6o. En el Pacífico (Nueva Caledonia y Tahití).
- 7o. En la Costa Francesa de Somalia.

Un Comité Consultativo de Defensa de Colonias, compuesto de once oficiales generales, uno de los cuales perteneciente a la Marina y el otro al Ejército del Aire, constituyen el Consejo Técnico del Ministro.

Un Consejo de Defensa, en cada grupo de las Colonias, asiste al Gobernador.

Veamos ahora cuales son actualmente las fuerzas terrestres navales y aéreas con que dispone nuestro vasto imperio ultramarino para asegurar su protección.



En Casablanca se ha erigido un monumento al Mariscal Lyautey, el colonizador, uno de los soldados más ilustres de Francia.

FRANCIA

Preocupada por sus colonias

por PIERRE COLOMB

Diputado por el Departamento de Viena

Defensa Terrestre.—En principio el Ejército Colonial está destinado a la defensa de las Colonias; las tentativas realizadas hasta ahora para fundir este ejército con el metropolitano han fracasado y han guardado hasta ahora una autonomía que ha sido ampliamente justificada. Esta autonomía, no le impiden, desde luego, cooperar a la defensa de la Metrópolis. Durante la última guerra, las tropas coloniales, fueron enviadas a Europa con excepción de las formaciones indígenas dotadas de cuadros franceses y que quedaron allí para asegurar la policía.

Si se totalizan los efectivos—tropas coloniales o indígenas—utilizadas sobre todos los frentes, llegamos a la considerable cifra de 515,467 combatientes, sin contar 183,928 trabajadores. Las colonias enviaron también de sus efectivos, 386 piezas de artillería, sin contar las ametralladoras y los fusiles ametralladoras. Como quiera que dominábamos en el mar y la lealtad de las poblaciones coloniales nos permitió dejar allí los elementos estrictamente necesarios para mantener el orden.

Actualmente, las fuerzas terrestres estacionadas en los territorios ultramarinos son de 131,000 hombres en Africa del Norte (con 131,437,786 frs. de crédito) y 131,000 hombres para las otras colonias con 605,130,259 frs. de crédito). A

estas fuerzas se agregarán los efectivos indígenas equipados y mandados por franceses según el nuevo plan del Ministro de colonias. de esta forma, nuestra armadura defensiva ofrecerá un máximo de garantía.

FUERZAS NAVALES

Las fuerzas marítimas a la disposición de las colonias están como dejamos dicho, a la disposición de los gobernadores. Si los comandantes de marina en Saigon, Dakar, Fort de France y Diego Suárez, poseen instalaciones fijas, hay que reconocer sin embargo que las fuerzas marítimas de esos parajes poseen un tonaje mínimo, puesto que sólo están dedicadas a las operaciones de policía. Por otro lado, el departamento de la marina había concebido en principio, esas bases navales como centros de reparaciones y abastecimientos y no como medios de protección de los territorios.

En 1899 cinco puntos de apoyo fueron creados en Fort-de-France: Dakar, Saigon, Cap Saint Jacques, Diego Suárez y Noumea (este último fué suprimido más tarde) que permitía a nuestras escuadras movilizadas fuera de Europa de tomar la ofensiva en todos los mares del globo. Fueron equipados y se construyeron fuertes destinados a proteger ciertos centros importantes contra ataques de cruceros aislados o contra una tentativa de desembarco.

A Saigon encontramos ahora tres avi-

ones de abastecimiento, dos submarinos, tres barcos mineros y cinco cañoneras. Cada punto de apoyo está dotado de un muelle especial de 185 metros. En Dakar el «Voltaire» de 18,000 toneladas puede acostar. En Saigon hay un muelle de 250 metros para los navíos del tipo «Dne d'Arc». En Diego Suárez de 200 metros y de 125 en Fort de France. Los barcos zables para los contra torpederos.

La división naval del Extremo Oriente ha sido reforzada. Durante la ocupación de Singapur contamos con una fuerza sensiblemente superior a la de los otros amigos ingleses. Gracias a las escuadras de submarinos a las escuadras de hidroaviones y a los tanques de guerra, que esos puntos de apoyo aseguran además de su misión actual una defensa propia de los territorios.

FUERZAS AEREAS

Antes de la guerra, algunas escuadras aisladas de escuadrillas habían sido organizadas por valientes pioneros, especialmente por el general Bonnin en Africa Occidental Francesa, pero este esfuerzo terminó tan pronto como partió el Jefe.

Durante la guerra, ciertos gobiernos privados de efectivos habían organizado aviones para efectuar la policía en la escuadrilla Voisin 5509 en Indochina. En el capitán Dongalzer fué encargado de la organización de una escuadrilla en Africa Occidental.

Un decreto del 19 de Enero de 1918 creó una subdivisión del Ejército del Aire en Africa del Norte.

A la hora actual todos los gobiernos generales tienen a su disposición la formación del Ejército del Aire.

En Africa Occidental, en Madagascar y en Somalia, hay un comandante en jefe del Aire con su Estado Mayor y tres escuadrillas.

En Indochina el Comandante en Jefe del Aire y el Estado Mayor en Hanoi, cuenta con cinco escuadrillas, de las cuales 3 en Tonkin y 2 en Cochinchina. Las fuerzas del Africa Ecuatorial Francesa forman una subdivisión aérea en Dakar; las de la Indochina una subdivisión aérea.

La aviación colonial, ha creado un mejor dicho improvisado, varias bases aéreas que no tiene nada que envidiar a las de Francia. La aviación colonial con el Ejército Colonial para asegurar la integridad de nuestros territorios contra un posible invasor y como fuerza complementaria de policía en caso de emergencia. Así pues, nuestros equipos de aviones, encuentran así un buen entrenamiento para el acompañamiento al combate, para los ejercicios de bombardeo y de fotografía en unidades de las fuerzas de ocupación que vigilan los confines de nuestro imperio. Oportunamente realizadas cada año por las aviaciones de Africa Occidental Francesa y Africa Ecuatorial Francesa en la región del Sahara.

No hablemos de los servicios ofrecidos en el orden económico por la fotografía aérea, que descubre las riquezas más fácilmente explotables y el orden sanitario, para la evacuación de enfermos; puestos que la misión de la aviación militar en las colonias es una misión que sobrepasa en todos los aspectos su misión inicial.

El vuelo tutelar de las alas francesas en nuestras posesiones ultramarinas aporta al mismo tiempo que la seguridad, todos los progresos de la civilización.

TOSCANINI llena una página de gala en la música moderna. Considerado como el mejor director de orquesta en la actualidad, su nombre se pronuncia con admirativa reverencia. Toscanini es el mejor encaucador de la música; su batuta—que podemos nombrar varita mágica—alinea arpegios como nadie; las orquestas más famosas, bajo su dirección, mejoran sensiblemente sus admiradas ejecuciones; los instrumentos, guiados por los arpegios de luz que Toscanini traza en el aire, pierden una cohesión inigualada; es el tiempo, del ritmo, del acorde; los pentágramas se flexibilizan al conjuro de su interpretación; y es, en consecuencia, de su sutil habilidad, uno de los nombres más notables del mundo.

Al anuncio de que Toscanini va a dirigir una orquesta—en Salzburgo, en Londres o en Chicago—la prensa mundial se hace eco del acontecimiento. Diríase un mundo modernizado, desde el Olimpo, controlando la armonía de las esferas. Su vida, pertenece al dominio público. Todos quieren saber qué hace Toscanini; en qué emplea sus horas muertas; a qué horas se levanta y cuáles son sus trajes preferidos; sus proyectos, sus voliciones, sus debilidades. Cuando viaja, los fotógrafos lo asaltan; los periodistas desgranán a su paso el ritorelo invariable de su curiosidad siempre creyente; los hoteles en que se hospeda hacen beneficios «réclame» a costillas del huésped que alojan; en las calles, el público lo acecha; los cazadores de autógrafos lo ametrallan con sus estilográficas; las mujeres lo besan, lo palpan, lo abusan como si fuese un dios materializado. Su vida tiene la ingratitud de la existencia de las cumbres. El reposo y el anonimato son venturas ignoradas por el maestro italiano. Es, en fin, un esclavo de su arte, una víctima de la furia admirativa, un reo culpable del delito de lo extraordinario...

Por eso quizás Toscanini, el hombre todo armonía y sensibilidad, no tiene el carácter placido y dulce que equivocadamente se le atribuye. Su espíritu aterciopelado, de languideces y serenidades congeneritas, indispensable para captar lo bello como él sabe hacerlo, cada año que corre se torna más esquivo, más huracán, más turbado ante la reacción externa. Por muy paradójico que resulte, es exactamente cierto. El hombre todo sinfonía es un gladiador en la vida. Hosco, nervioso, de reacciones violentas, es el retrato típico de los versos de Amado Nervo: «Yo tengo perfil de águila y entrañas de pajama...» El mundo lo ha agriado. Sus admiradores han contribuido a hacer de Toscanini un hombre de determinaciones rápidas, que huye del bullicio, que resulta más nómada de lo que su oficio le exige, que tiene el ceño fruncido y la desconfianza a flor de labio.

La energía y la voluntad de Toscanini son casi tan populares como su arte. Sus decisiones tienen firmeza de roca. Sus íntimos dicen que es más fácil hallar la cuadratura del círculo que hacer volver a Toscanini sobre una determinación. Sin embargo, hace algunos años el gran Maestro tuvo que claudicar. Ha sido la única derrota de su vida. La cosa pasó en la Escala de Milán. Sabido es que los italianos en materia de arte son tozudos... como buenos italianos. Toscanini dirigía una ópera de Weber que, si mal no recuerdo, era Euryanthe. Su aparición ante el atril, al atacar la obertura, fué recibida con una salva de aplausos. Durante diez minutos los magníficos acordes hipnotizaron la sala. La última nota provocó una verdadera filigrana acústica. Pocas



En la Estación de San Lázaro de París, Toscanini toma el tren al continuar su viaje hacia los Estados Unidos

Cosas de Toscanini

EL MAGO DE LA BATUTA.—EL ENERGICO CARACTER DEL MAESTRO ITALIANO.—UNA VOLUNTAD INDOMABLE.—LA UNICA DERROTA DE SU VIDA. EL INCIDENTE DE LONDRES ANTE LA REINA DE ESPAÑA.—RUMBO A NUEVA YORK

(Por RENATO VILLAVERDE)

ovaciones semejantes recuerda el legendario teatro de la Escala. Los miles de espectadores, de pie y electrizados, aplaudían, gritaban, exigían el clásico «bis». Toscanini saludaba rítmico como un autómatas. De pronto, se vuelve hacia la concha, levanta la batuta mientras un silencio de ultratumba reina en la sala. Todos creían haber conseguido el «bis» tan calurosamente solicitado. Pero Toscanini era de otra opinión. Sabía que los artistas detrás del telón, aguardaban para comenzar el primer acto. Al conjuro de su batuta las cortinas se corren, en tanto la orquesta acompañaba las voces que salían del fondo de la escena. El público interrumpe la música. Comienzan, de nuevo, atronadores los aplausos y los gritos de «bis», «bis». Toscanini hace la señal de «alto». La música cesa desplegándose los cortinones. Se torna, cruza los brazos en posición helénica, escucha las aclamaciones durante varios minutos. Con rapidez de relámpago de pronto su batuta dibuja el aire en geometría certera. La ansiosa repetición de la obertura parecía que iba a escucharse. Segunda decepción. El telón vuelve a recogerse y la ópera comienza. Pero si testarudo era Toscanini,

no menos resultaron los milaneses. Los aplausos y los gritos, sin compasión, opacan la música. La «fiera» de que nos hablara Blasco Ibáñez, con determinación cerrada sigue exigiendo los derechos a su tajada artística. El instante es de tragedia. El Dios en lucha contra los elementos. Toscanini, desesperado, ciego de ira, lanza la batuta contra la partitura y abandona la orquesta en pleno averno. El escándalo fué mayúsculo. Veinte minutos duró su ausencia. El teatro parecía una casa de locos. Al fin regresa escoltado por los aplausos. La obertura fué tocada otra vez. Toscanini había perdido la batalla. El reconoce que jamás su amor propio ha sufrido tanto. El soberano fué maniatado por sus súbditos. «Quien bien te quiera te hará sufrir», reza con verdad axiomática el refrán popular...

Los músicos, no obstante la honra que para ellos significa tocar bajo la dirección de Toscanini, tiemblan ante la idea de tenerlo en el centro de la orquesta. El Maestro exige la perfección absoluta. No admite términos medios, ni justificaciones, ni titubeos. Cuando la ejecución no le satisface, monta en cólera. El año pasado produjo una escena en Londres

que la prensa continental comentó ampliamente. Con una orquesta británica ensayaba la Novena Sinfonía. Los intérpretes musicales de John Bull no satisfacían al Maestro italiano. Muchas personalidades inglesas presenciaban el ensayo. Entre tanta gente encopetada se encontraba la ex Reina de España. Toscanini se desesperaba e iba perdiendo la paciencia a ojos vistas. Los ingleses sudaban; se esmeraban todo lo posible; fundían sus almas en los instrumentos, pero Toscanini siempre renegaba, exclamando colérico: «Very bad, very bad».

Su paciencia llegada al límite, increpa a la orquesta sin parar mientes en los personajes que lo rodeaban. Y pálido y tieso como un macarrón enmantequillado, dice a modo de ruptura definitiva de hostilidades:

«¡Basta mil veces ya! Si ustedes fuesen italianos les ordenaría abandonar la orquesta inmediatamente. Pero veo que desean quedarse y discutir todavía. Muy bien. ¡Yo sol quien me voy!»

Y Toscanini, ante los ojos desorbitados de los charolados ingleses y sin consideración alguna para la Reina que lo escuchaba, como años antes en la Escala, abandonó la sala, hirviendo de cólera, con el blanco mostacho más blanco y puntiagudo que nunca y con dos bolas de fuego en las pupilas...

Este es el carácter del hombre que siente con más sensibilidad la música. Su voluntad ignora la claudicación. Arremete contra todos y contra todo cuando tratan de vulnerarle alguna de sus convicciones. El, sin duda, se permite estas fantasías porque sabe que no hay más que un Toscanini en el mundo. Opina que la música es arte que nada tiene de común con la política. Y cuando ésta interfiere en terrenos que él juzga indignos de su caricia, emigra, rompe contratos, desaparece del círculo violado. Democrático en sus ideas, no comulga con los regímenes que no lo sean. De ahí su mutis definitivo de Salzburgo; sus constantes problemas con las gentes italianas; sus rebeldías cuando se le critica haber casado a una de sus hijas con un descendiente de Israel.

Hace pocos días Toscanini, viniendo de Italia hacia el Havre, con destino a Nueva York, pasó por París. Como de costumbre, fué asaltado por los «chicos» de la prensa. Su respuesta, igual que siempre, fué invariable:

«Nada de política. Yo no quiero hablar de política. Sólo amo la música».

Eso fué todo lo que dijo. Ni una palabra amarga, ni un gesto de disgusto. ¡Qué pueden importarle las críticas partidaristas! Toscanini nació para el arte y para el arte vive. El resto es secundario.

Así ha partido para Nueva York. El mago de la batuta va a dirigir orquestas bajo la sombra de los rascacielos. A sus espaldas queda Europa sumida en sus torturas, en sus egoísmos y en sus ambiciones. Nueva York lo recibirá con los brazos abiertos, y sabrá ser un anfitrión amable que reirá comprensivo ante el carácter indomable de su huésped. Porque Toscanini, además de un artista único, es un bilioso de primer plano. En él se hermanan dos cualidades por demás antagónicas: a la inefable dulzura de su espíritu capaz de captar el arte musical en sus más puros matices, se une el hombre energético, de voluntad férrea, de apreciación personal e inmovible de las cosas, que lo mismo se deja arrullar por los arpegios de un aria, que coloca un puñetazo en la faz de aquel que insista en imponerle su criterio... Toscanini es mucho Toscanini; y a mayor abundamiento, ahí está su historia plagada de triunfos envidiables y repleta de incidentes que lo hacen acreedor al título de cascarrabias...

París, octubre de 1938.

EL VIAJE DE LOS WINDSOR

A INGLATERRA

Eduardo quiere que su esposa norteamericana, dos veces divorciada, obtenga el mismo rango que las otras dos cuñadas del rey, y éste se opone a ello terminantemente. Se dice que en reciente conferencia telefónica de media hora, Eduardo se alteró tanto que «llamó nombres» a su hermano y lo desafió a que intentara desairar a la duquesa en el caso de que se presentara en la Corte

DARECE problemático que el duque de Windsor, antiguo Eduardo VIII de Inglaterra, pueda volver a vivir en la isla que lo vio nacer.

Mucho se ha hablado de la inevitable reconciliación, de que Inglaterra necesita de los servicios del príncipe que tan bien se preparó para el cargo de rey, y de que bien en las Islas Británicas o en cualquiera que los dominios, la labor del ex príncipe de Gales sería muy productiva. Sin embargo, y pese a todas las necesidades que Inglaterra sienta de su antiguo ídolo, hay un obstáculo que se opone al entendimiento entre la patria y su hijo de sangre real: ese obstáculo se llama la duquesa de Windsor o, para mencionarla por su verdadero y pristino nombre, Wallis Warfield de Baltimore.

INSPECCIONANDO EL NUEVO HOGAR

Los Duques de Windsor saliendo de su nueva casa de París, después de haber efectuado en ella una visita de inspección de las obras que se vienen realizando. El Duque ha arrendado por dos años el palacio de cuatro pisos situado en los alrededores del Bosque de Bolonia.



Se dice que desde diciembre del año pasado, el duque, que parece obsesionado por la idea de que se está cometiendo una injusticia con su mujer, continuamente se dirige por carta y por teléfono a su hermano y sucesor en el trono y a su madre la reina María para que admitan a Wallis en el seno de la realeza. Pero parece también que aunque la familia real está deseosa de perdonar y

aceptar de nuevo entre ella como si no hubiera ocurrido nada al ex rey, no está dispuesta a transigir con la pretensión de Eduardo, aceptando de igual a igual a la dos veces divorciada dama norteamericana.

Se dice que, muy recientemente, después de que el duque de Windsor había sido visitado en París por los duques de Gloucester, —que de ese modo habían

iniciado la reconciliación entre los manos,— Eduardo estuvo hablando día hora por teléfono con su hermano rey, tratando de convencerlo de que debía volver a Londres con su esposa ser recibida por la Corte con los honores que corresponden a las dos cuñadas del monarca, las duquesas de Gloucester y de Kent. Según esto, por el rey se mostró insensible a las peticiones y súplicas del hermano mayor, haciendo que éste se exasperara hasta el punto de usar «nombres» contra el soberano, al que desafió a que se atreviera a desairar a su esposa en la corte.

Mientras tanto, y como si estuvieran convencidos de que el retorno a Inglaterra en las condiciones en que lo desea el ex rey no es cosa fácil, los duques Windsor han alquilado en París un edificio de cuatro pisos situado en el Boulevard Guchet, en los alrededores del Bosque de Bolonia. El contrato de arrendamiento ha sido firmado por dos días y el ex rey ha estado invirtiendo una gran suma de dinero en acondicionar el edificio de acuerdo con sus gustos y necesidades. En Londres, la comidilla entre la ciudad es la posibilidad de que muchas de las damas que denotaron hostilidad contra Wallis Simpson, se vean obligadas ahora a acatarla con el rango de Alteza. Hasta se asegura que la actitud de las gentes tiene mucho que ver con el deseo del rey Jorge de no crear una situación que produzca, de una manera u otra, un estallido del escándalo.

En Inglaterra se acaba de publicar un libro titulado «The Windsor Tapes» que ha causado sensación en los más distinguidos círculos. En ese libro, escrito por Compton Mackenzie, se dice que el reino no existe el matrimonio nático, que las mujeres de los duques de Gloucester y de Kent se han convertido en «altezas reales» solamente como una excepción de sus matrimonios, y que la plebeya norteamericana, impuesta por el decreto en que se le concedió al rey el título de duque de Windsor, pasa de ser absurda.

La era de la televisión...

(Continuación de la Pág. 21).

de usar películas en profusión, deben ser adecuadas para el objeto.

El campo de la televisión abarca una variedad tal de aspectos de las actividades humanas que pasarán muchos años antes de difundir con las cámaras programas realmente representativos. Por una parte, la televisión difundirá más programas educativos y culturales que todo lo que en este sentido haya podido proporcionar el cine.

Entre las numerosas perspectivas que se nos presentan figuras las parábolas de los cuerpos celestiales; experimentos científicos; lecciones de agricultura; sistemas de proteger la salud pública; la vida microscópica; escenas íntimas, viajes, etc.

Mientras se desarrollan las múltiples actividades preliminares, nos damos perfecta cuenta de que, a pesar de ser la televisión un suplemento y complemento del cine y del radio, hay que buscar nueva técnica, nuevo tratamiento. El teatro, el radio y las películas pueden adaptarse a la televisión, pero la presentación de un programa de televisión difiere de cualquier otra presentación y a medida que el tiempo pasa las diferencias se hacen más patentes.

Se aproxima rápidamente el día en que para llenar nuestras necesidades corrientes no bastarán las existencias de películas ni las bibliotecas teatrales. La capacidad de la televisión puede absorber cuanto produzcan los estudios de películas y en las pesquisas por material nuevo comprendemos que la televisión es un

producto ultra moderno que no necesita de precedentes y por lo tanto, podemos experimentar con los medios heterodoxos y presentar a los ojos del público un mundo nuevo, lleno de animación y de vida.

Por lo dicho podría asumirse que la televisión puede competir directamente con otras diversiones, pero no es así: es una diversión única, de exclusivismo total, que dará expresión a las actividades humanas de modo novel y único, especialmente adecuado para el hogar y sin competencia para otras distracciones cuya mayor atracción consiste probablemente en la presencia de numeroso público reunido bajo un solo techo.

Un teatro floreciente y una próspera industria cinesca serían como llovidos del cielo para la televisión, pues daría a personas de talento oportunidad de desarrollarse al mismo tiempo que facilitaría a este talento el intercambio de un medio a otro. Si los teatros metropolitanos sufren después del advenimiento de la televisión al dominio público, la compensación será el florecimiento del teatro en los centros rurales.

El costo de producir programas para la televisión, que los cálculos actuales demuestran ser tres veces mayor que el del radio, limitará, necesariamente, su distribución o difusión, pues una antena de 400 metros de alto para televisión cu-

bre solamente un radio de unos ochenta kilómetros, por lo que parece probable que gran parte de la población del país quedará privada de la televisión.

Un centenar de transmisores colocados en sitios estratégicos puede cubrir solamente alrededor del cuatro por ciento del área total de los Estados Unidos, habitada por el 45 por ciento de su población. Un transmisor instalado en el corazón de Nueva York, como el que se halla en la parte superior del edificio Empire State, cubre unos trece mil kilómetros cuadrados, con una población aproximada de once millones de personas.

Estas consideraciones nos conducen a creer que el radio será siempre útil y que gozará de gran demanda, primero, porque tiene un alcance mucho mayor de transmisión y puede, por lo tanto, llegar hasta lugares muy remotos; segundo, porque la gente tiene inclinación natural por la música y halla agradable ir y venir por la casa y hasta conversar escuchando música. Por último, porque el radio no limita la movilidad de la persona ya que un programa puede escucharse mientras se viaja en automóvil, en ferrocarril o en avión. Y cuando los fabricantes de los Estados Unidos convengan en establecer normas para el sistema de televisión del país, la inversión en el receptor quedará protegida y el comprador tendrá recepción inmediata de cualquier programa que se difunda en una región dada.

En la actualidad unos doce fabricantes están capacitados para producir estos receptores y su producción en gran escala comenzará pronto como dichos funcionarios manufactureros adopten normas que permitan a cada receptor un período razonable de uso de hacerse anticuado.

LA EXPOSICION DE AUTOMOVILES

A industria automovilística, está como quien dice en su infancia. No importa los millones de automóviles que se construyen cada año en el mundo; no importa que en los Estados Unidos el automóvil se haya colocado en el cuarto lugar entre las necesidades del individuo, comida, techo y ropa y... En el futuro, un futuro muy próximo, el automóvil le va a ser indispensable al habitante de la ciudad, que en vez de ir de un lugar a otro, en muchos casos para ganarse mejor los salarios.

Entre los muchos miles de individuos que cada año se compran nuevos automóviles, una mínima parte lo hacen para el beneficio que de un modo u otro el automóvil les reporta. Las facilidades que se pueden comprar carros a plazos ha tenido también mucho que ver con la enorme demanda que en todas partes se logran los nuevos automóviles. Otro factor que contribuye a la demanda que están alcanzando los nuevos vehículos, es el perfeccionamiento de su mecanismo, que ya no hace su operación tan costosa como ocurría en los primeros tiempos. Ahora, por ejemplo, los automóviles nuevos no tiene que ser sometidos con frecuencia a costosas inspecciones y la cantidad de aceite que consumen, es insignificante.

Este año, la exposición automovilística de Nueva York, ha puesto de relieve una serie de innovaciones en modelos y tipos que han cogido al público por sorpresa. Sabido es que los nuevos modelos que los fabricantes presentan cada año son una copia casi idéntica del anterior, con ligeras modificaciones o mejoras. Pero este año, desde la apariencia hasta el cambio de velocidades, todo ha sido cambiado.

EN EL PAIS DONDE...

agua hecha con cuerdas en forma de con quilla, bordas y traviesas de madera, cubierto todo con pieles de focas cortadas y tensas. Hay en ella sólo el hueco necesario para un hombre y tiene en la parte superior correas para sostener los arpones. El esquimal se convierte con ellas en una especie de hombre-pep y sus posibilidades pesqueras se multiplican así extraordinariamente, hasta el extremo de que el producto de ellas se alimenta durante todo el año, dedicándose en invierno, principalmente, a curtir y acondicionar las pieles de las piezas cobradas.

Su vida hogareña no deja de ser sugestiva y pintoresca. Tienen los esquimales tradiciones y sus supersticiones. Creen, por ejemplo, ser víctimas de dos clases de enfermedades: las que les roban el alma y las que les atormentan el cuerpo; estas se consideran igualmente que ambas pueden curarse por medio de encantamientos, redobles de tambor, sesiones de venación y observancia de los tabús.

Conservan también la curiosa creencia que en cada uno de sus hijos se ha encarnado el espíritu de alguno de sus antepasados. En virtud de ello jamás los matan ni corrigen, y en vez de llamarlos los llaman «mi padre», «mi herma-

En estos momentos, y de acuerdo con las estadísticas, hay millones de automóviles en los Estados Unidos que han dado ya todo su rendimiento y deben ser cambiados. Ello supone una gran demanda de coches nuevos y un estímulo para una producción que ya da empleo directo a 337,000 individuos. Sin embargo, la proporción de empleados que dependen de la industria automovilística, «fuera de las fábricas», es de un 18 por ciento, lo que quiere decir que otros seis millones de ciudadanos viven también de la mencionada industria.

La industria automovilística, está también realizando este año unas innovaciones que unas veces son espontáneas y otras forzadas. A esta última clase corresponde la de cambiar los procedimientos de financiamiento de los carros comprados a plazo, con que las grandes fábricas —Ford, General Motor, Chrysler venían ejerciendo un monopolio, al obligar a sus «dealers» a «descontar» las «notas» o pagarés del comprador, con subsidio de las mencionadas compañías. El Departamento de Justicia de los Estados Unidos, acusó a las citadas empresas de estar ejerciendo un monopolio y éstas se vieron obligadas a pactar con el gobierno un cambio de procedimientos.

Otras de las innovaciones anunciadas para la industria automovilística, se refiere al seguro de sus empleados contra el desempleo. La General Motors ha anunciado un plan, mediante el cual los empleados que lleven más de cinco años o más con la empresa, recibirán el 60 por ciento de su sueldo, cuando se queden sin trabajo. Los empleados con 2 a 5 años de servicio, obtendrán el 40 por ciento. El mencionado plan entrará en vigor para enero de 1939.

na», «mi abuelo», etc., etc., con todo lo cual los pobres niños se ven en grandes apuros para saber cómo tienen que llamar cada uno a los autores de sus días.



Este automóvil, dedicado a las lecciones de los principiantes, lleva controles dobles. El propósito es evitar los accidentes, tan frecuentes cuando el «driver» no tiene experiencia. El pedal de la derecha es manipulado por el instructor, cuando el piloto yerra.

Para atender a estos desembolsos, la empresa no descontará dinero del salario de sus empleado antes del pago, sino cuando haya vuelto a darle trabajo al obrero y los ingresos de éste sean normales.

Entre los discursos que la exposición actual ha motivado, ninguno más bien recibido, por lo que tuvo de promesas, que el pronunciado por Mr. Charles F. Kettering, inventor de arranque eléctrico,

oc, y actual vice presidente de la General Motors.

Según Mr. Kettering, el auto que actualmente ofrece la industria al consumidor, es ya de una belleza y eficiencia ejemplar, a pesar de lo cual la mejora del mismo se irá notando en continuo aumento.

¿Qué es lo que el público puede esperar del futuro—dijo. Desde luego, no tiene que preocuparse por la exhaustación de la gasolina. Tal vez en la época en que los depósitos de petróleo del mundo se agoten, todo lo que un auto necesitará para caminar en lugar de la gasolina, será una antena. Electricidad suministrada por una central—como ocurre ahora con la de la luz eléctrica—será lo que necesite un coche para correr por las calles y carreteras como el viento».

También se ha puesto en relieve que la mortandad ocasionada por accidentes automovilísticos han decrecido en un 37 por ciento. A pesar de lo cual en 1938 se habrán registrado 31,000 muertos y 1,360,000 heridos habidos el año pasado. Los 31,000 de este año, sería la cifra más baja registrada desde 1929.

El descenso en los accidentes, obedece a la campaña que se viene realizando para lograr que tanto los automovilistas como los peatones, observen un mayor cuidado para evitar accidentes. Las medidas de seguridad van desde el aviso en el periódico o el tranvía, hasta el uso de unas chapas destinadas a los infractores, que además del número de la licencia, llevan una calavera y una leyenda que dice: «¡Cuidado! Es un violador de las leyes del tráfico!»

Una manera como otra de retornar a la marca infamante de las sociedades primitivas...

Y así vive este pueblo remoto y extraño su vida llena de paradojas en la larga noche helada de aquellas regiones inescrutables.



Comienza el verano y el hielo se derrite lentamente. Muy pronto quedarán en libertad estos poderosos «icebergs» que, como guiados por la mano invisible de algún genio maléfico, se precipitarán unos contra otros en avalancha incontrolable y fragorosa.

RICHARD Hughes ha escrito solamente dos novelas en nueve años. La primera titulada «Viento Fuerte en Jamaica», constituyó en la época de su publicación —1929— un éxito literario.

Ahora acaba de coronar su labor artística con una nueva obra en la que desarrolla, a la manera de los grandes maestros de la novela, el tema de los huracanes en alta mar.

Este libro es una narración completa de las experiencias de la tripulación del vapor «Arquímides», de 9.000 toneladas, que hace la travesía transatlántica rumbo al lejano oriente. El crítico del «New York Times», Percy Hutchison, dice que la obra tiene «una de las tramas más emocionantes y embelesadoras en todo el campo de la ficción», aunque no la considera, como han hecho otros críticos notables, superior a la novela «Tifón» de Joseph Conrad, hasta hace poco aceptada como el patrón de perfección en este género de literatura.

En el libro del impecable prosista y narrador Conrad, el capitán Mc Whirr se aventuró a navegar al encuentro del huracán. La lucha desigual del hombre contra las fuerzas desatadas de la naturaleza el horror indescriptible del fenómeno atmosférico en su magnitud incontrastable, sirvieron de fondo majestuosos al novelista para realizar una de las informaciones más detalladas que conocemos de estas tragedias del mar. Conrad dedicó la vida entera a viajar en calidad de capitán de barco, y era un conocedor profundo de los misterios y los riesgos del océano y de las tracciones del viento.

Richard Hughes ha empleado una técnica diferente en su novela «In Hazard» (El Peligro). El vapor Arquímides se inutiliza al enfrentarse a la catástrofe. Todos sus instrumentos y su maquinaria quedan paralizados: las calderas, la electricidad, el radio, las bombas, las hélices, el timón. Es un barco al garete, agitado por las olas y batido por vientos de velocidades tremendas; un barco lleno de hombres que no tienen nada que hacer, excepto contemplar las furias de la creación sin poderse organizar para la defensa de sus vidas. Así las cosas, los tripulantes comienzan a darle rienda suelta al ingenio, en obediencia a la voluntad de vivir. El autor los coloca frente a la adversidad, dominados por el pánico feroz de la muerte, y luego nos los pinta desnudos de alma, contándose sus antecedentes y revelándonos las lagunas y los picachos de sus idiosincrasias. El panorama psicológico que presenta es de un interés supremo, desde la pintura acabada del capitán Edwards hasta la de los más infelices marineros chinos que forman parte de la desamparada tripulación.

Sin entrar a discutir la posibilidad de que un vapor moderno quede mecánicamente inutilizado para navegar en medio de un ciclón, hay que concederle al autor una gran agudeza para preferir que así sucediera, y posesionarse entonces de la situación con la fantasía, la observación y demás facultades especiales del novelista. Aceptado el reto, tenía que intentar un trabajo grandioso, y a fe que salió con laureles en la frente. Sus descripciones del huracán son piezas maestras en este género, y se diferencian de las de Conrad en que Hughes es un reporter admirable, de efectos rápidos y dramáticos, mientras que el otro es un artista metódico, que escribe sus pasajes con pulso mesurado, seleccionando la frase precisa, la composición definitiva, para darnos

Críticos

Y AUTORES

Del Huracán y una Tripulación INUTIL en ALTA MAR

Un libro estimado superior a «Tifón» de Joseph Conrad. IN HAZARD (En Peligro).—Por Richard Hughes, Editorial Harper and Bros. Nueva York.

una idea minuciosa y global del suceso que relata.

Los huracanes son huracanes lo mismo en la bahía de Bengala que en el Atlántico; pero los de las aguas del Caribe son ciclones máximos. La mente y la imaginación de Richard Hughes no dejan lugar a dudas de que lo son, cuando los toma de tema para su ágil y versada pluma. William Maxwell dice en «The Saturday Review of Literature» que como obra narrativa la novela «In Hazard» le parece superior a «Tifón», de Conrad; mucho más excitante, más clara y real. «Si la obra hubiese terminado en la página 115 agrega este crítico norteamericano— después de la aparición de los tiburones, las mariposas y las aves marinas, todavía dos veces mejor que la de Conrad».

Pero no termina ahí, sino que sigue hasta llenar 279 páginas de pesadillas y complicaciones psicológicas que explican por qué el primer maquinista del Arquímides, el joven tripulante Dick Watchett y el comunista chino Ao Ling, proceden como procedieron al encontrarse cogidos en el torbellino del ciclón. Hughes ha sacudido vigorosamente el alma de aquellos hombres; los ha hecho asomarse al abismo insondable; les ha quitado la máscara de la vida; los ha vuelto a ser lo que en realidad son. Como un cirujano, está con el bisturí preparado para el momento en que la anestesia haya surtido sus efectos; y desde ese instante no hace otra cosa que cortar y cortar en los tejidos del alma, y en el cuerpo de sus pacientes.



BUSCANDO CONTRABANDO EN LA CASA DE UN JUEZ
Dos de los agentes federales de Aduanas que invadieron la casa del juez de la Corte Suprema de Nueva York, E. J. Lauer, durante la diligencia de buscar el contrabando que había denunciado una sirvienta despedida. El antagonismo entre los hebreos y los nazis, parece que fué la causa básica de la denuncia.

El mar ha puesto a prueba, neamente, al hombre y a la máquina en el silencio que ha seguido a la caída. Tombe habla un genial repetitivo virtuoso que se halla a la vez mismo entre sus paisanos los más entre los impenetrables chinos que profundiza en los horrores del mar, enciñendo de bromuros retóricos y táforas convencionales, con igual que campea enjundioso por las soledades del espíritu humano.

Los críticos londinenses David Desmond Mc Carthy, James Graham Greene, ponen esta obra al mismo nivel de la de Joseph McCarthy. La cree más impresionante Tangye Lean, del «News Chronicle» considera genial y sugiere que pena haber esperado estos meses para leer una producción tan magistralmente la verdad y la emocional».

Richard Hughes vive en Tampa, ca, hace diez años. Se cree que es un cristiano que ha residido en los tiempos de Carlos II. Llegó a París cuando ésta era una ciudad bida a los gentiles, disfrazado de eficiente de esclavos, y le costó mucho bajo no comprar o vender mercancía mañana, a pesar de que lo seguía una multitud de negritos que creían que él los adquiriera para ir a el mundo».

NOTAS BIOGRAFICAS

FRANZ KAFKA, EL CHECO, AL CASTELLANO

Jorge Luis Borges, atildado de cuyos gustos literarios tenemos cientos pruebas, acaba de vertir en llano una serie de interesantes impresiones debidas a la pluma del autor checo Franz Kafka, Editorial Losada de Buenos Aires como obra inicial de su nueva «La Pajarita de Papel», bajo el uno de los trozos literarios más de la obra, «La Metamorfosis».

Al lado de este cuento, original de sorpresas desconcertantes, otros no menos característicos de to inventivo e improvisador del bohemio, tales como «La edición de la muralla china», «Un artista de bre», «El buitres», todos de género pero en los cuales se descubre la de elaboración y el realismo que han hecho de Kafka un renombre, tan inusitado e interesante como el hoy veterano Conrado.

Jorge Luis Borges ha escrito mucho para esta primera versión de la obra, de recoger en sus párrafos de las modalidades de su colega ya que no hubiera pretendido de tarlo simultáneamente con el otro. A to de las selecciones que forman del volumen, en las cuales el autor ha sabido sujetarse a la delicadeza que requiere este trabajo de tación de un idioma eslavo al

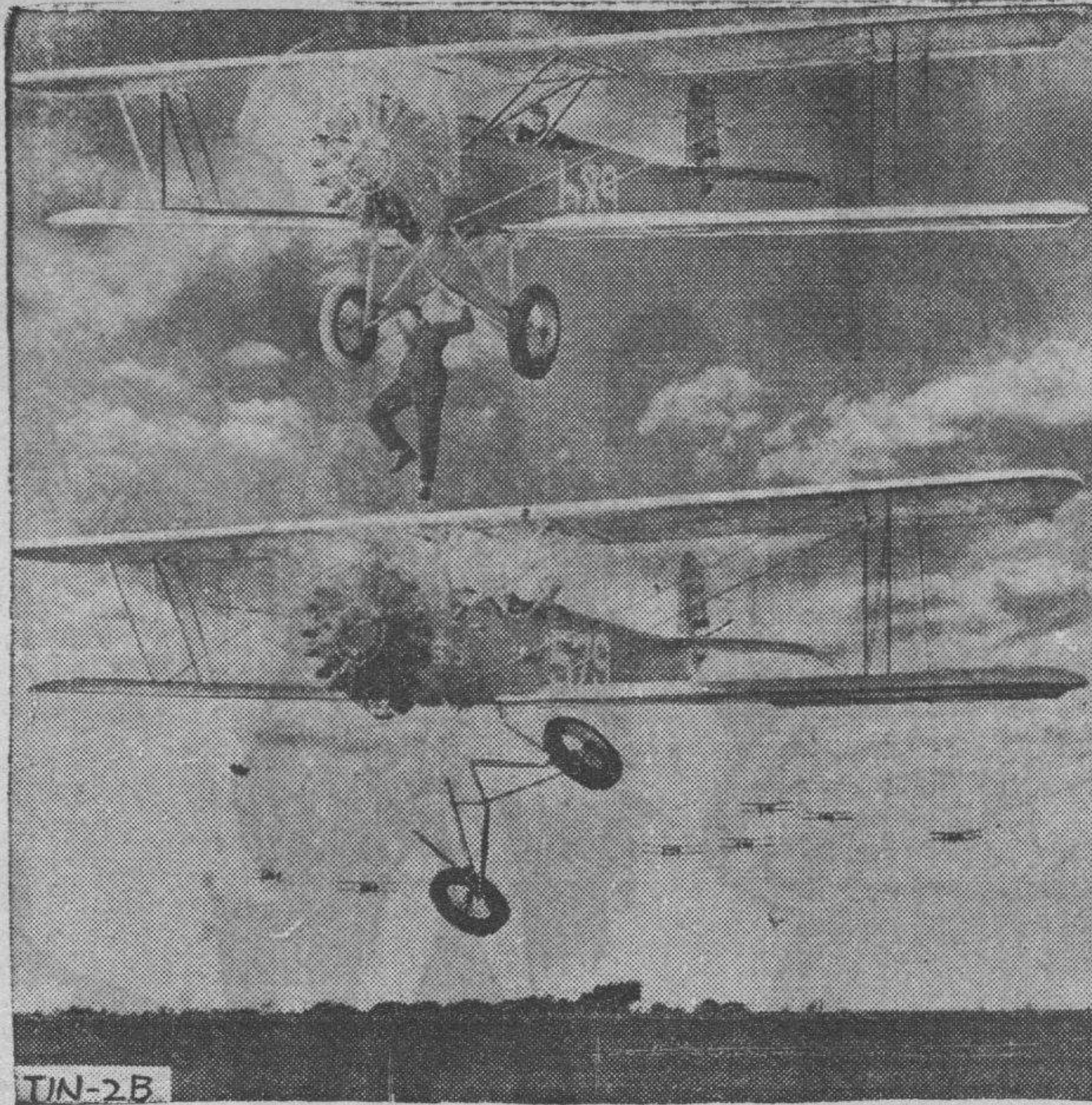
LA MUERTE EN LAS NUBES...

Lejano griterío de terror de la gente que miraba desde abajo. Se compararon realmente, pero eso no fue comparado con lo que sucedió posteriormente después, cuando vieron ver el avión en línea diagonalmente hacia las tribunas, todavía dando vueltas, subiendo y bajando, haciéndolo en espirales, siempre en dirección hacia la multitud. El avión, naturalmente, estaba bajo el control del piloto. Pero la gente no tenía idea de lo que sucedía. Se preocupó por mirar si lo veía o no. El público se desparramó en todas direcciones, como en el viento de noviembre. Una vez que cayó al suelo desmayada. Cuando finalmente llegué a tierra y me desmayé, el promotor del espectáculo me aseguró en términos muy sencillos que aquello no se repetiría.

Sin embargo, lo ejecuté una vez más en el aeropuerto de Floyd Bennett, en Long Beach, California. Los resultados fueron tan buenos que decidí eliminar este truco de mi repertorio, por más que mi profesor me decía que se cobraban a cada cincuenta centavos por destreza. Si me hubieran dado un buen susto. Si me hubieran asustado muy de veras, se enojarían de todos modos, la cosa del espectáculo iba verdaderamente demando por los aires.

Los trucos que hacen saltar los ojos de la gente y que, sin embargo, son fáciles, son vice versa. Por ejemplo, encender un cigarro mientras se baja en el paracaídas. Este ha sido un comentario cuáquero que he oído con frecuencia los sabihones. Pero uno lleva ya encendido el cigarro, pero no piensan que de ser así sería tragárselo con fuego mientras uno se las entiende allá arriba. Esta idea es enteramente insensata. Lo que sucede realmente es que el piloto se enciende mientras se baja. Cuando se abre el paracaídas, el viento golpea sobre uno más presión que la que se siente viajando detrás del motor de un automóvil a quince kilómetros por hora. Así pues, sencillamente se sacan el cigarrillo y el fósforo y se enciende tranquilamente. El contrario en dificultad es lo de caminar en el aire. La cosa parece como probablemente lo piensan los que miran desde abajo, pero es realmente uno de los trucos que más me atemorizan. Para ejecutarlo se requiere demando buena suerte y, por mi parte, nunca he querido tener toda la que pueda, siempre me gusta tener de mi lado un contador que pueda contar.

Queríamos ejecutarlo en un avión «Jenny», biplanos cuyo aspecto hizo merecedores del nombre de «Jenny», debido al sinnúmero de alambres que tenían entre las dos alas. Nos colgábamos al ala superior y colgábamos un extremo de un nudo al extremo de un alambre. Allí esperábamos un segundo que llevaba colgada del tren de aterrizaje una escala de cuerda, similar a la de los barcos. Este avión debía pasar directamente sobre nuestras cabezas. Amos los barcos tenían que ir a la misma ve-



A veces un vacío desvía el avión de abajo y el acróbata que salta no encuentra el ala que esperaba.

locidad y en relación con el acróbata, la escala estaba prácticamente inmóvil. No había más que soltar la cuerda, agarrar la escala y dejar que el avión de arriba nos elevara. Ya separados del otro avión, el acróbata se subía por la escala y había ganado \$50.00

LOS VACIOS SON UN VERDADERO PELIGRO

De no mediar nada imprevisto la cosa era tan fácil como subir de un escalón a otro. Pero el aire es traidor, tanto o más que el mar y está lleno de vacíos invisibles, de obstáculos también invisibles, y el tropezar con uno o con otro es algo grave, contándose apenas con una fracción de segundo y con unos milímetros de distancia entre el éxito y la catástrofe.

Nunca olvidaré la ocasión en que pude darme cuenta cabal de estos azares. Yo había subido en el avión de Elwood Keim, y Paul Jones, en el suyo, trataba de ponerme la escala en las manos. En el momento en que me agarré de ella, el avión de Jones encontró un vacío y descendió súbitamente, quedando apenas una distancia de seis metros entre los dos aparatos. El vacío pasó, pero llegaron a juntarse tanto que las ruedas del uno casi rozaron las alas del otro.

Naturalmente, cuando el avión bajó, la escala bajó con él y yo quedé colgando entre el ala y la cola del avión de abajo. Solo dos cosas me salvaron la vida: Una fue que el vacío hizo bajar el avión de Jones de tal modo que yo bajé por detrás del ala en lugar de bajar frente a ella, donde la hélice me habría hecho añicos. La otra circunstancia fue la pericia y sangre fría de ambos pilotos: Jones vió que el avión de Keim venía hacia él e hizo subir el suyo instantáneamente de modo que yo, siempre colgando, pasé como un cohete por el costado de Keim, que al verme por su lado, lanzó su avión hacia abajo, teniendo yo que hacer cabriolas para evitar la cola de su aparato. En la subida tropecé con el ala de Keim arrancando un buen pedazo de lona y lastimándome el

hombro; pero de éste último no tuve tiempo ni cabeza para ocuparme hasta no verme ya en tierra. Una vez abajo no pude menos de sentarme y sacudirme una y otra vez pensando en la escapatoria.

Esta suerte puede ejecutarse cien veces y lo narrado sólo puede ocurrir una, una sola, pero como ya he dicho, con esa sola vez es suficiente. Sin embargo, los del gremio nos aburrimos y comenzamos a buscar variantes y trucos nuevos para romper la monotonía. Por ejemplo, el «Baron» Locklear, cambiaba de un avión a otro sin la escala, solamente dejándose caer del tren de aterrizaje de uno sobre el ala del otro. La operación era muy arriesgada porque siempre existía la probabilidad de hundirse por la delgada lona del ala, o de no caer precisamente en el sitio, perder el equilibrio y caer en el vacío. No obstante, el accidente que costó la vida a Locklear no obedeció a ninguna de estas causas. Se debió a un vacío del aire. Cuando se soltó del tren de aterrizaje del avión de arriba, sencillamente no encontró el ala del otro debajo de él.

LA AVENTURA DE DOOLITTLE

Estas suertes las ejecutábamos sin paracaídas porque pensábamos que en alturas de 15 a 30 metros era para nosotros de tanta utilidad como agua de mar para el sediento. Pero Jimmy Doolittle nos enseñó una buena lección: volando Jimmy a solo 15 metros de altura, el ala derecha de su aparato se desprendió enteramente. En esas circunstancias cualquier otro habría dedicado los segundos que le quedaban de vida a rezar su última oración, pero en lugar de esto Jimmy los empleó en tirar hacia atrás en todo su recorrido la palanca de control para lanzar el aparato en su última y dudosa subida. Soltando la palanca se puso de pie en la cabina y tiro de la cuerda del paracaídas, que al extenderse le sacó de la cabina y le permitió aterrizar sano y salvo. En la historia este caso es indudablemente el único en que un hombre ha podido descender sin consecuencias en un paracaídas de una altura de solo 15 metros. Si Locklear

hubiera tenido su paracaídas, probablemente a estas horas nos narraría sus sensaciones cuando no encontró a sus pies el ala del otro avión.

El lanzar un avión contra un globo es una de las suertes que provoca ideas más curiosas en la mente del espectador no iniciado en estas tretas. Sus ojos, probablemente, se saldrían de sus órbitas al verla ejecutar del modo en que yo la hice para la película «Hell's Angel». Una vez que se le dice cómo se ejecuta exclama: «muy fácil». Pero esta suerte sólo se ha ejecutado dos veces porque es muy costosa y en las dos ocasiones citadas se fotografió de tantas posiciones distintas que no es necesario repetirla. La empresa «Stunts Incorporated», me contrató por \$1,500 para llevarla a cabo.

EL CHOQUE CON UN DIRIGIBLE

Me llevaron en un camión hasta Trafton, California, al borde del desierto de Mojave. Allí me lanzaron al aire el globo sin tripulantes y siete aviones con cámaras. A mi me dieron un anticuado Spad que la empresa adquirió por 35 pesos y me dieron orden de ejecutar el truco.

Aquel Spad era una verdadera reliquia que había pasado por la guerra mundial y su armazón entero crujía, gemía y se sacudía de tal modo que todavía no sé realmente cómo se elevó, aunque al elevarme decidí de modo inquebrantable no aterrizar en él, pues el menor tropiezo lo hubiera deshecho.

En los soportes del fuselaje até dos cuerdas con lazos en la punta y las colgué dentro de la cabina. Terminado este preparativo, mi Spad, crujiendo y gimiendo, se elevó en círculos lentos hasta una altura de 1,200 metros, en la que el globo flotaba suavemente. Mi avión crujía por todas partes y comenzaba a sentirme verdaderamente nervioso, tanto más cuanto ya lo estaba antes de elevarme.

Cuando recibí la señal, maniobré hasta quedar debajo del dirigible, pasé los lazos de las dos cuerdas por la palanca de control para que sostuvieran los alerones en la posición normal de vuelo, tiré hacia atrás de la otra palanca para la subida, asegurándola en esa posición con el cinturón de seguridad, y me lancé del avión.

Para toda esta operación no disponía de más de siete segundos, es decir desde poner los lazos de las cuerdas sobre la palanca de alerones, hasta tirar de la cuerda del paracaídas a noventa metros debajo del lugar del «accidente». Sólo siete segundos, pues tenía que asegurarme de que el avión seguiría debidamente encajinado y nada más que con la distancia suficiente para que no encontraría ningún vacío que variase su rumbo. De no haber hecho blanco con el avión, mi carrera habría terminado allí mismo. Por lo tanto tuve que esperar hasta que el globo me pareció inmenso y casi pude tocarlo.

Mi bajada tampoco tuvo nada de fácil. El avión al chocar contra el dirigible, explotó con un ruido ensordecedor que sacudió todo el cielo y durante varios minutos hubo una verdadera lluvia de partículas encendidas. Mientras bajaba miré constantemente hacia el paracaídas viéndolo los diminutos agujeros que las chispas abrían en él, temiéndolo a cada instante que una de ellas lo incendiase. Por fortuna no sucedió así, y a esto debo estar ahora narrándolo.

En general, la suerte que acabo de describir es de las que producen más efectivo que fama, pues para la inmensa mayoría la cosa se ve «fácil».

"MUJERES... SEA QUE USTEDES VAN AUN A LA ESCUELA, O ESTAN ENTRANDO A LA VIDA SOCIAL O DE LOS NEGOCIOS, O TIENEN HIJOS CRECIENDO, LO IMPORTANTE ES QUE SE PAN HACER FRENTE A SUS PROBLEMAS, QUE NO TENGAN MIEDO".



SEA usted una muchachita en la escuela, o madura ya entrando a la vida social o de los negocios, o una persona mayor con hijos creciendo, cabellos blanqueados y cuya juventud y optimismo empiezan a desvanecerse, sea usted quien sea, o cuales sean sus problemas, inquietudes, sombras o dudas, lo importante es que usted no tenga miedo.

El miedo es una costumbre, y un hábito muy malo. La palabra pecado está algo pasada de moda ahora; se usan términos científicos como inhibición, fijación, retardación. Pero todas estas palabras expresan en el fondo eso mismo, un pecado, una infracción de la buena ley de Dios.

Hay mujeres inteligentes que llenan su vida entera en un estado de aprensión nerviosa. Tienen educación, tienen dinero a lo menos suficiente, sin embargo, aceptan las cosas normales de la existencia como el matrimonio, la maternidad, la selección de una casa, la formación del grupo de amigos, las vacaciones, o el nuevo automóvil, temblando, siempre con la negra nube de unos cuantos grandes temores y una multitud de pequeños que despojan de agrado a lo que tiene y recibe.

En clubs, en tés, en grupos familiares miles de mujeres andan por ahí en estos días intercambiando sus terrores. Tienen miedo de los impuestos, del alza del costo de la vida, de la tendencia de la educación de sus hijos, de la crisis económica, del fascismo, del comunismo, de una guerra. Cuando se cansan de estos terrores generales descienden a los particulares, las amígdalas que hay que operarle a Juan, el fracaso que Manuela ha sufrido en el colegio, la posibilidad de que la hipoteca devore la casa de sus padres ancianos, las molestias de la servidumbre. Estas notas de pesimismo vibran en torno de las mujeres todo el día y toda la noche. Pierden el sueño por ellas. Un día entero resulta amargado porque la hirió la ma-

Lo esencial para el EXITO ES NO TENER MIEDO

POR
KATHLEEN NORRIS

nera como su hijo contestó irrespetuosamente a su abuelita, porque no encontró asiento en el cine, porque la comida no estuvo a tiempo. Miedo, miedo... ¡Cuánto ganaría la humanidad si las mujeres se defendieran de él! ¿Para qué anticipar sufrimientos? ¿Por qué no asumir la actitud heroica y risueña en la vida, burlarse de estas insignificancias y

cuando los conflictos verdaderos llegan a hacerles frente con valentía y sobre todo buen humor?

Todas tenemos épocas de transición y de prueba; depende de nosotras que hagamos una jornada de interés para nosotras, nuestros maridos o nuestros hijos, o una de sufrimientos y desesperación.

Así, pues, mis amigas, no se preocupen; via pueden ustedes ser felices. Basta con que tiren a un lado sus inquietudes y temores sobre lo que tienen fundamentos. Entonces verán que no tienen por qué atormentarse. Conversen sus dificultades y risueñamente con sus padres e hijos; díganles lo que pueden hacer para remediarlo. No tienen remedio y hay que vivir sobre ellas. De la misma manera tratar esos torturantes temores de salud de sus hijos. No va a ser un gozo porque tiene cataratas, sino en una operación de apertura de la nueva educación a la personalidad demasiado temprana.

Mi experiencia es que conozco cien mujeres que me escriben para que dome sus culpas tiene razón. Una de esas fué la que me escribió poco de sus angustias tratadas para su hijo condenado a un crimen. Esas son zozobras. Pero todas esas pequeñas preocupaciones que las mujeres agigantan en un segundo de pensamiento chocaron la alfombra del vestíbulo, criada quebró un florero, se escapó el gas o de la lavandería del presupuesto, que la profesora justa con Juanito en el colegio el mal tiempo va a estropear la vida de Elena.

Yo les ruego, mis amigas, no se preocupen si pudiera, no sean melancólicas o atormentadas. Si son jóvenes, es peor a la edad madura que en la vejez. No quieran que lo que alguna señora que se preocupa que va sembrando sus flores donde quiera y de quien todo el mundo escapa cuando la ven pasar. Nadie quiere amargarse oyendo las fútiles quejas de una mujer que ya ha amargado la suya con preocupaciones triviales.

BREVES, MUY BREVES

CONYUGAL

«No hay palabras con que calificar a un marido que llega con el alba a su casa», escribe una dama. Lo que es en mi casa, las palabras le sobran a mi mujer.—(Look).

MODAS

¿Dónde se puede encontrar en estos tiempos una epidermis que ofrezca sus colores naturales?, pregunta una redactora social. En las manzanas, señora.—(Hibernia).

UN EPISODIO EN LA VIDA DE ROBERT TAILOR

Por ELENA CARRILLO

Entre los numerosos y extraordinarios episodios ocurridos durante la rápida carrera de Robert Taylor, llamar la atención como el hecho de que obtuvo las primeras muestras de reconocimiento, los primeros elogios en la prensa, la primera correspondencia, y la formación de un club formado en su honor con su nombre era completamente desconocido.

Porque hay que advertir que, cuando Taylor trabajó por primera vez en el cine, a pesar de que tuvo un papel importante, su nombre no apareció en la pantalla, ni se mencionó al anunciar la película.

Sobre este particular hablaba recientemente Harold S. Bucquet, antiguo director de películas cortas, quien en la actualidad dirige películas de largo metraje.

«Un día», dice el director, «Robert Taylor me vino a mi oficina a preguntarme qué me decía con la correspondencia dirigida a la estrella de LA FORTUNA ESCONDIRADA, ya que no podría mandar las fotografías que solicitaban sus admiradores, firmadas de ese modo».

Bucquet acababa de dirigir al hoy conocido astro, en su primer rol importante; precisamente en «LA FORTUNA ESCONDIRADA».

Taylor era un joven con vehementes deseos de triunfar como actor», continúa Bucquet. «Estudia aún bajo la dirección de un profesor de declamación en los estudios. Cuando fué elegido para figurar en esa película corta, vino a

mí, confesándome que sabía muy poco sobre el arte de representar, y se puso en mis manos.

«Su entusiasmo, franqueza y espontaneidad me conquistaron por completo».

El hecho de que la película tuvo sonoro éxito y de que Taylor sobresalió inmediatamente, se registra en la historia del cine.

Sin embargo, en aquellos días no se daban a conocer los nombres de los actores en los títulos de las películas cortas.

Después de que se estrenó la película se recibieron cientos de cartas, pero dirigidas simplemente: **A la estrella de La Fortuna Escondida.**

Acababa de nacer una estrella, ¡y ni siquiera se conocía su nombre! Más aún; a los pocos días se formó un club, que bautizaron como Club «Estrella de La Fortuna Escondida».

«Desde entonces», prosigue Bucquet, «Taylor comenzó su constante y firme ascenso, que me alegra sobremanera.

«Hasta la fecha, el antes desconocido muchacho viene todas las semanas a mi oficina; me saluda y me pregunta: ¿Qué hay de nuevo? y no olvida la primera vez que vino a solicitar mi consejo sobre el paquete de correspondencia que había recibido.

Ahora su nombre aparece en letras de molde y en anuncios luminosos... pero eso no lo ha hecho variar en lo más mínimo. Sigue siendo el joven sencillo, y para mí... es la estrella de La Fortuna Escondida.

MEJAS POSTALES...

Después de volvíamos a ocupar por la noche la consabida luneta, debajo de la insidiosa lámpara, volvió a correr por las venas el mismo escozor de la víspera; sólo que aquella noche no estaba la sala tan sucumbida y pudimos cambiar interinamente de asiento, sin llamar la atención del público.

Tuvimos intención de hacer gestiones para que nos cambiaran la luneta en definitiva, pero ¿y qué pretexto podíamos alegar para ello? Además, era un deber para nosotros mismos, acallar aquel vaivén de presentimiento y aquel temor aún no completamente definido que nos equiparaba a un maniaco; y fué por ello que conseguimos dominar al cabo la incalificable preocupación, y sentarnos, pasados unos días, tranquilamente, en la luneta que desde tiempos atrás se nos había designado; por cierto, de las más cómodas y mejor ventiladas del teatro.

«Sí, señor; como que el gusanito de la luneta fija», una vez que se ha posesionado en vuestro cerebro de la celda que me le ha parecido, va a retirarse tranquilamente por una débil y sencilla refutación que usted le haga. Hay que aplastarlo, que matarlo, que extirparlo de raíz con argumentos sólidos e incontrovertibles con armas las más poderosas que se encuentren a mano. Si no es así, el diabólico gusanillo hace que se esconde, retira la cabeza, se agazapa para que nadie advierta su presencia, y cuando se le empuja a olvidar, y ya respira sosegado el aliento, libre de su pertinacia, vuelve a somarse de improviso guiñando sus imperceptibles ojuelos, para decirnos: —Aquí estoy... Aquí estoy...

A veces, ¡ay!, este mortificante gusa-

nillo se convierte en una serpiente envenenada que se enrosca al corazón; hace sucumbir las voluntades más poderosas, y mata.

Dejamos la crónica de teatros, y dejamos nuestra luneta cabecera de la fila octava, y dejó ya de preocuparnos el posible desprendimiento de la gigantesca araña de Tacón; mas si algunas veces, llevados por la fuerza de la costumbre íbamos a ocupar nuestra antigua localidad, ya como de broma, el consabido gusanillo volvía a asomar su cabecita picaresca en nuestro cerebro, para repetirnos al oído, si bien ahora en el tono del que no quiere darle importancia a las cosas:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Y vuelta a levantarnos otra vez, y a dejar la luneta, desde luego, en la actitud del que, como ya dijimos, no le da importancia a las cosas; pero que las respeta y se somete a ellas, por si acaso; tal y como ciertos espíritus débiles aceptan en principio las más extravagantes utopías, por lo que pueda acontecer...

Pasaron los años y pasaron las cosas; y el poder secular de España también pasó a la historia. La arrogante araña continuaba difundiendo en la sala del Gran Teatro los esplendores de sus mil bombillos, que ya desde mucho tiempo atrás se alimentaban con luz eléctrica; y aunque nuestros temores de que un día descendiese sobre nuestra cabeza y nos aplastase con su peso, habían desaparecido, el presentimiento de que alguna vez sucediese el fatal percance en perjuicio de otros espectadores venía de vez en cuando a intranquilizarnos, haciéndonos oír el eterno gusanillo, aunque entonces con vocesita débil y lejana:

—Aquí estoy... Aquí estoy...

Un día, corriendo el año 1900, y en ple-



Robert Taylor pasa el tiempo que le deja libre la pantalla en su granja del Valle de San Fernando.

no gobierno de la primera intervención americana, al leer uno de los periódicos de información de la tarde, topamos con esta noticia, acaso la que hemos leído en nuestra vida con el mayor regocijo:

«LA ARANA» DE TACÓN

Esta mañana, en los momentos de estar los encargados de la limpieza del Gran Teatro arreglando la hermosa e histórica araña que ilumina la sala de dicho coliseo, al bajarla del techo, se rompieron los cables que la sostenían, cayendo al suelo y haciéndose pedazos. Afortunadamente, por la hora en que ocurrió el suceso, no hubo desgracias personales que lamentar; las que, como se comprenderá, habrían sido numerosas, de ocurrir el accidente durante una representación teatral.

Esta artística lámpara, que durante tantos años ha admirado el público habanero, fué forjada en Francia, el año 1835, etc., etc...

Lamentamos el desgraciado percance, que nos priva, etc., etc.»

Nosotros, por nuestra parte, no lamentamos nada, y con nosotros seguramente todos aquellos infelices espectadores que en las altas localidades de dicho teatro tenían que valerse de mil subterfugios y artimañas para presenciar el espectáculo a su entera satisfacción. Después de leer esta noticia, sentimos como un descanso y materialmente experimentamos el vacío consolador que dejaba en nuestra alma aquel tenaz presentimiento, que durante una buena parte de nuestra vida la había llenado. Y le dijimos al gusanillo de marras, ya verdaderamente convencidos y como si materialmente lo hubiésemos aplastado victoriosos bajo nuestras plantas:

—Ahora sí que ya no vendrás a turbar nuestro sosiego; ni a decirnos como antes: —Aquí estoy... Aquí estoy...

Cuando vimos después los restos de la artística lámpara amontonados en un os-

curo rincón del escenario, no nos pareció, a la verdad, tan gran cosa. En lo alto parecía que lo llenaba todo, y que lucía más imponente. Lo mismo acontece con muchos personajes cuando caen desde las alturas en que tan orgullosamente han resplandecido: arriba, deslumbran e imponen; una vez caídos, abajo, hay que arrinconarlos entre los trastos inútiles.

Hablando días después con Ramón Gutiérrez, que era a la sazón el administrador del Gran Teatro, nos dijo, para quitarle importancia al suceso:

—La araña se cayó cuando la bajaban para limpiarla; pero puesta otra vez en su sitio, y atornillada, hubiera sido difícil el desprendimiento.

—Amigo Ramón—le argüimos—muchas cosas mejor atornilladas que ella se han venido al suelo. Ya ves tú cómo ha caído el poder secular de España; y sabe Dios las cosas que aún hemos de ver derrumbarse, por bien atornilladas que se encuentren.

Seis años después cayó la primera República, que mejor atornillada, ni la bóveda celeste; luego empezó a tambalearse la segunda; y allá por el año 1912, cuando dieron comienzo las obras de demolición del viejo teatro, adquirido por el Centro Gallego, estrenamos en el vetusto coliseo nuestra obra «La Casita Criolla», que como se recordará, obtuvo un éxito brillante, alcanzando cien representaciones consecutivas.

Una noche, durante una de ellas, tuvimos la ocurrencia de ir a sentarnos en aquella nuestra antigua luneta cabecera de la fila octava; pero al levantar la vista, en lugar de aquella antigua araña colgante, veíase ahora, adherida al techo, fulgurar con el centelleo de sus mil bombillas eléctricas, una bellísima estrella, emblema de nuestro ideal republicano.

—Tú sí que no te caerás—le dijimos, clavando en ella nuestros ojos, y exento el ánimo de inquietudes—porque aquí estamos todos para sostenerte e impedir que nadie te quite de ahí; ni de ningún sitio en que te ostentes, radiante y libre.

Del BUEN HUMOR ::: AJENO :::

MUY BREVES

RECUERDO

«Un hombre debe siempre conservar algo que le recuerde su boda», escribe una novelista. ¿Pero no basta con que conserve a su mujer?...—(Humorist).

CRITICA LITERARIA

Un novelista se queja amargamente de que los críticos encuentren malo el final de su última obra.



(© 1938, by Bell Syndicate) 11-15

Lo único que no ha podido cambiar nunca la moda femenina, es el encanto irresistible que envuelve a ciertas muchachas.

La verdad es que no es que el final sea tan malo, sino que lo encuentran demasiado distante del comienzo para el mérito de lo que hay entremedio.—(Saturday Review of Literature).

MANERAS

Dice un educacionista que la tarea más difícil de los padres en nuestros días es enseñar buenas maneras a sus hijos.

Y debe serlo; como que los pobres chicos tienen que aprender algo que jamás ven en su casa.—(Lustige Blatter).

EL PRECIO

«¿Cuánto cuesta el registro del matrimonio?», pregunta un lector de nuestro diario. La respuesta, sobre la cual debe meditar antes de dar el salto, es la siguiente:

Unos cuantos peniques al contado, pero su salario entero por el resto de su vida...—(Daily Express).

NOVIA

Hermenegildo visita con su prometida Beatriz un establecimiento de artículos para uso doméstico. El vendedor les ofrece una máquina que «hace la mitad del trabajo de la casa». Beatriz está encantada, pero observa:

—Dígame, señor, ¿no tendría usted la máquina que hiciera la otra mitad?—(Razzle).

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



LOS RAYOS ULTRA VIOLETA
HAY MÁS RAYOS ULTRA VIOLETA EN LA LUZ SOLAR DE LA TARDE QUE EN LA DE LA MAÑANA.

NOMBRE TRADICIONAL
LA FLOR SILVESTRE LLAMADA HOY EN E.U.A. "MOZO-EN-PÚLPITO" ERA NOMBRADA POR LOS INDIOS IROQUESES "NIÑO-EN-CUNA".

LAS TELARAÑAS
LAS ARAÑAS NO TIENEN INTELIGENCIA SUFICIENTE PARA REPARAR SUS TELAS ROTAS.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

LO INCREIBLE EN LA CIENCIA



LAS ESTRELLAS ERRANTES NO HACE DAÑO

A PESAR DE SER TAN NUMEROSAS, QUE SE SEPA TODAVÍA NADIE HA SIDO VÍCTIMA DE UNA ESTRELLA ERRANTE, PUES CASI TODAS SE CONSUMEN POR LA FRICCIÓN CON LA ATMÓSFERA.

TENGO UNA CORAZONADA!

LAS CORAZONADAS SON PREDECIONES IMPULSIVAS, SIN MÁS FUNDAMENTO QUE EL QUERER ADIVINAR UNA COSA CUALQUIERA.

Editors Press Service, Inc. 220 E. 42nd St., New York

MALARIA

MÁS DE 2,000,000 DE CASOS DE MALARIA SE REGISTRAN ANUALMENTE EN EL SUPLENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS.

PENSAMIENTOS

(Por DIOGENES)

El matrimonio es como una lotería; pero a veces se gana en la lotería.

:: ::

Este mundo ama a los hombres pacíficos pero levanta a los belicosos.

:: ::

La mejor estrategia política consiste en no hacer nada hasta que el pueblo lo exige y entonces hacer lo menos posible.

:: ::

No hay nada que enriquezca más una conversación que el tema del dinero.

:: ::

Todos hablamos de que las desgracias son males necesarios en esta vida y resulten ser para mejor; hasta que la desgracia nos llega a nosotros mismos.

:: ::

El esfuerzo para vivir deslumbrando a los demás es lo que agota la existencia de la mayoría de las mujeres.



(© 1938, by Bell Syndicate) 11-16

Hay muchachas a las que los disparos de los hombres les hacen el disparo a boca de jarro.



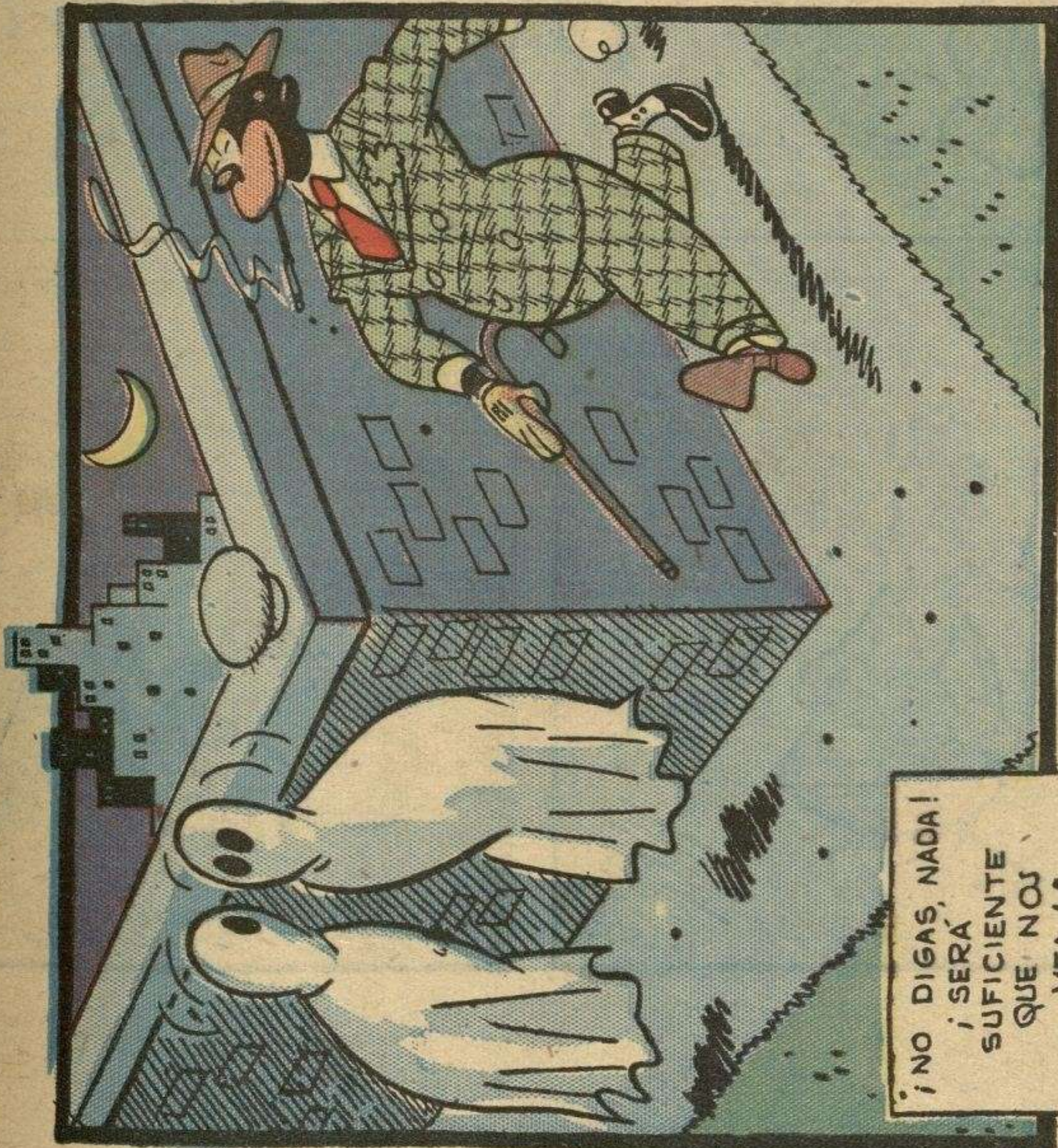
(© 1938, by Bell Syndicate) 11-17

Para algunas muchachas el poder de sugestión viene de los ojos; para otras, del bolsillo.



(© 1938, by Bell Syndicate)

La única manera de rebajar el nivel de la vida, es trabajando para el frente.



¡NO DIGAS, NADA!
¡SERÁ
SUFICIENTE
QUE NOJ
VEA!*

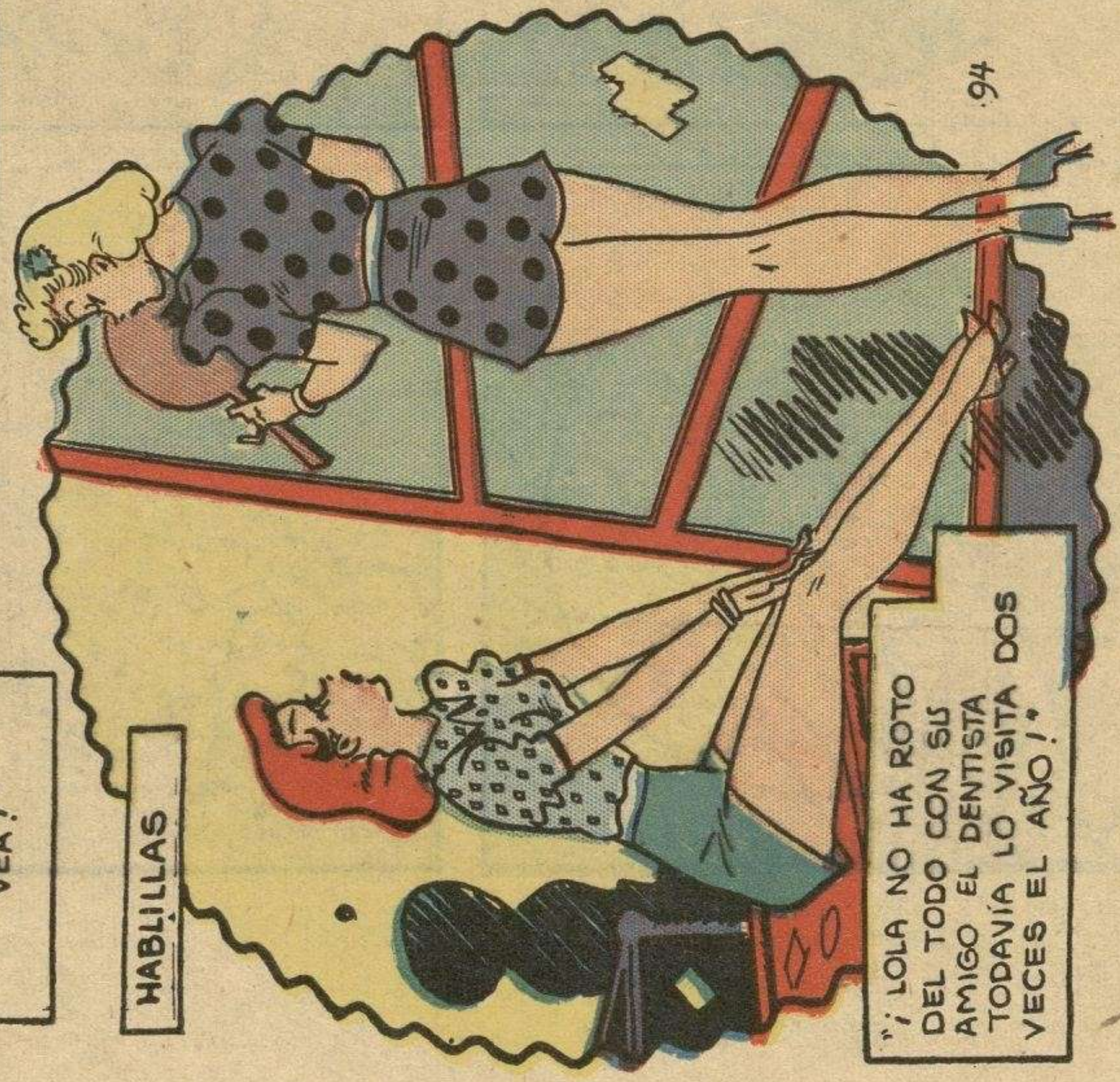


¡NO TE HAGAS TAN MIOPE! LAS APRE-
TURAS ESTÁN AHI EN FRENTE!



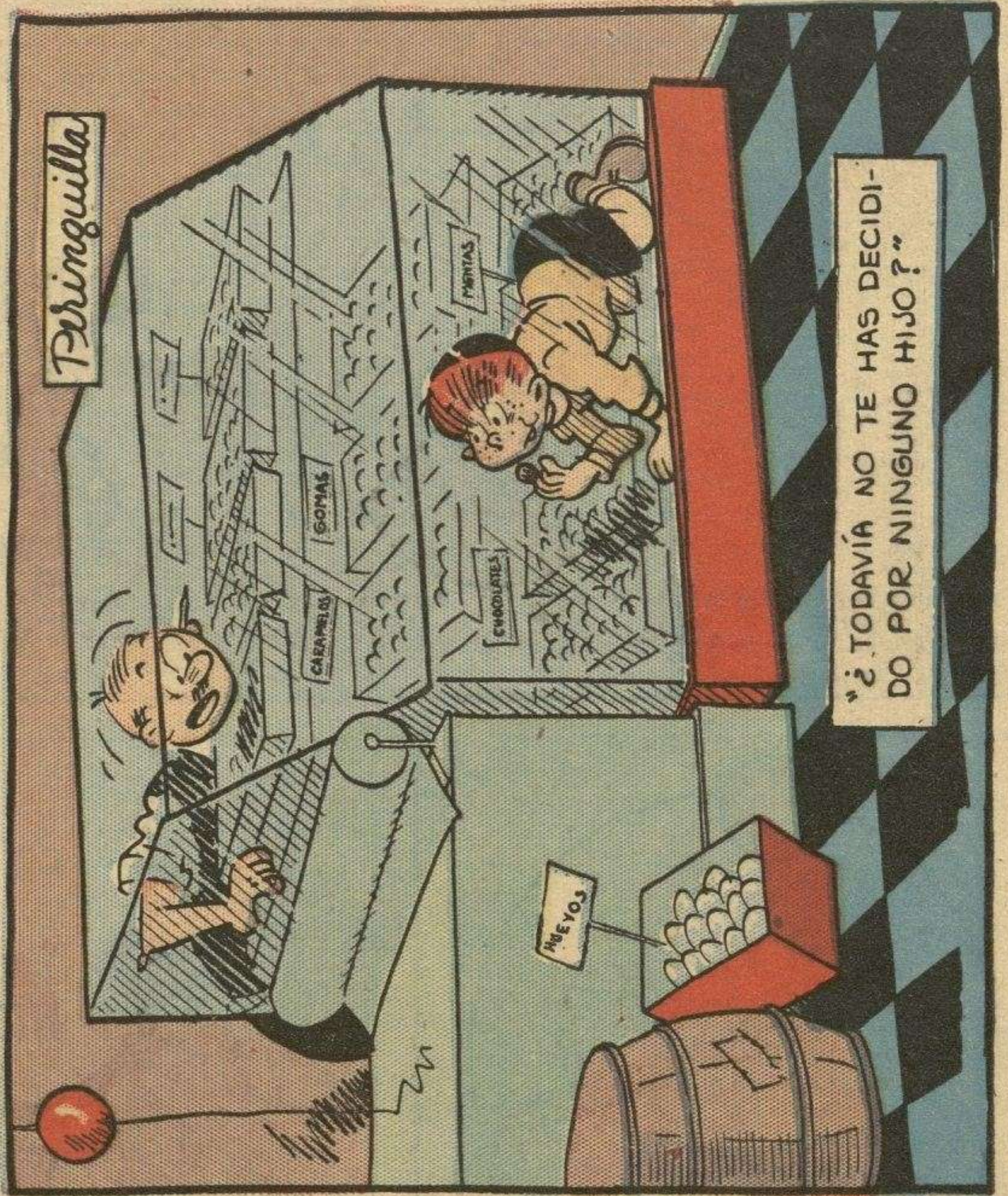
LAS ROSAS SON ROJAS,
LAS VIOLENTAS SON
AZULES,
SI CRISTALES NECESITAS

¡DÉME OTRA LÍNEA
QUE RIME Y LE REGA-
LO UN PAR GRATIS!*

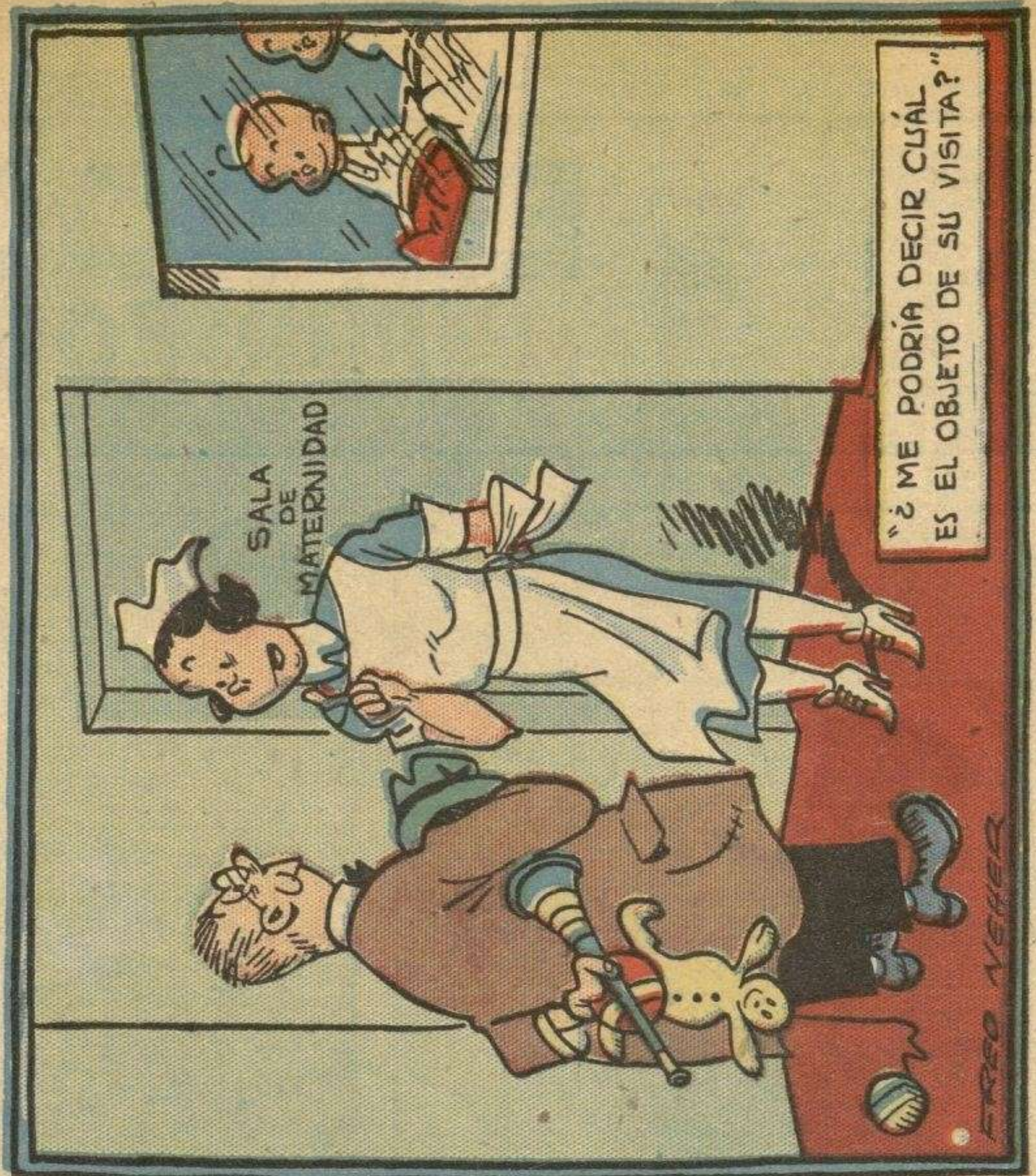


HABILLAS

¡LOLA NO HA ROTO
DEL TODO CON SU
AMIGO EL DENTISTA
TODAVÍA LO VISITA DOS
VECES EL AÑO!*



¿TODAVÍA NO TE HAS DECIDI-
DO POR NINGUNO HIJO?*



¿ME PODRÍA DECIR CUÁL
ES EL OBJETO DE SU VISITA?*

EL LOCOARRIL POR FONTAINE FOX

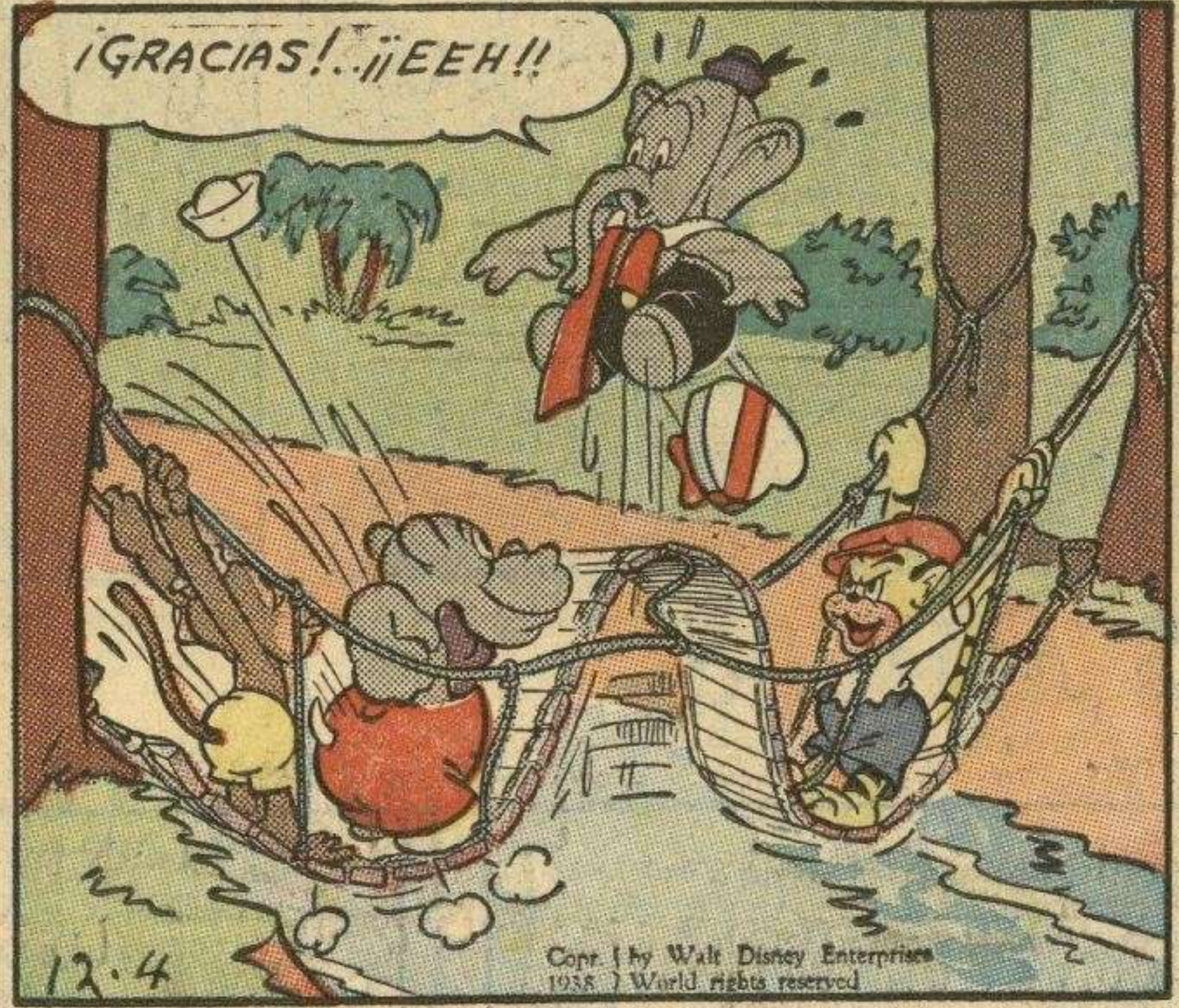
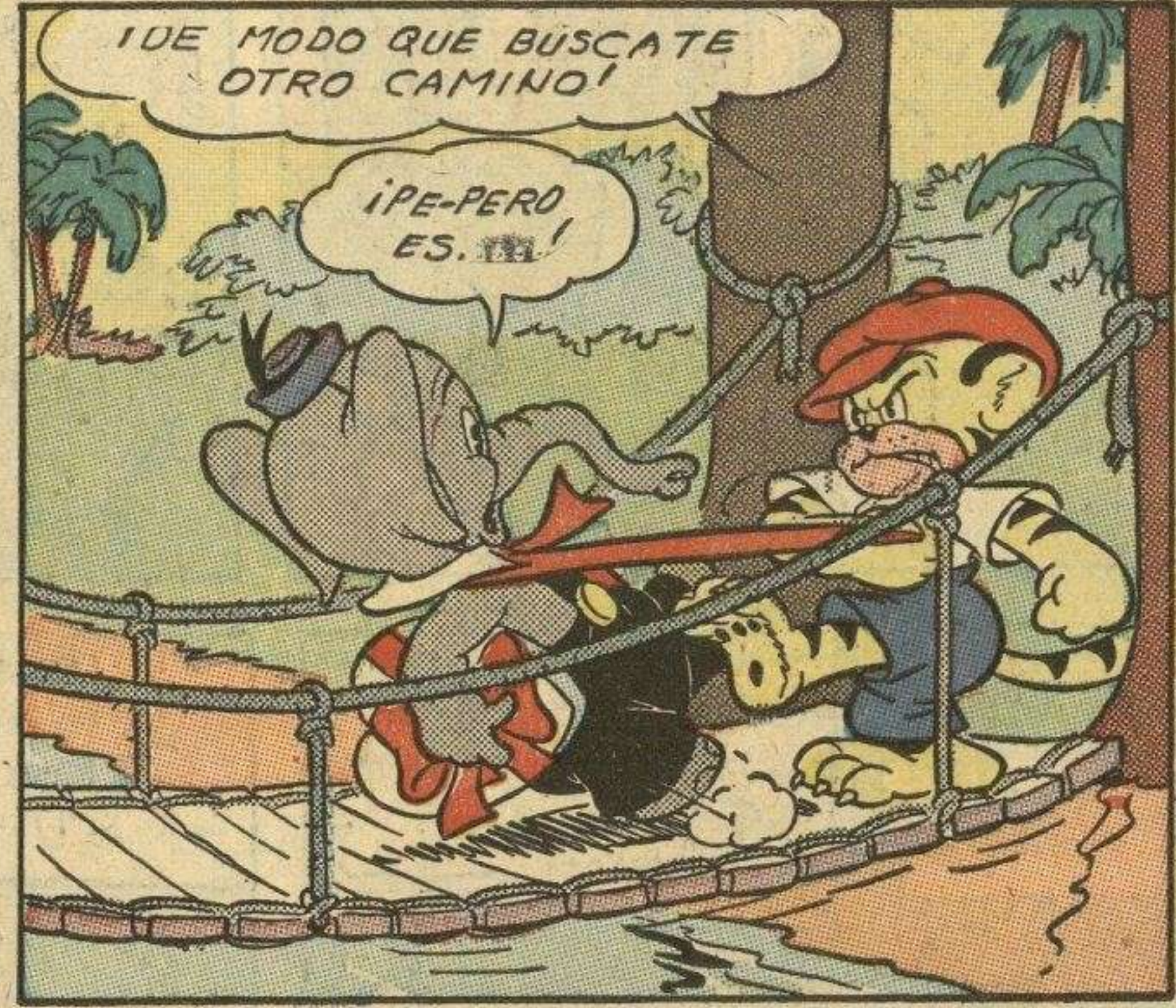
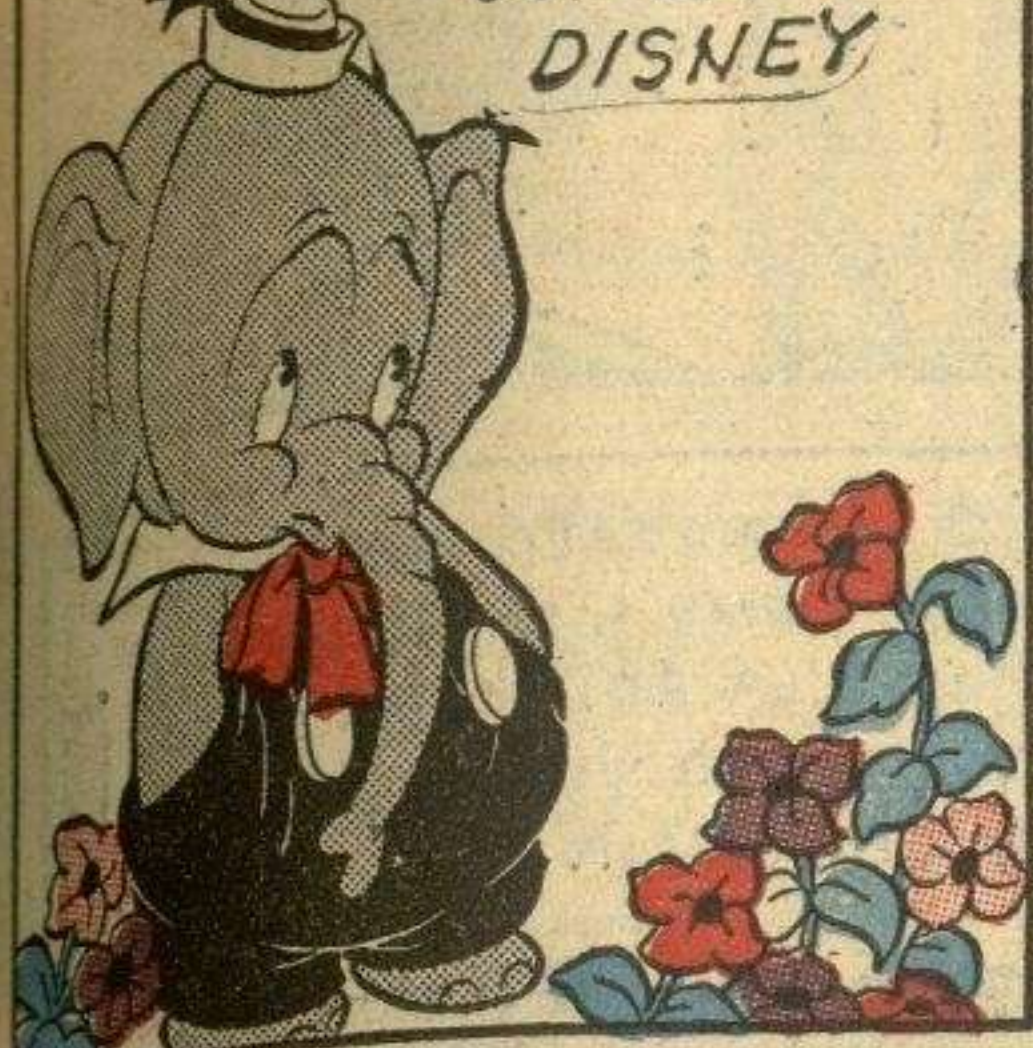


DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 11 DE DICIEMBRE DE 1938

EL BUEN TOMASÍN
FOR WALT DISNEY

EN UNA VILLA PERDIDA EN LA SELVA, VIVIA UNA VEZ UN ELEFANTITO LLAMADO TOMASÍN. UN DIA LE LLEVABA UNA CAJA DE DULCES A FELINA, SU NOVIA...



EL RATON MIGUELITO

REGISTERED

U.S. PATENT OFFICE



WANG-LO

por
BRANDON WALSH

EL "AMO", JEFE DE UNA BANDA DE CRIMINALES, SE HACE PASAR POR COMERCIANTE HONRADO. DESPUÉS DE COMPRAR UNA PERLA A NUESTROS AMIGOS, MANDA A SAMUEL EL "ESCURRIDIZO" A SEGUIRLOS CON INTENCIÓN DE ROBARLES EL RESTO DE SUS TOYAS.



¡YO ME HARÉ CARGO DE WONG LO! EL "ESCURRIDIZO" ERA UN BUEN AMIGO MÍO, Y LA POLICÍA ENCONTRÓ SU CADÁVER EN EL CUARTO DE ESE CHINO.



¡CÁLLATE! ¡ACUÉRDATE DE NUESTRA LEY DE NO HABLAR DEL "NEGOCIO" FUERA DE LA GUARIDA! ¡DEBEMOS CERCIONARNOS DE QUE NADIE NOS ESCUCHA!

¡TIENES RAZÓN! ¡SI ALGUIEN NOS DESCUBRE, ESTAMOS PERDIDOS!



¡MUCHO CUIDADO CON LA POLICÍA!



ESTA TOLPE PERSONA LEGLESA-LÁ A LA TIENLA LONLE VENLI-MOS LA PEL'LA...



¡ESE COMERCIANTE PUEDE SER UN CRIMINAL, Y SU BAZAR UNA TRAMPA!

¿QUIÉN NEGLÁ QUE CALA MAL TIENE SU LEMELIO? AGUAL'LA AQUÍ SIN MOVELTE, Y SI NO VUELVO, AVISA A LA POLICÍA!



WONG LO Y EL MARINERO CAPTURARON AL "ESCURRIDIZO", QUIEN ASUSTADO POR SUS AMENAZAS, ESTABA A PUNTO DE CANTAR. ENTONCES YO, POR LA VENTANA ARROTÉ EL PUÑAL QUE LO MATÓ.



¡WONG LO VIENE A VENDER OTRA PERLA!

¡DÉTALO DE MI CUENTA! ¡YO LO ARREGLARÉ!

¡GUARDA ESE PUÑAL, IDIOTA! ¡UN CADÁVER NO PUEDE GUARNOS HASTA LAS PERLAS!



¡DOS MINUTOS MÁS!... ¡EN 10 AÑOS DE NAVEGAR LOS 7 MARES JAMÁS HE SENTIDO TANTA PREOCUPACION!

Copyright 1938, King Features Syndicate, Inc. World rights reserved

ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh



NO TE ASUSTES "HUESITO", YA ENCONTRAREMOS REFUGIO.



DONDE HAY EDIFICIOS TIENE QUE HABER PORTALES Y ZAGUANES PARA GUARECERNOS DE LA LLUVIA Y EL FRÍO. MIRA... AHÍ HAY UNA LUZ.



¡COMO RUGE EL VIENTO ESTA NOCHE! ME ACUERDA DE LA ESCENA DE LA TEMPESTAD DE ESTA OBRA!



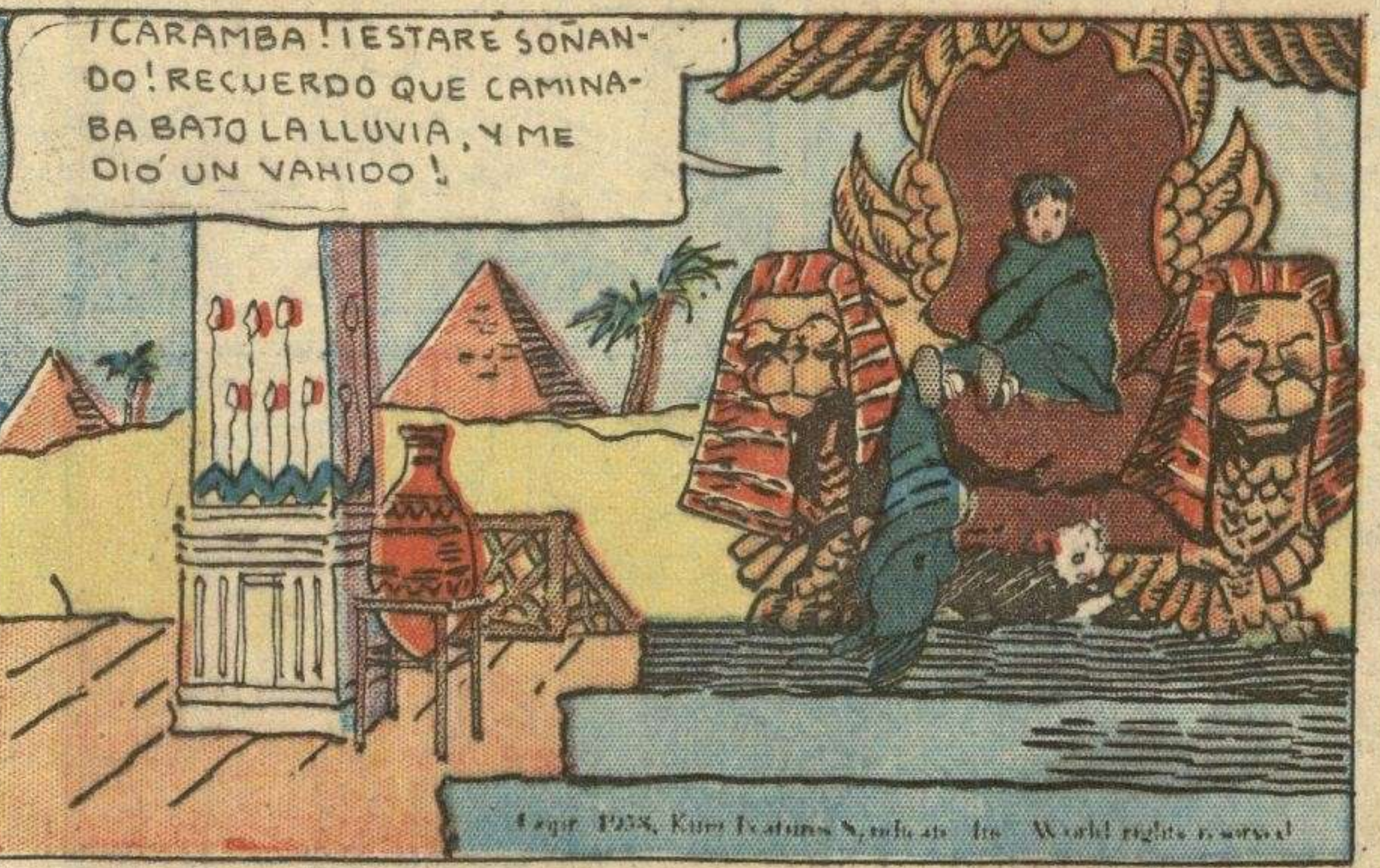
ME PARECE OIR UN LADRIDO... ¡QUÉN EXTRAÑO!



¡VALGAMÉ DIOS! ¿DE DONDE HABRÁ VENIDO ESTA CRIATURITA!



¡POBRE ANGELITO! ¡ESTÁ EMPAPADA! ¡SE HA DESMAYADO DE HAMBRE Y FATIGA! ¡LE TRAERE CALDO DEL RESTAURANTE!



¡CARAMBA! ¡ESTARE SONANDO! RECUERDO QUE CAMINABA BATO LA LLUVIA, Y ME OÍ UN VAHIDO!



AHORA NO SE DONDE ESTOY. ME VEO SENTADA EN UN TRONO... EN UN PALACIO. ES UN SUEÑO DELICIOSO. YA NO TENGO FRÍO, PERO "HUESITO" ESTÁ TIRITANDO.



¡TRAIGO A SU MAJESTAD NÉCTAR DE LOS DIOS... BIEN CALIENTE... EN UN PLATO DE ORO!

¡O-OH! ¡HUELE A CALDO! ¡YO Y "HUESITO" TENEMOS MULHA HAMBRE!

12.4
H. AFONSKY



MODESTO RIZOS

¡VUELVEN POR MI, SEÑOR RIZOS! ¡ESTAMOS ATRAPADOS!

¡NO SE LA LLEVARÁN SIN LUCHA, SEÑORITA!

¿ESTÁS SEGURO DE QUE ESTE ES EL CUARTO?

¡SE ESCAPÓ! PERO, ¿CÓMO? ¡ESTABA MANIATADA Y AMORDEZADA!

MODESTO SORPRENDE A LOS CRIMINALES Y LOS EMPUJA DENTRO DE UNA HABITACION SIN VENTANAS.

¡LOS TENGO ENCERRADOS, SEÑORITA! ¡AYÚDEME!

¡PUM!

¡CLICK!

¡ABRA ESA PUERTA!... ¡ABRA!

¡ARRIMAREMOS A LA PUERTA ESTAS CAJAS PESADAS!

¡AHÍ VEO UN AUTO... DEBE SER DE LOS CRIMINALES! ¡PERO...!

ELLOS NO PODRÁN SALIR HASTA MAÑANA DE NOCHE MADIE LOS OIRAN!

¡CUÁNTO LE AGRADEZCO, ESTO! ¿DÓNDE ESTÁ JAIME? ¿LE HA PASADO ALGO?

SÓLO LO ROZO UNA BALA ESTA NOCHE, MIENTRAS LA BUSCÁBAMOS A USTED.

¿POR QUÉ ME DETIENE, GUARDIA?

¡POR PASAR UNA LUZ ROJA...! ¡IA VER SU CARNET!

LYMAN YOUNG

¿CON UN COCHE ROBA- DO, EH? OIGA, ¿NO ES US- TED UNO DE LOS QUE SE ME ESCAPARON HACE DOS HORAS?

¡SÍ, GUARDIA, Y ME HARÁ UN GRAN FAVOR LLE- VÁNDOME CUANTO AN- TES A LA COMIS- SARIA!

AVENTURAS DE AGUILUCHO

Lyman Young

LA REINA LORONO Y SUS GUARDIAS PROSIGUEN LA MARCHA EN BUSCA DEL TESORO DEL VALLE NEGRO.

¡DONDE EL RIO OBE- GI DESEMBOCA EN EL LAGO M'GANI, SE ASO- LEAN ENORMES COCODRILOS HAMBRIEN- OS!

¡SÍ, ALROD Y PARA LLEGAR AL LAGO TENDRE- MOS QUE PA- SAR ENTRE ELLOS!

¡COCODRILOS!

¡VIENEN A ATA- CARLOS!

¡SE ME EN- CASQUILLO EL RIFLE!

¡CLIC!

DESDE UN PERASCO, UN HOMBRE MISTERIOSO DISPARA CON UN RIFLE DE ALTA POTENCIA!

¡PAC PAC PAC!

¡Y A LOS VIVOS, ¿QUE LOS AHUYEN- TÓ?

¡ME PARECE RARO! ¿QUIÉN NOS HABRÁ SALVADO?

¡NIO LO EN- TIENDO! ¡VÍSE QUE NO SOTROS NO MATAMOS A ESTOS!

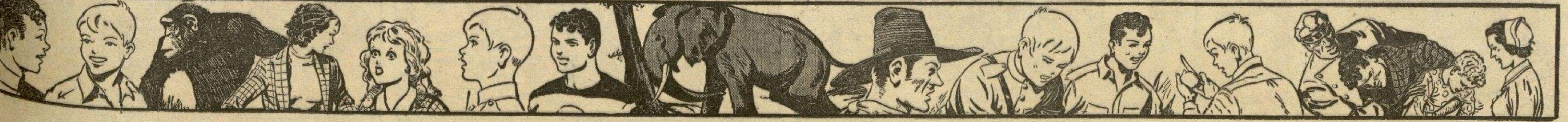
EL TIRADOR INVISIBLE ECHA A CORRER HACIA LA REINA LORONO Y SUS GUARDIAS.

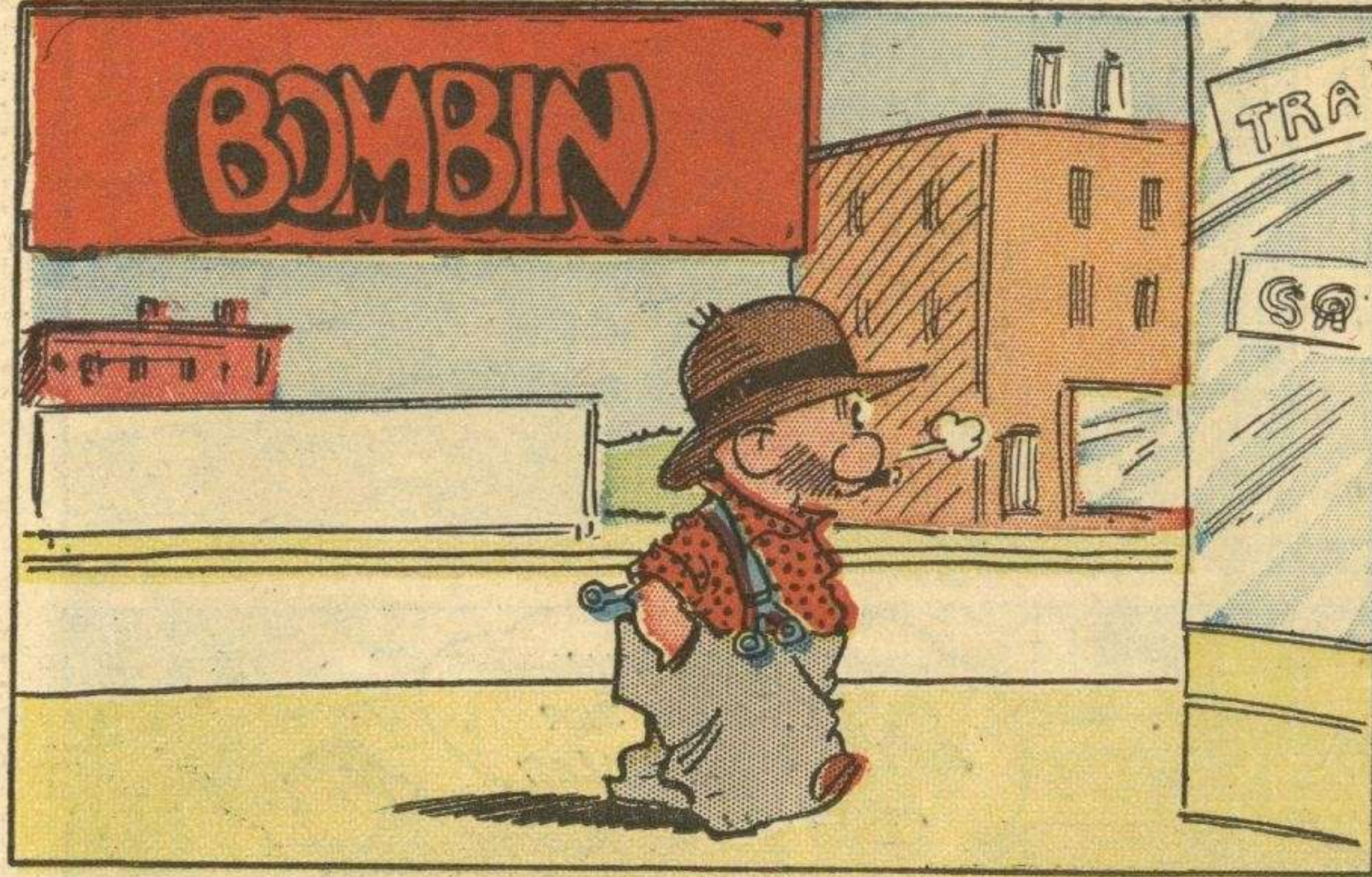
¡AH, LA FLECHA! CON UN CIRCULO! ¡EL MAPA DICE QUE APUNTA HACIA EL TESORO!

ENTRANSA

CONTINUARÁ.

LYMAN YOUNG

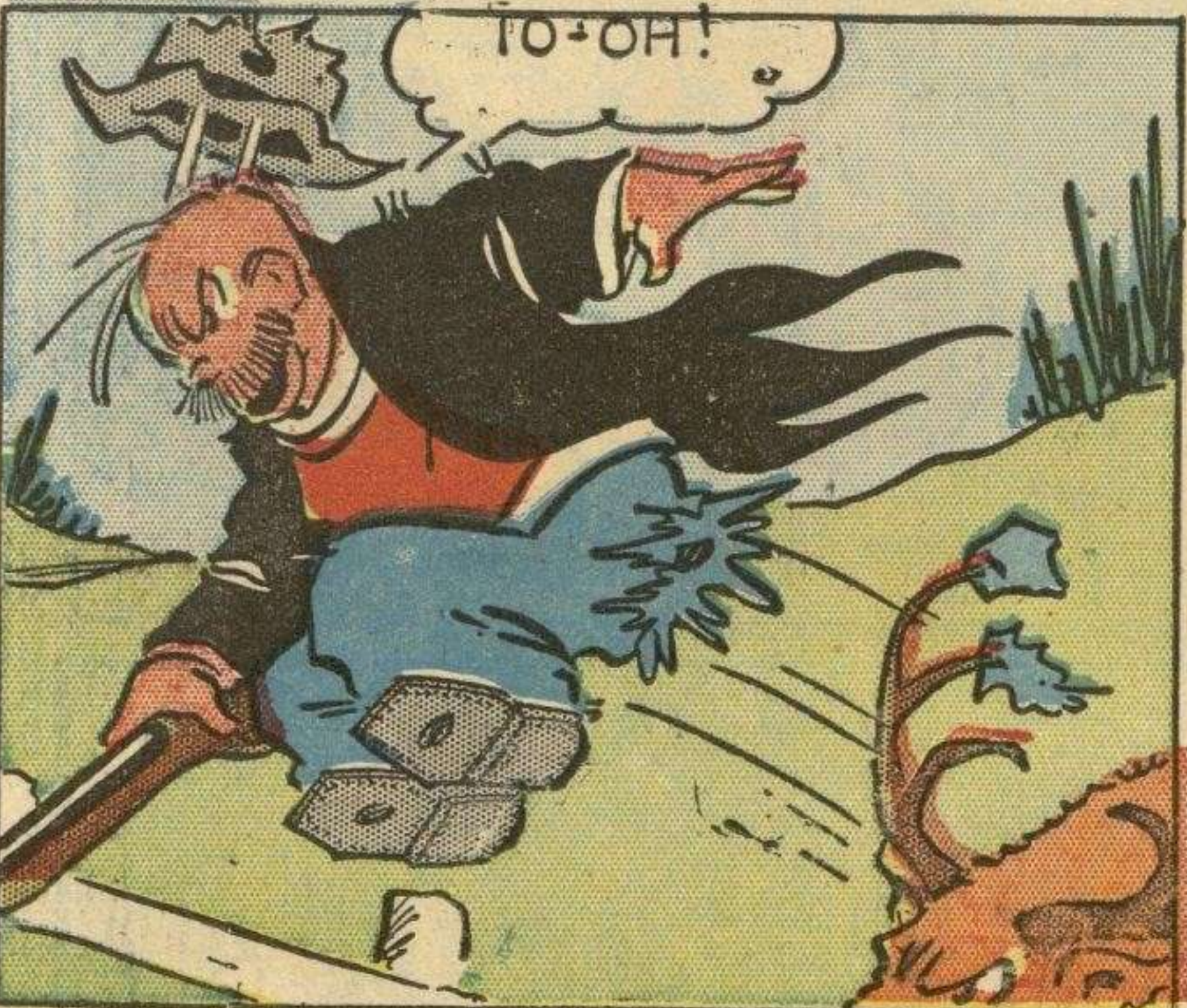
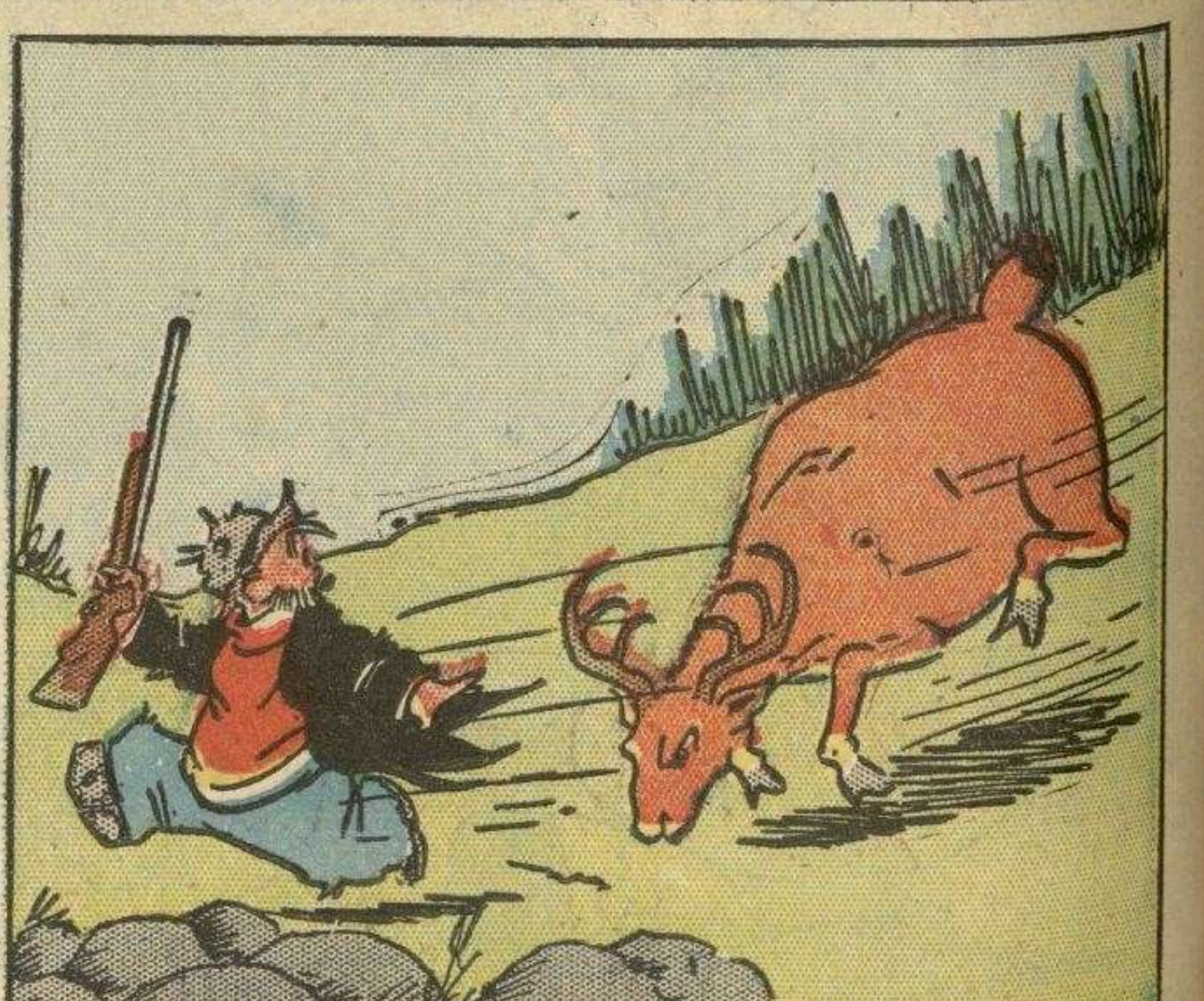




17-4 Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved. C.D. RUSSELL

PEDRO HARAPOS

Registered U. S. Patent Office



17-4 Copr. 1938, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved

C.D. RUSSELL